



Beati Misericordes

Boletín Oficial del Obispado de Ourense

Año CLXIX

Abril 2006

n.º 5

LA EUCARISTÍA

FUENTE DE VIDA ECLESIAL

Introducción	511
Capítulo I. <i>El misterio de la Eucaristía</i>	512
1. La Eucaristía, un don de Dios	512
2. La Sagrada Eucaristía es un misterio de fe	513
3. Un misterio de luz	514
4. La presencia real del Señor en la Eucaristía	515
5. La reserva eucarística y adoración del Santísimo Sacramento	518
6. La Eucaristía, sacramento del único sacrificio de Cristo	520
7. La Eucaristía es un verdadero banquete	523
Capítulo II. <i>La Eucaristía y la Iglesia</i>	526
1. Antecedentes de la asamblea eucarística en la historia de la salvación	527
2. Eucaristía e Iglesia, una relación constitutiva	529
3. María, mujer "eucarística"	537
Capítulo III. <i>La Eucaristía y la misión de la Iglesia</i>	540
1. La Iglesia, misterio de comunión	540
2. La Iglesia, misterio de comunión y de misión	543
3. El Espíritu Santo, protagonista de la misión	544
4. La Eucaristía, un eficaz descendimiento del Espíritu Santo	547
5. La Eucaristía, fuente y cumbre de la misión de la Iglesia	548
Capítulo IV. <i>Los Cristianos, Testigos del Amor en el Mundo</i>	552
1. Rasgos esenciales de la espiritualidad de comunión	553
2. Variedad de vocaciones	554
3. Eucaristía y movimiento ecuménico	557
4. Diálogo interreligioso y misión	558
5. Apostar por la caridad	559
6. Eucaristía y acogida a los más pobres	561
Conclusión	563

LA EUCARISTÍA

FUENTE DE VIDA ECLESIAL

Carta Pastoral
del Obispo de Ourense
Luis Quinteiro Fiuza

INTRODUCCIÓN

1. En la Carta Apostólica “*Novo millennio ineunte*” de carácter programático, Juan Pablo II, describe una perspectiva de compromiso pastoral basado en la contemplación del rostro de Cristo: “*Los hombres de nuestro tiempo, quizás no siempre conscientemente, piden a los creyentes de hoy no sólo ‘hablar’ de Cristo, sino en cierto modo hacérselo ‘ver’. ¿Y no es quizás cometido de la Iglesia reflejar la luz de Cristo en cada época de la historia y hacer resplandecer también su rostro ante las generaciones del nuevo milenio?. Nuestro testimonio sería, además, enormemente deficiente si nosotros no fuésemos los primeros contempladores de su rostro*”¹. Desde la contemplación del rostro de Cristo se puede avanzar por la senda de la santidad mediante el arte de la oración. Este compromiso pastoral “*se centra, en definitiva, en Cristo mismo, al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir en él la vida trinitaria y transformar con él la historia hasta su perfeccionamiento en la Jerusalén celeste*”².

En este marco pastoral ha de situarse la contemplación del rostro eucarístico de Cristo. En este sentido, nuestra Diócesis vivió con gozo el Año de la Eucaristía, durante el cual hemos compartido celebraciones y acontecimientos singulares, entre los que cabe destacar la realización en nuestra Catedral de la exposición «*Camino de Paz. Mane Nobiscum Domine*». Una oportunidad que, sin interrumpir el propio camino pastoral, nos ha permitido acentuar “*la dimensión eucarística propia de toda la vida cristiana*”³. No hay que olvidar que “*la mirada de la Iglesia se dirige*

continuamente a su Señor, presente en el Sacramento del altar, en el cual descubre la plena manifestación de su inmenso amor” ⁴. En efecto, la Eucaristía es fuente, centro y cumbre tanto de la vida del cristiano como de la vida de la Iglesia y, en consecuencia, de su pastoral ⁵. La experiencia gozosa y profunda del Año de la Eucaristía representa para nosotros un programa pastoral para vivir la fe cristiana en este momento histórico. Por este motivo, después de haber recibido con inmenso gozo, con toda la Iglesia, la primera Encíclica del Santo Padre Benedicto XVI, «*Deus Caritas est*», deseo entregaros esta Carta Pastoral sobre la Eucaristía, fuente de vida eclesial. En ella quiero mostrar las dimensiones fundamentales del misterio eucarístico cuya celebración es tan decisiva para la vida cristiana y para el ejercicio de la Caridad.

I EL MISTERIO DE LA EUCARISTÍA

2. El misterio de la Eucaristía, tan extraordinariamente rico, incluye diversas dimensiones íntimamente unidas entre sí. Al hablar de la institución de la Eucaristía y de su relación con el misterio pascual, afirma el Concilio Vaticano II: “*Nuestro Salvador, en la última Cena, la noche que le traicionaban, instituyó el sacrificio eucarístico de su Cuerpo y Sangre, con el cual iba a perpetuar por los siglos, hasta su vuelta, el sacrificio de la cruz y confiar a su Esposa, la Iglesia, el memorial de su muerte y resurrección: sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad, banquete pascual, en el cual se recibe como alimento a Cristo, el alma se llena de gracia y se nos da una prenda de la gloria venidera*” ⁶. El texto conciliar recoge los aspectos fundamentales del misterio eucarístico. Se puede afirmar que la Eucaristía es la actualización y recapitulación sacramental de todo el misterio cristiano. Es el legado recapitulador de la vida, muerte y resurrección de Jesucristo; es glorificación de Dios y salvación para el ser humano; vivencia personal a la vez que eclesial; don al mismo tiempo que tarea. La Iglesia ha contemplado siempre en la Eucaristía el misterio central de su fe. Es evidente que este misterio no puede ser entendido a partir de uno solo de sus aspectos. De modo conciso deseo subrayar algunas dimensiones del único misterio eucarístico.

1) La Eucaristía, un don de Dios

3. El sacramento de la Eucaristía es la manifestación del amor fontal del Padre que envía a su Hijo y al Espíritu Santo para nuestra salvación. En la celebración de la Santa Misa actualizamos la historia de la salvación donde actúan la Trinidad Santa. La institución de la Eucaristía nos conduce al Cenáculo donde se encuentra el Señor con sus discípulos. En efecto, “*para dejarles una prenda de este amor, para no*

alejarse nunca de los suyos y hacerles partícipes de su Pascua, (el Señor) instituyó la Eucaristía como memorial de su muerte y de su resurrección y ordenó a sus apóstoles celebrarlo hasta su retorno, constituyéndoles entonces sacerdotes del Nuevo testamento”⁷. No se trata de un don entre otros muchos, aunque sea muy valioso, sino del “don por excelencia”. Con palabras que rezuman una intensa emoción Juan Pablo II, se preguntaba: “¿Qué más podía hacer Jesús por nosotros? Verdaderamente, en la Eucaristía nos muestra un amor que llega ‘hasta el extremo’ (Jn.13,1), un amor que no conoce medida”⁸. El Concilio Vaticano II describe de esta forma la inmensa riqueza del don de la Eucaristía: “Y es que en la santísima Eucaristía se contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, a saber, Cristo mismo, nuestra Pascua y Pan vivo por su carne, que da la vida a los hombres, vivificada y vivificante por el Espíritu Santo”⁹.

2) La Sagrada Eucaristía es un misterio de fe

4. El sacerdote después de la consagración exclama: “Este es el misterio de nuestra fe”. El pueblo fiel contesta con esta aclamación: “Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección, ¡ven, Señor Jesús!”. La Eucaristía es el misterio al que debemos acercarnos “con humilde reverencia, no buscando razones humanas que deben callar, sino adhiriéndonos firmemente a la Revelación divina”¹⁰. Este misterio supera totalmente la luz de la inteligencia humana, sólo puede ser acogido y contemplado con los ojos de la fe. Los Santos Padres y Doctores de la Iglesia han destacado esta dimensión de la Eucaristía. S. Juan Crisóstomo habla de esta realidad con términos claros y precisos: “Inclinémonos ante Dios, y no le contradigamos aun cuando lo que Él dice pueda parecer contrario a nuestra razón y a nuestra inteligencia, sino que su palabra prevalezca sobre nuestra razón e inteligencia. Observemos esta misma conducta respecto al misterio eucarístico, no considerando solamente lo que cae bajo los sentidos, sino atendiendo a sus palabras, porque su palabra no puede engañar”¹¹. S. Cirilo de Jerusalén, exhorta a los fieles con estas palabras: “No veas en el pan y en el vino meros y naturales elementos, porque el Señor ha dicho expresamente que son su cuerpo y su sangre: la fe te lo asegura, aunque los sentidos te sugieran otra cosa”¹². Los fieles cristianos, haciéndose eco de las palabras de Santo Tomás de Aquino, cantan frecuentemente: “En ti se engaña la vista, el tacto, el gusto; solamente se cree al oído con certeza. Creo lo que ha dicho el Hijo de Dios, pues no hay nada más verdadero que la Palabra de la verdad”¹³. Cristo en la Eucaristía está realmente presente y vivo y actúa con su Espíritu¹⁴

A lo largo de la historia de la Iglesia, la teología ha realizado notables esfuerzos para mostrar el genuino sentido de esta verdad. La tarea teológica ha de conjugar el ejercicio crítico del pensamiento con la fe vivida de la Iglesia¹⁵. Pablo VI, después de alabar los notables esfuerzos de los teólogos, advierte con toda claridad que “toda explicación teológica que intente buscar alguna inteligencia de este misterio, debe mantener, para estar de acuerdo con la fe católica, que en la realidad misma, independiente de nuestro espíritu, el pan y el vino han dejado de existir después de

la consagración, de suerte que el Cuerpo y la Sangre adorables de Cristo Jesús son los que están realmente delante de nosotros” ¹⁶.

3) *Un misterio de Luz*

5. Juan Pablo II presentó el año de la Eucaristía siguiendo el icono de los dos discípulos de Emaús ¹⁷. El camino emprendido por estos dos discípulos es también el camino del hombre de hoy. En efecto, *“En el camino de nuestras dudas e inquietudes, y a veces de nuestras amargas desilusiones, el divino Caminante sigue haciéndose nuestro compañero para introducirnos, con la interpretación de las Escrituras, en la comprensión de los misterios de Dios”* ¹⁸. Durante su vida pública Jesús se presentó a sí mismo como la verdadera y única luz del mundo: *“Yo soy la luz del mundo. El que me sigue no caminará a oscuras, sino que tendrá la luz de la vida”* ¹⁹. El signo de la curación del ciego de nacimiento adquiere en este punto una significación especial. Jesús declara entonces: *“Mientras estoy en el mundo yo soy la luz del mundo”*.²⁰

De hecho Él vino al mundo para ser luz: *“Yo he venido al mundo como luz, para que todo el que cree en mí no siga en tinieblas”* ²¹. Ante la persona de Jesús es necesario decidirse. La luz es incompatible con la tiniebla. Así el drama que se establece ante Jesús es un enfrentamiento de la luz y de las tinieblas. La luz brilla en las tinieblas ²² y el mundo trata de sofocar la luz, porque sus obras son malas. Cuando Judas sale del Cenáculo, para entregar a Jesús, el evangelista nota intencionadamente: *“Era de noche”* ²³; el mismo Jesús al ser arrestado declara: *“Esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas”* ²⁴.

En el relato de la aparición a los dos discípulos de Emaús encontramos una clave para hablar de la Eucaristía como misterio de luz. En efecto, *“la Eucaristía es luz, ante todo, porque en cada Misa la liturgia de la Palabra de Dios precede a la liturgia eucarística, en la unidad de las dos ‘mesas’, la de la Palabra y la del Pan”* ²⁵. Este es el mismo ritmo que se nos presenta en la narración del encuentro del Resucitado con los discípulos. El Señor interviene para mostrar *“comenzando por Moisés y siguiendo por los profetas, cómo toda la Escritura lleva al misterio de su persona”* ²⁶. Las palabras del Resucitado hacen ‘arder’ los corazones de los discípulos, les rescatan de la tristeza de la oscuridad y desesperación y suscitan el deseo intenso de permanecer con Él: *“Quédate con nosotros, Señor”* ²⁷.

Al hablar de las diversas presencias de Cristo en la Iglesia, el Concilio Vaticano II enseña que *“está presente en su palabra, pues es Él mismo el que habla cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura”* ²⁸

Sin perder de vista que *“la liturgia de la palabra y la eucarística, están tan íntimamente unidas que constituyen un solo acto de culto”* ²⁹, deseo subrayar la importancia de la mesa de la Palabra dentro de la celebración eucarística. Hay que reconocer que actualmente ‘los tesoros bíblicos’ son más asequibles para todos los fieles ³⁰. La proclamación de la Palabra de Dios en el contexto de la Asamblea litúrgica favorece ante todo el diálogo de Dios con su pueblo. La enseñanza conciliar

es muy clara al respecto: *“En los Libros sagrados, el Padre, que está en el cielo, sale amorosamente al encuentro de sus hijos para conversar con ellos. Y es tan grande el poder y la fuerza de la Palabra de Dios, que constituye sustento y vigor de la Iglesia, firmeza de fe para sus hijos, alimento del alma, fuente límpida y perenne de vida espiritual”*³¹. Más concretamente, cuando proclamamos la Palabra de Dios en la liturgia, Cristo en persona nos habla³².

6. Transcurridos cuarenta años desde la clausura del Concilio Vaticano II y al finalizar el año de la Eucaristía, sería oportuno revisar personal y comunitariamente *“de qué manera se proclama la Palabra de Dios, así como el crecimiento efectivo del conocimiento y del aprecio por la Sagrada Escritura en el Pueblo de Dios”*³³. Juan Pablo II se mostraba muy realista a la hora de hacer dicha revisión. Se situaba en las circunstancias precisas que preceden y están presentes en la celebración litúrgica. He aquí sus palabras: *“En efecto, no basta que los fragmentos bíblicos se proclamen en una lengua conocida si la proclamación no se hace con el cuidado, preparación previa, escucha devota y silencio meditativo, tan necesarios para que la Palabra de Dios toque la vida y la ilumine”*³⁴. Estas advertencias tan concretas suponen para nosotros un compromiso activo a reflexionar previamente sobre la Palabra de Dios, a escucharla atentamente en la celebración y a practicarla en nuestra vida cotidiana.

En la mesa de la Palabra aprendemos diariamente a vivir como hijos de la luz. La Palabra de Dios ha de ser para un creyente como la lámpara que alumbra sus pasos. Dios es quien *“nos llamó de las tinieblas a su admirable luz”*³⁵. En otro tiempo éramos tinieblas, ahora somos luz en el Señor³⁶.

El fruto apetecido de la luz es todo lo que es bueno, justo y verdadero. Es necesario caminar en la luz para estar en comunión con Dios que es del todo luz, sin mezcla alguna de tiniebla³⁷. El criterio básico para saber si caminamos en la luz es el amor fraterno: *“Quien ama a su hermano permanece en la luz y nada le hará tropezar”*³⁸. En consecuencia, *“Dios, al comunicar su Palabra, espera nuestra respuesta; respuesta que Cristo dio ya por nosotros con su ‘Amén’ (cfr. IICor. 1,20-22) y que el Espíritu Santo hace resonar en nosotros de modo que lo que se ha escuchado impregne profundamente nuestra vida”*³⁹.

4) La presencia real del Señor resucitado en la Eucaristía

7. Todos los aspectos del misterio eucarístico *“confluyen en lo que más pone a prueba nuestra fe: el misterio de la presencia real”*⁴⁰. Creemos firmemente que bajo las especies eucarísticas está realmente presente el Señor. Esta es la fe de la Iglesia que hunde sus raíces en la misma Verdad revelada.

a) En la fuente de la Sagrada Escritura

8. En los relatos de la institución de la Eucaristía se nos indica que Jesús se da a sí mismo bajo las apariencias de pan y de vino como el nuevo sacrificio pascual (carne y sangre) para la comida⁴¹. También en el cuarto evangelio se afirma esta presencia

real sacramental de Cristo en la Eucaristía ⁴². Por voluntad del Padre es el mismo Jesús quien da a comer su carne y a beber su sangre: “*Mi Padre es quien os da a vosotros el verdadero pan del cielo... El pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo*” ⁴³. De los datos bíblicos brota la convicción de que Cristo se hace realmente presente en la Eucaristía para dar a sus discípulos, en las especies de pan y de vino su propio cuerpo y sangre como alimento y bebida⁴⁴. Desde esta perspectiva de presencia y donación los apóstoles Juan y Pablo sacaron algunas consecuencias para la vida personal y comunitaria del creyente. San Juan insiste en la dimensión personal: “*El que come mi carne y bebe mi sangre vive en mí y yo en él. El Padre, que me ha enviado, posee la vida, y yo vivo por Él. Así también, el que me coma vivirá por mí*» ⁴⁵. San Pablo incide especialmente en la perspectiva comunitaria: “*Pues si el pan es uno solo y todos participamos de ese único pan, todos formamos un solo cuerpo*” ⁴⁶.

b) El testimonio de los Padres de la Iglesia

9. Desde los primeros siglos, los Padres de la Iglesia, frente a las afirmaciones de carácter gnóstico, afirmaron la presencia real de Cristo en la Eucaristía con diversas expresiones. Son abundantes los testimonios al respecto. Ellos afirmaron con fuerza la fe de la Iglesia en la eficacia de la Palabra de Cristo y de la acción del Espíritu Santo para obrar la conversión del pan y del vino en el Cuerpo y en la Sangre del Señor. Frente al pensamiento gnóstico de carácter dualista, S. Ireneo subraya, por una parte, la encarnación y resurrección de Cristo y, por otra, la Eucaristía y la resurrección final: el pan y el vino, parte de este cosmos material, han sido asumidos para un sacramento salvador por el mismo Cristo y nos dan la garantía de la resurrección corporal. He aquí sus palabras: “*En cambio, nuestras creencias están en armonía con la Eucaristía y a su vez la Eucaristía es confirmación de nuestras creencias. Porque ofrecemos lo que es de él, proclamando de una manera consecuente la comunidad y la unidad que se da entre la carne y el espíritu. Y así como el pan que procede de la tierra, al recibir la invocación de Dios, ya no es pan común, sino Eucaristía, compuesta de dos cosas, la terrena y la celestial, así también nuestros cuerpos cuando han recibido la Eucaristía, ya no son corruptibles, sino que tienen la esperanza de la resurrección*” ⁴⁷. Por su parte, S. Juan Crisóstomo sostiene: “*No es el hombre quien hace que las cosas ofrecidas se conviertan en Cuerpo y Sangre de Cristo, sino Cristo mismo que fue crucificado por nosotros. El sacerdote, figura de Cristo, pronuncia estas palabras, pero su eficacia y su gracia provienen de Dios. ‘Esto es mi cuerpo’, dice. Esta palabra transforma las cosas ofrecidas*” ⁴⁸.

c) las afirmaciones del Magisterio de la Iglesia

10. El Magisterio de la Iglesia, ha expresado esta verdad de fe en diversas ocasiones. Recordaré algunas afirmaciones que considero fundamentales. El Concilio de Trento enseña el sentido verdadero e íntegro del misterio eucarístico. Los Padres conciliares de Trento sostienen que en sacramento de la Eucaristía están “

*contenidos verdadera, real y substancialmente el Cuerpo y la Sangre junto con el alma y la divinidad de nuestro Señor Jesucristo, y, por consiguiente, Cristo entero*⁴⁹. El Concilio tridentino habla, pues, de presencia real, verdadera y sustancial de Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre, bajo la apariencia sensible del sacramento. Además, apoyándose en las palabras de Cristo, el Concilio de Trento enseña que la Iglesia siempre tuvo la persuasión de “*que por la consagración del pan y del vino se realiza la conversión de toda la sustancia del pan en la sustancia del Cuerpo de Cristo nuestro Señor, y de toda la sustancia del vino en la sustancia de su sangre. Esta conversión fue llamada oportuna y propiamente, por la Iglesia católica, transustanciación*”⁵⁰.

Sobre la presencia real, el Concilio Vaticano II afirma que la Eucaristía es memorial de del sacrificio de la cruz: “*Cristo instituyó el sacrificio eucarístico de su cuerpo y sangre, con el cual iba a perpetuar por los siglos, hasta su vuelta, el sacrificio de la cruz, y a confiar así a su Esposa, la Iglesia, el memorial de su muerte y resurrección*”⁵¹

11. Pablo VI se hace eco de las diferentes presencias que Cristo tiene en la Iglesia⁵² y, en el contexto de éstas resalta la peculiaridad de la presencia eucarística: “*Esta presencia se llama ‘real’ no por exclusión, como si las demás no fueran ‘reales’, sino por antonomasia, ya que es sustancial, ya que por ella ciertamente se hace presente Cristo, Dios y hombre, entero e íntegro*”⁵³. Siguiendo la tradición viva de la Iglesia, afirma que sólo en virtud del cambio sustancial del pan y del vino se puede afirmar que los elementos eucarísticos son el cuerpo y la sangre de Cristo⁵⁴. Una vez realizada esta conversión sustancial, se puede decir que las especies de pan y de vino adquieren un nuevo significado, porque contienen una nueva realidad. Así lo declaraba Pablo VI con estos términos tan precisos: “*Realizada la transustanciación, las especies de pan y vino adquieren, sin duda, un nuevo significado y un nuevo fin, puesto que ya no son el pan ordinario y la ordinaria bebida, sino el signo de una cosa sagrada, signo de un alimento espiritual; pero en tanto adquieren un nuevo significado y un nuevo fin en cuanto contienen ‘una realidad’ que con razón denominamos ontológica. Porque bajo dichas especies ya no existe lo que había antes, sino una cosa completamente diversa; y esto no únicamente por el juicio de la Iglesia, sino por la realidad objetiva, puesto que, convertida la sustancia o naturaleza del pan y del vino en el cuerpo y la sangre de Cristo, no queda ya nada del pan y del vino, sino las solas especies*”⁵⁵. Pablo VI recalca que esta presencia tiene lugar en la realidad objetiva, más allá de la fe de los creyentes.

La conexión entre la presencia real y la transustanciación aparece muy resaltada en el “*Credo del Pueblo de Dios*”. Pablo VI después de afirmar la presencia verdadera, real y sustancial del Señor en la Eucaristía⁵⁶, sostenía: “*En este sacramento, Cristo no puede hacerse presente de otra manera que por la conversión de toda la sustancia de pan en su cuerpo y la conversión de toda la sustancia de vino en su sangre, permaneciendo solamente íntegras las propiedades del pan y del vino que*

percibimos por nuestros sentidos. La cual conversión misteriosa es llamada por la santa Iglesia, conveniente y propiamente, transustanciación” ⁵⁷. El Papa deseaba mostrar que el cambio tiene lugar “*en la misma naturaleza de las cosas, independientemente del conocimiento del creyente”* ⁵⁸. Posteriormente, el Catecismo de la Iglesia Católica y Juan Pablo II hablaron de la presencia real del Señor en la Eucaristía en los mismos términos, citando expresamente la doctrina del Concilio de Trento y de Pablo VI ⁵⁹

En la Eucaristía actualizamos el misterio pascual de Cristo. En efecto, como nos dice el Santo Padre, “*después de la consagración, la Asamblea de los fieles, consciente de estar ante la presencia real de Cristo crucificado y resucitado, hace esta aclamación: Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección, ¡ven Señor Jesús!. Con los ojos de la fe la comunidad reconoce a Jesús vivo con los signos de su pasión y, junto con Tomás, llena de maravilla, puede repetir: Señor mío y Dios mío (Jn.20,28)”* ⁶⁰

5) La reserva eucarística y adoración del Santísimo Sacramento

12. Como una consecuencia lógica de la fe en la peculiar presencia real de Cristo en la Eucaristía, la Iglesia ha legitimado la práctica de la reserva eucarística. En efecto, “*la presencia eucarística de Cristo comienza en el momento de la consagración y dura todo el tiempo que subsistan las especies eucarísticas”* ⁶¹. La Iglesia primitiva solicitaba a los fieles a conservar con suma diligencia la Eucaristía que llevaban a los enfermos. Así nos lo recuerda el Catecismo de la Iglesia Católica: “*El sagrario (tabernáculo) estaba primeramente destinado a guardar dignamente la Eucaristía para que pudiera ser llevada a los enfermos y ausentes fuera de la misa”* ⁶². Pablo VI con palabras sencillas pero muy sentidas nos recordaba que “*la Eucaristía es conservada en los templos y oratorios como el centro espiritual de la comunidad religiosa y parroquial, más aún, de la Iglesia universal y de toda la humanidad, puesto que bajo el velo de las sagradas especies contiene a Cristo, Cabeza visible de la Iglesia, Redentor del mundo, centro de todos los corazones, ‘por quien son todas las cosas y nosotros por Él’ (ICor.8,6)”* ⁶³. Esta presencia sacramental es una manifestación elocuente del amor hasta el extremo del Hijo de Dios por nosotros: “*Puesto que Cristo iba a dejar a los suyos bajo su forma visible, quiso darnos su presencia sacramental; puesto que iba a ofrecerse en la cruz por nuestra salvación, quiso que tuviéramos el memorial del amor con que nos había amado ‘hasta el fin’ (Jn.13,1), hasta el don de su vida. En efecto, en su presencia eucarística permanece misteriosamente en medio de nosotros como quien nos amó y se entregó por nosotros, y se queda bajo los signos que expresan y comunican este amor”* ⁶⁴.

13. La Iglesia manifiesta su fe en la presencia real del Señor en la Eucaristía no solamente durante la Santa Misa, sino también fuera de su celebración. Cristo en el tabernáculo es para nosotros una llamada continua al encuentro personal con Él. Supone una invitación a reproducir en nosotros sus mismos sentimientos ⁶⁵.

¿Cómo olvidar a Cristo presente en el sagrario? Si Cristo ha querido regalarnos esta presencia tan singular, ¿no será que a través de ella quiere entablar con nosotros un diálogo muy personal? Si somos sinceros hemos de reconocer que debemos mucho al trato íntimo con Cristo presente en el sagrario. Deseo recordar varios testimonios muy esclarecedores al respecto.

Pablo VI nos advertía: *“Durante el día, los fieles no omitan el hacer la visita al Santísimo Sacramento, que debe estar reservado en su sitio dignísimo, con el máximo honor en las Iglesias, conforme a las leyes litúrgicas, puesto que la visita es prueba de gratitud, signo de amor y deber de adoración a Cristo nuestro Señor allí presente”*

⁶⁶. Seguidamente destacaba el carácter dinámico de esta presencia que transforma nuestra existencia cotidiana: *“Pues día y noche (Cristo) está en medio de nosotros, habita con nosotros, lleno de gracia y de verdad (cfr. Jn.1,14); ordena las costumbres, alimenta las virtudes, consuela a los afligidos, fortalece a los débiles, invita a su imitación a todos los que se acercan a Él, a fin de que con su ejemplo aprendan a ser mansos y humildes de corazón y a buscar no las propias cosas, sino las de Dios”*

⁶⁷. La visita al Santísimo se desarrolla ⁶⁷ en un clima de diálogo de amor con quien sabemos que nos amó hasta la muerte, y muerte de Cruz. Es una conversación que nos ayuda eficazmente a caminar por la senda de la santidad: *“Cualquiera, pues, que se dirige al augusto sacramento eucarístico con particular devoción y se esfuerza en amar, a su vez, con prontitud y generosidad a Cristo, que nos ama infinitamente, experimenta y comprende a fondo, no sin grande gozo y aprovechamiento de espíritu, cuán preciosa sea la vida escondida con Cristo en Dios (cfr. Col.3.3) y cuánto valga entablar conversaciones con Cristo; no hay cosa más suave que ésta, nada más eficaz para recorrer el camino de la santidad”* ⁶⁸.

Años más tarde, Pablo VI calificaba la adoración del Santísimo Sacramento como de verdadera obligación: *“Estamos obligados, por obligación ciertamente suavísima, a honrar y adorar la hostia santa que nuestros ojos ven, al mismo Verbo encarnado que éstos no pueden ver y que, sin embargo, se ha hecho presente delante de nosotros sin haber dejado los cielos”* ⁶⁹.

14. Juan Pablo II nos apremiaba también al culto de adoración que se da a la Eucaristía fuera de la Santa Misa. Lo consideraba de un valor inestimable en la vida de la Iglesia. La adoración debe mantenerse permanentemente como algo necesario para la vida de las comunidades cristianas: *“La Iglesia y el mundo tienen una gran necesidad del culto eucarístico. Jesús nos espera en este sacramento del amor. No escatimemos tiempo para ir a encontrarlo en la adoración, en la contemplación llena de fe y abierta a reparar las graves faltas y delitos del mundo. No cese nunca vuestra adoración”* ⁷⁰. Es necesario crecer en el ‘arte de la oración’ que se va descubriendo en el trato personal e íntimo con Cristo presente en el sagrario: *“Es hermoso estar con Él y, reclinados sobre su pecho como el discípulo predilecto (cfr. Jn.13,25), palpar el amor infinito de su corazón. Si el cristianismo ha de distinguirse en nuestro tiempo sobre todo por el ‘arte de la oración’ (cfr. NMI. n.32) ¿cómo no sentir una renovada necesidad de estar largos ratos en conversación espiritual, en adoración silenciosa,*

en actitud de amor, ante Cristo presente en el Santísimo Sacramento?” ⁷¹. Él nos hablaba del diálogo espiritual con Jesús Sacramentado desde su propia experiencia: *¡Cuántas veces, mis queridos hermanos y hermanas, he hecho esta experiencia y en ella he encontrado fuerza, consuelo y apoyo!”* ⁷²

Con motivo de la XX Jornada Mundial de la Juventud, el Santo Padre Benedicto XVI nos hablaba así de la adoración: *“La palabra latina adoración es ‘ad-oratio’, contacto boca a boca, beso, abrazo y, por tanto, en resumen, amor. La sumisión se hace unión, porque aquel al cual nos sometemos es Amor... Volvamos de nuevo a la Última Cena”* ⁷³. Precisamente el Sínodo de los Obispos sobre la Eucaristía, *“reconociendo los múltiples frutos de la adoración eucarística en la vida del pueblo de Dios”,* pide que *“sea mantenida y promovida, según las tradiciones, tanto de la Iglesia latina como de las Iglesias orientales”* ⁷⁴.

15. Estos testimonios consideran a la Eucaristía como un tesoro inestimable que nos ofrece la posibilidad de acercarnos al manantial de la gracia. En consecuencia, *“Una comunidad cristiana que quiera ser más capaz de contemplar el rostro de Cristo, en el espíritu que he sugerido en las Cartas Apostólicas Novo millennio ineunte y Rosarium Virginis Mariae, ha de desarrollar también este aspecto del culto eucarístico, en el que se prolongan y multiplican los frutos de la comunión del cuerpo y sangre del Señor”* ⁷⁵.

Conviene fomentar, tanto en la celebración de la Santa Misa como en el culto fuera de ella, la conciencia viva de la presencia real de Cristo, tratando de testimoniarla con el tono de la voz, con los gestos, con el modo de comportarse ⁷⁶. No hay que olvidar que la adoración eucarística nace del sentimiento profundo de acción de gracias y de reconocimiento porque Cristo, Dios y hombre, está realmente presente entre nosotros. La presencia personal de Cristo en la Eucaristía justifica por sí misma nuestra gratitud y nuestra adoración. Se adora porque se cree firmemente que Cristo está entre nosotros de una forma singular en el sagrario. No hay nada que engrandezca, tanto a la persona humana como arrodillarse ante el Santísimo. Este es realmente el misterio de nuestra fe.

6) La Eucaristía, sacramento del único sacrificio de Cristo

16. Entre las denominaciones del misterio eucarístico se nombra el de *‘Santo Sacrificio’* porque actualiza el único sacrificio de Cristo Salvador e incluye la ofrenda de la Iglesia; o también *Santo Sacrificio de la Misa, ‘sacrificio de alabanza’* (Hch.13,15), *sacrificio espiritual, sacrificio puro y santo, puesto que completa y supera todos los sacrificios de la Antigua Alianza”* ⁷⁷

El Catecismo de la Iglesia Católica recoge los diversos calificativos que la Sagrada Escritura da al Sacrificio de la Misa.

a) En la Eucaristía se actualiza el mismo sacrificio de Cristo

17. La Eucaristía es verdadero sacrificio por ser memorial de la Pascua de Cristo. El carácter sacrificial de la Eucaristía nos lo recuerdan las mismas palabras de la

institución: *“Esto es mi Cuerpo que será entregado por vosotros”* y *“Esta copa es la nueva Alianza en mi sangre, que será derramada por vosotros (Lc.22, 19-20)”*. Así pues, *“en la Eucaristía, Cristo da el mismo cuerpo que por nosotros entregó en la cruz y la sangre misma que ‘derramó por muchos... para la remisión de los pecados’ (Mt.26,28)”*⁷⁸.

En la Santa Misa se hace presente el sacrificio de la cruz, porque es su memorial y gracias a él los hombres pueden acoger su fruto⁷⁹. El Catecismo de la Iglesia Católica, para explicitar esta verdad eucarística, nos remite a un texto básico del Concilio de Trento donde se describe con cierto detalle el carácter sacrificial de la Eucaristía: *“Cristo, nuestro Dios y Señor (...) se ofreció a Dios Padre (...) una vez por todas, muriendo como intercesor sobre el altar de la cruz, a fin de realizar para ellos (los hombres) una redención eterna. Sin embargo, como su muerte no podía poner fin a su sacerdocio (Heb.7,24.27), en la última Cena, ‘la noche en que fue entregado’ (ICor.11,23), quiso dejar a la Iglesia, su esposa amada, un sacrificio visible (como lo reclama la naturaleza humana) (...) donde sería representado el sacrificio sangriento que iba a realizarse una única vez en la cruz, cuya memoria se perpetuaría hasta el fin de los siglos y cuya virtud saludable se aplicaría a la redención de los pecados que cometemos cada día”*⁸⁰. De esta forma, mediante la Eucaristía llega a los hombres de hoy la gracia de la reconciliación obtenida por Cristo de una vez para siempre⁸¹. Así el sacrificio de Cristo y el de la Eucaristía son un único sacrificio, porque *“Es una y la misma víctima, que se ofrece ahora por el ministerio de los sacerdotes que se ofreció a sí misma entonces en la cruz. Sólo difiere la manera de ofrecer”*⁸²

b) La Eucaristía, sacrificio de la Iglesia

18. La Eucaristía es también sacrificio de la Iglesia, porque sus miembros se ofrecen a sí mismos junto con la Víctima divina⁸³. En la Eucaristía el sacrificio de Cristo lo ofrecemos en Él y con Él, lo presentamos ante el Padre y participamos en su misma actitud de sacrificio pascual y de auto-ofrenda. El sacrificio pascual se prolonga en la historia en el Cuerpo de Cristo. Es el sacrificio también de la comunidad unida a Cristo. Con ello la Iglesia no pretende hacer una obra suya, meritoria. No se intenta hacer un nuevo sacrificio al lado del de Cristo. Al contrario, la Iglesia es y vive por el Espíritu del sacrificio de Cristo, acogiéndolo en la fe, desarrollando toda su virtualidad, asociándose activamente a él. La Iglesia es consciente de que sólo lo puede hacer *“en memoria de él”* y lo que ella hace tiene eficacia sólo *“por él, con él y en él”*. Los creyentes aceptan profundamente el acontecimiento de la Cruz de Cristo y se dejan penetrar por su fuerza salvadora. La Iglesia es, vive y celebra el memorial del sacrificio pascual con su Señor y Esposo. Esto acontece sacramentalmente en el gesto eucarístico, pero también se realiza en su vida entera. Al sacrificio ritual le corresponde el sacrificio vivencial, espiritual, de la ofrenda de toda la vida⁸⁴. En este sentido se trata de vivir a fondo las exigencias eucarísticas del sacerdocio común de todos los bautizados. La vida de Cristo fue una

entrega ofrecida al Padre por todos los hombres. Toda su vida fue una verdadera “diakonía” que culmina con su pasión y muerte en la Cruz.

Toda la Iglesia se une a la ofrenda y a la intercesión de Cristo. La Iglesia que peregrina en este mundo, pastores y fieles, participa en la celebración del sacrificio eucarístico de Cristo: *“Encargado del ministerio de Pedro en la Iglesia, el Papa es asociado a toda celebración de la Eucaristía en la que es nombrado como signo y servidor de la unidad de la Iglesia universal. El Obispo del lugar es siempre responsable de la Eucaristía, incluso cuando es presidida por un presbítero; el nombre del Obispo se pronuncia en ella para significar su presidencia de la Iglesia particular en medio del presbiterio y con la asistencia de los diáconos. La comunidad intercede también por todos los ministros que, por ella y con ella, ofrecen el Sacrificio Eucarístico”*⁸⁵. La Iglesia celebra el santo Sacrificio de la Misa como comunidad jerárquica. Cada miembro participa activamente desde su misión concreta en la comunidad cristiana.

19. Los miembros que gozan de la gloria del cielo se unen también a la ofrenda de Cristo. En la celebración eucarística estamos en comunión *“con la santísima Virgen María y haciendo memoria de ella, así como de todos los santos y santas. En la Eucaristía, la Iglesia, con María, está como al pie de la cruz, unida a la ofrenda y a la intercesión de Cristo”*⁸⁶. Juan Pablo II nos invitaba a todos a entrar en la escuela de María, Mujer ‘eucarística’⁸⁷

También se ofrece el sacrificio eucarístico *“por los fieles difuntos que han muerto en Cristo y todavía no están plenamente purificados, para que puedan entrar en la luz y la paz de Cristo”*⁸⁸. Considero muy oportuno recordar aquella recomendación tan llena de fe de santa Mónica dirigida a san Agustín y a su hermano poco antes de fallecer: *“Enterrad este cuerpo dondequiera, y no tengáis más cuidado de él; lo que únicamente pido y os encomiendo muy de veras es que os acordéis de mí en el altar del Señor, dondequiera que os halléis”*⁸⁹. Es muy consoladora la verdad de la comunión de los santos que no se rompe ni siquiera con la muerte: *“La unión de los viadores con los hermanos que se durmieron en la paz de Cristo, de ninguna manera se interrumpe, antes bien, según la constante fe de la Iglesia, se robustece con la comunicación de bienes espirituales”*⁹⁰. En la Eucaristía actualizamos sacramentalmente la comunión entre todos los miembros del Cuerpo de Cristo.

En la celebración litúrgica alcanza su verdadera expresión el carácter sacrificial de la Eucaristía sobre todo en las anáforas. En ellas se une la anamnesis con la acción de gracias como sacrificio vivo y santo, a la vez que se afirma que la ofrenda de la Iglesia está unida a la víctima inmolada que nos reconcilia, y transforma nuestra vida en ofrenda permanente: *“Así pues, Padre, al celebrar ahora el memorial de la pasión salvadora de tu Hijo (...), te ofrecemos, en esta acción de gracias, el sacrificio vivo y santo. Dirige tu mirada sobre la ofrenda de tu Iglesia, y reconoce en ella la Víctima por cuya inmolación quisiste devolvernos tu amistad (...). Que Él nos transforme en ofrenda permanente”*⁹¹. En la santa Misa se ofrece el único sacrificio agradable por

el que Cristo nos ha redimido, pero un sacrificio que el mismo Dios “*ha preparado a su Iglesia*”, para una salvación actual que se extiende a todos los hombres y también a los difuntos ⁹². En las diversas anáforas se destacan las dimensiones cristológica (“*Dirige tu mirada, Padre santo, sobre esta ofrenda: es Jesucristo que se ofrece con su cuerpo y con su sangre y, por este sacrificio nos abre el camino hacia ti*”) ⁹³ pneumatológica sin la cual no hay Eucaristía (“*santifica estos dones con la efusión de tu Espíritu*”) ⁹⁴ y eclesiológica del sacrificio eucarístico (“*Acéptanos también a nosotros, Padre santo, juntamente con la ofrenda de tu Hijo*”) ⁹⁵.

7) *La Eucaristía es un verdadero banquete*

20. El misterio de la Eucaristía es, a la vez e inseparablemente sacrificio y “*banquete sagrado de la comunión en el Cuerpo y en la Sangre del Señor*” ⁹⁶. Más todavía, “*la celebración del sacrificio eucarístico está totalmente orientada hacia la unión íntima de los fieles con Cristo por medio de la comunión. Comulgar es recibir a Cristo mismo que se entregó por nosotros*” ⁹⁷.

En la última Cena Jesús tomó el pan dio gracias, lo partió y lo dio a comer a sus discípulos; y tomó el vino dio gracias después de comer, y lo dio a beber a sus discípulos. Jesús se mantiene en el marco de la cena pascual judía. Lo que cambia es el contenido y el sentido del rito, expresándolo por las palabras que acompañan: “*Esto es mi cuerpo... ésta es mi sangre*”. Jesús renueva el contenido y sentido, que en adelante ya no remitirán a la antigua Pascua, sino a la nueva. Así nos lo enseña el Catecismo de la Iglesia Católica: “*Al celebrar la última Cena con sus apóstoles en el transcurso del banquete pascual, Jesús dio su sentido definitivo a la Pascua judía. En efecto, el paso de Jesús a su Padre por su muerte y su resurrección, la Pascua nueva, es anticipada en la Cena y celebrada en la Eucaristía que da cumplimiento a la Pascua judía y anticipa la Pascua final de la Iglesia en la gloria del Reino*” ⁹⁸.

a) *La invitación apremiante de Cristo y de la Iglesia a participar adecuadamente en este banquete*

21. El mismo Señor nos invita con fuerza a recibirle en la Eucaristía: “*En verdad, en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del hombre, y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros*” ⁹⁹. Él es el pan de vida que ha bajado del cielo para que tengamos vida y la tengamos en abundancia. Para acoger a esta apremiante invitación del Señor es necesario prepararnos adecuadamente. El mismo Apóstol llamaba la atención sobre este deber: “*Examínese, pues, cada cual, y coma así el pan y beba de la copa*” ¹⁰⁰

Con la fuerza de su elocuencia y con toda claridad, S. Juan Crisóstomo exhortaba con estos términos a sus fieles: “*También yo alzo la voz, suplico, ruego y exhorto encarecidamente a no sentarse a esta sagrada Mesa con una conciencia manchada y corrompida. Hacer esto, en efecto, nunca jamás podrá llamarse comunión, por más que toquemos mil veces el cuerpo del Señor, sino condena, tormento y mayor castigo*” ¹⁰¹. En este mismo sentido el Catecismo de la Iglesia Católica establece:

“Quien tiene conciencia de estar en pecado grave debe recibir el sacramento de la Reconciliación antes de acercarse a comulgar” ¹⁰².

Juan Pablo II se hacía eco de todas estas advertencias y reiteraba la vigencia de la norma del Concilio de Trento que sostiene que para recibir dignamente la Eucaristía, *“debe preceder la confesión de los pecados, cuando uno es consciente de pecado mortal”* ¹⁰³. Desde esta perspectiva se comprende la estrecha vinculación existente entre el sacramento de la Eucaristía y la Penitencia. Así pues, *“La Eucaristía, al hacer presente el Sacrificio redentor de la Cruz, perpetuándolo sacramentalmente, significa que de ella se deriva una exigencia continua de conversión, de respuesta personal a la exhortación que san Pablo dirigía a los cristianos de Corinto: ‘En nombre de Cristo os suplicamos: ¡Reconciliaos con Dios!’ (II Cor. 5, 20)”* ¹⁰⁴. Al tratarse de una valoración de conciencia, el juicio sobre el estado de gracia corresponde al propio interesado. En casos de un comportamiento externo grave, la Iglesia en su cuidado pastoral no debe, por el buen orden comunitario y por respeto al Sacramento, mostrarse indiferente. A esta situación de manifiesta indisposición moral alude la norma del Código de Derecho Canónico que no permite la admisión a la comunión eucarística a las persona que *“obstinadamente persistan en un manifiesto pecado grave”* ¹⁰⁵.

b) Los frutos del banquete eucarístico

22. Los frutos de la Eucaristía son decisivos para la vida de los creyentes. Ante todo la comunión nos une muy estrechamente a Cristo. El mismo Cristo lo había anunciado: *“Quien come mi Carne y bebe mi Sangre permanece en mí y yo en él”* ¹⁰⁶. La comunión sacramental fundamenta nuestra vida en Cristo: *“Lo mismo que me ha enviado el Padre, que vive, y yo vivo por el Padre, también el que me coma vivirá por mí”* ¹⁰⁷. La Eucaristía une a los fieles con Cristo en la mayor unión de intimidad y de amor. El pan eucarístico incorpora a los hombres a Cristo y hace así de ellos un único cuerpo espiritual. S. Agustín describe esta unión íntima de forma magistral con estas palabras: *“Yo soy el pan de los fuertes, ¡cómeme! Pero no serás tú el que me transformes a mí, sino que seré yo quien te transformaré a ti en mí”* ¹⁰⁸. En las comidas habituales el hombre es el más fuerte y asimila los alimentos. Pero en nuestra relación con Cristo sucede a la inversa: el más fuerte es Él, Él es el protagonista. Al comulgar somos despojados de nosotros mismos y asimilados a Él. Somos hechos uno con Él.

Al llegar a la aldea de Emaús, adonde iban, el Caminante hizo ademán de seguir adelante. Los dos discípulos le rogaron que se quedase con ellos. El Caminante accedió *“y entró para quedarse con ellos”* ¹⁰⁹. En el sacramento de la Eucaristía, el Resucitado encontró el modo de quedarse no sólo *“con”* ellos, sino también *“en”* ellos. La alegoría de la vid y los sarmientos evoca esta íntima unión entre Cristo y los cristianos ¹¹⁰. En dicha alegoría se repite varias veces el verbo *“permanecer”*. Juan Pablo II, aplicando estas palabras a la Eucaristía, comentaba así esta permanencia: *“Esta relación de íntima y recíproca ‘permanencia’ nos permite en cierto modo el cielo en la tierra. ¿No es quizás éste el mayor anhelo del hombre? ¿no es esto lo que*

Dios se ha propuesto realizando en la historia su designio de salvación? Él ha puesto en el corazón del hombre el ‘hambre’ de su Palabra (cfr. Am. 8, 11), un hambre que sólo se satisfará en la plena unión con Él. Se nos da la comunión eucarística para ‘saciarlos’ de Dios en esta tierra, a la espera de la plena satisfacción en el cielo”¹¹¹.

23. La comunión nos separa del pecado. El pan de vida que recibimos en la Eucaristía es el Cuerpo entregado por nosotros y la Sangre derramada por muchos para remisión de los pecados. La Eucaristía nos une a Cristo, purificándonos de los pecados cometidos y preservándonos de futuros pecados¹¹².

En la vida normal el alimento corporal sirve para restaurar la pérdida de fuerzas. De modo análogo, la Eucaristía robustece la caridad que, en el trato cotidiano, puede debilitarse. La caridad vivificada por la comunión *“borra los pecados veniales”*¹¹³. Cristo, nuestro alimento, reaviva en nosotros el verdadero amor, nos capacita para romper los lazos desordenados que nos atan a las criaturas y nos arraiga más en su amor. En efecto, *“cuanto más participamos en la vida de Cristo y más progresamos en su amistad, tanto más difícil se nos hará romper con Él por el pecado mortal”*¹¹⁴.

24. La unión con Cristo conlleva la unidad del Cuerpo místico. Los dos discípulos de Emaús, cuando descubren y reconocen el rostro del Resucitado al partir el pan, *“en aquel mismo instante se pusieron en camino y regresaron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los once y a todos los demás”*¹¹⁵. El encuentro con el Resucitado impide la dispersión y los vuelve al lugar de la unidad. En la misma alegoría de la vid y los sarmientos, el Señor nos presenta el mandamiento nuevo: *“Mi mandamiento es éste: Amaos los unos a los otros como yo os he amado. No existe mayor amor que dar la vida por los amigos”*¹¹⁶. No es posible estar unidos a la Vid verdadera, si no estamos en comunión con los demás miembros del Cuerpo de Cristo. Mediante el sacramento de la Eucaristía se va edificando la Iglesia como misterio de comunión. No me detengo en el análisis de este fruto concreto de la Eucaristía; lo haré en el capítulo siguiente, al tratar de la relación entre Eucaristía e Iglesia.

25. En la Carta de convocación del año de la Eucaristía Juan Pablo II mencionaba con fuerza el carácter de compromiso con los más pobres que brota de la celebración de este sacramento. La viva tradición de la Iglesia recuerda desde siempre esta dimensión del misterio de la Eucaristía. De modo muy claro y preciso nos lo hace saber el Catecismo de la Iglesia Católica: *“La Eucaristía entraña un compromiso a favor de los pobres: para recibir en la verdad el Cuerpo y la Sangre de Cristo entregados por nosotros debemos reconocer a Cristo en los más pobres, sus hermanos (cfr. Mt. 25, 40)”*¹¹⁷. Como dice Juan Pablo II, *“se trata de su impulso para un compromiso activo en la edificación de una sociedad más equitativa y fraterna”*¹¹⁸. En el último capítulo de esta Carta abordaré esta temática, al hablar de la espiritualidad de comunión.

26. La Eucaristía es prenda de la gloria futura. *“Si la Eucaristía es el memorial de la Pascua del Señor y si por nuestra comunión en el altar somos colmados ‘de gracia y bendición’, la Eucaristía es también la anticipación de la gloria celestial”*¹¹⁹

En nuestra economía sacramental tenemos un medio de salvación proporcionado a nuestra esperanza de resurrección. El mismo Señor nos garantizó que la Eucaristía es fuente auténtica de resurrección: *“El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna y yo lo resucitaré en el último día”* ¹²⁰. En este sentido la Eucaristía es *“medicina de inmortalidad, alimento contra la muerte, alimento de eterna vida en Jesucristo”* ¹²¹. En un mundo de múltiples contradicciones como el nuestro debe brillar con intensidad la esperanza cristiana ¹²². Ahora bien, Cristo fundamenta nuestra esperanza con su resurrección y con su promesa de su venida gloriosa a la tierra ¹²³. Sin embargo, no puede haber mejor garantía de la segunda venida de Cristo que su venida continua en la Eucaristía ¹²⁴. Este sacramento anima desde dentro la esperanza que colma las aspiraciones del corazón del hombre. Al hacerse presente por el Espíritu Santo el cuerpo y la sangre de Cristo, anticipan ya la transformación gloriosa que esperamos: *“El Señor dejó a los suyos prenda de tal esperanza y alimento para el camino en aquel sacramento de la fe en el que los elementos de la naturaleza, cultivados por el hombre, se convierten en el cuerpo y la sangre gloriosos con la cena de la comunión fraterna y la degustación del banquete celestial”* ¹²⁵. Celebramos la Eucaristía, mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo.

27. Como se puede deducir de todo lo dicho, el misterio eucarístico encierra en sí mismo una pluralidad de aspectos que en esta ocasión os he querido señalar brevemente. Recojo un texto de la Instrucción *“Eucharisticum mysterium”* que nos ofrece una admirable síntesis de los aspectos centrales de la Eucaristía: *“Por eso la Misa o Cena del Señor es a la vez e inseparablemente: sacrificio en el que se perpetúa el sacrificio de la cruz; memorial de la muerte y resurrección del Señor, que dijo: ‘Haced esto en memoria mía’ (Lc.22,19); banquete sagrado, en el que, por la comunión del cuerpo y de la sangre del Señor, el pueblo de Dios participa en los bienes del sacrificio pascual, renueva la nueva alianza entre Dios y los hombres sellada de una vez para siempre con la sangre de Cristo, y prefigura y anticipa en la fe y en la esperanza el banquete escatológico en el reino del Padre, anunciando la muerte del Señor hasta que venga”* ¹²⁶.

II LA EUCARISTÍA Y LA IGLESIA

28. Existe un vínculo estrechísimo entre el misterio de la Eucaristía y la Iglesia. Como nos recordaba Juan Pablo II: *“si la Eucaristía edifica la Iglesia y la Iglesia hace la Eucaristía, se deduce que hay una relación sumamente estrecha entre una y otra. Tan verdad es esto, que nos permite aplicar al Misterio eucarístico lo que decimos de la Iglesia cuando, en el Símbolo niceno-constantinopolitano, la confesamos una, santa, católica y Apostólica”* ¹²⁷. San Agustín formuló en toda su profun-

didad en el fragor del cisma donatista la íntima relación entre Eucaristía e Iglesia. Llama a la Eucaristía “*signo de unidad*” y “*vínculo de caridad*”¹²⁸. Ambas afirmaciones aparecen permanentemente en la memoria de la Iglesia. Nuestro Salvador en la última Cena instituye la Eucaristía que es a la vez sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad y banquete pascual¹²⁹. Dentro de esta amplia temática me fijaré inicialmente en algunos aspectos.

1) Antecedentes de la Asamblea eucarística en la historia de la salvación

29. La vida y la historia de una comunidad en marcha se convierte, tanto en el pueblo de Israel como en el cristianismo, en símbolo primordial de la presencia de la divinidad como manifestación del misterio. En efecto, “*fue voluntad de Dios el santificar y salvar a los hombres, no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo, que le confesara en verdad y le sirviera santamente*”¹³⁰.

a) La realidad de la Asamblea en el Antiguo Testamento

El Antiguo Testamento nos remite a las Asambleas que tuvieron lugar en las diversas etapas de la historia de la salvación. El mismo pueblo de Israel se entiende como una verdadera Asamblea, como pueblo convocado y congregado por Dios. Este pueblo liberado de la esclavitud de Egipto, celebra la Alianza en el Sinaí¹³¹. El acontecimiento de la Pascua y de la consiguiente Alianza hace de Israel el pueblo de Dios, la congregación de los elegidos, una Asamblea adornada con estas connotaciones: Convocada por iniciativa de Dios, a través de Moisés¹³². Presencia de Dios en medio del pueblo reunido, expresada por la teofanía. Dios se comunica con el pueblo en Asamblea y le expresa su voluntad en las tablas de la Ley¹³³. Respuesta de la Asamblea, como aceptación del compromiso y profesión de fe: “*Nosotros haremos todo cuanto ha dicho Yahvé*”¹³⁴

*Rito sacrificial de la alianza*¹³⁵.

Las reuniones culturales posteriores serán conmemoración del acontecimiento pascual. La Asamblea anual de la Pascua es una reunión familiar y religiosa cuyos ritos, puestos en relación con la liberación de la esclavitud de Egipto, son como el memorial, la expresión de la salvación concedida por Yahvé a su pueblo¹³⁶. En esta celebración, además del rito, es importante el diálogo, recordando las maravillas del Dios liberador. En los libros del Antiguo Testamento se describe la relación de Dios con el pueblo escogido con categorías que, de alguna forma, expresan la comunión. Se utilizan términos como palabra, alianza, fidelidad, misericordia, justicia, amor. Para concretar tal relación, Dios “*eligió al pueblo de Israel como pueblo suyo, pactó con él una alianza y le instruyó gradualmente, revelándose a Sí mismo y los designios de su voluntad a través de la historia de este pueblo, y santificándolo para Sí*”¹³⁷. La Asamblea pascual constituye al pueblo de Israel como tal pueblo.

En la historia de la salvación esta Asamblea no será definitiva¹³⁸. Los profetas de modo progresivo anuncian una futura Asamblea, una reunión escatológica que será

más perfecta y que reunirá en sí todos los pueblos. Del resto fiel de Israel Dios convocará un nuevo pueblo y establecerá con él una nueva Alianza: *“Así dice el Señor Yahvé: He aquí que voy a recoger a los hijos de Israel de entre las naciones a las que marcharon. Voy a congregarlos de todas partes para conducirlos a su suelo (...) Concluiré con ellos una alianza eterna. Los estableceré, los multiplicaré y pondré mi santuario en medio de ellos para siempre. Mi morada estará junto a ellos, seré su Dios y ellos serán mi pueblo”*¹³⁹. Las palabras del profeta nos indican ya los rasgos esenciales de esta Asamblea definitiva: Dios convoca a esta nueva Asamblea al pueblo disperso de Israel y a todos los pueblos. Será la Asamblea definitiva. Con este pueblo se realizará un nuevo pacto o Alianza. En ella se ofrecerá un culto espiritual. Dios estará presente y habitará en su nuevo pueblo para siempre.

b) La Asamblea en el Nuevo Testamento

30. Toda la actuación de Dios en la antigua Alianza *“sucedió como preparación y figura de la Alianza nueva y perfecta que había de pactarse en Cristo y de la revelación completa que había de hacerse por el Verbo de Dios hecho carne”*¹⁴⁰. El Nuevo Testamento nos presenta a Jesús como el que ha venido a dar cumplimiento a las promesas. Su misión es reunir a todos los hombres en el reino del Padre. En la vida pública comienza reuniendo a sus discípulos, a los “Doce”, a la gente que escucha sus palabras y contempla sus signos y milagros. En su predicación anuncia el Reino. Más todavía, Él es en persona el Reino.

El signo definitivo de que Cristo es el convocador y fundamento de la nueva Asamblea será su misterio pascual. Cristo es el Salvador que ha constituido un nuevo Pueblo, lo adquirió con su sangre¹⁴¹. Concretamente, la última Cena es la Asamblea culminante de Cristo con los discípulos y la Asamblea cultural referente de la comunidad cristiana. Juan Pablo II describía la analogía entre la alianza del Sinaí y la nueva Alianza sellada con la sangre de Cristo con estas palabras: *“Análogamente a la alianza del Sinaí, sellada con el sacrificio y la aspersion con la sangre, los gestos y las palabras de Jesús en la Última Cena fundaron la nueva comunidad mesiánica, el pueblo de la nueva Alianza”*¹⁴².

San Pablo resalta especialmente la relación que existe entre el cuerpo eclesial y el cuerpo eucarístico de Cristo. Ante las divisiones y discriminaciones incipientes, el Apóstol corrige la actuación de la comunidad no sólo porque no se atiende al bien de toda la comunidad y a las exigencias de la verdadera fraternidad, sino también porque una actitud insolidaria con los más pobres está en evidente contradicción con la participación eucarística del cuerpo y la sangre de Cristo¹⁴³. Existe, por tanto, una estrecha relación entre la Cena del Señor, que el Apóstol transmite siendo fiel a la tradición recibida, y la comunidad de hermanos que se reúne en Asamblea eucarística para celebrar y conmemorar esta Cena y la participación en la misma Eucaristía expresando la unidad en la fe en el mismo Señor.

La primitiva comunidad cristiana tiene conciencia de ser el nuevo Pueblo de Dios. Si la venida del Espíritu en el Jordán inaugura la vida pública de Cristo, el

acontecimiento de Pentecostés representa el inicio de la vida pública de la Iglesia. La comunidad que brota de Pentecostés se caracteriza por ser: Asamblea universal donde tienen cabida todos los pueblos y razas sin distinción. Asamblea escatológica, ya que en ella se cumplen las promesas ¹⁴⁴. Asamblea que vive intensa y conscientemente la presencia del Espíritu que es enviado sobre ella de modo extraordinario. Asamblea que acoge en su seno y proclama a todas las gentes el Evangelio. Asamblea que celebra los signos de salvación. Esta Asamblea tendrá como día propio para la reunión el domingo, el día del Señor. Ninguna Asamblea será signo tan real y eficaz de la presencia del Señor y de la realización de la misma Iglesia como la Asamblea del domingo, cuando se reúne para celebrar la Eucaristía.

2) *Eucaristía e Iglesia, una relación constitutiva*

31. La Asamblea eucarística y la Iglesia forman, desde los comienzos mismos, una unidad. Así pues, *“la Iglesia es comunidad eucarística”* ¹⁴⁵. No hubo un tiempo inicial de la Iglesia en el que todavía no existiera la Eucaristía. Desde sus orígenes la Iglesia se entendió a sí misma como Asamblea eucarística. Juan Pablo II señalaba que *“hay un influjo causal de la Eucaristía en los orígenes mismos de la Iglesia. Los evangelistas precisan que fueron los Doce, los Apóstoles, quienes se reunieron con Jesús en la Última Cena (cfr. Mt.26,20; Mc.14,17; Lc.22,14). Es un detalle de notable importancia, porque los Apóstoles ‘fueron la semilla del nuevo Israel, a la vez que el origen de la jerarquía sagrada’... Los Apóstoles, aceptando la invitación de Jesús en el Cenáculo: ‘Tomad, comed... Bebed de ella todos...’ (Mt.26,26.27), entraron por vez primera en comunión sacramental con Él. Desde aquel momento, y hasta el final de los siglos, la Iglesia se edifica a través de la comunión sacramental con el Hijo de Dios inmolado por nosotros: ‘Haced esto en recuerdo mío... Cuantas veces la bebiereis, hacedlo en recuerdo mío’ (ICor.11,24-25; cfr. Lc.22,19)”* ¹⁴⁶.

Por el bautismo somos incorporados al Cuerpo único de Cristo ¹⁴⁷. El Apóstol afirma algo parecido sobre la participación en el único cáliz eucarístico y en el único pan eucarístico ¹⁴⁸. De esta forma, *“la incorporación a Cristo, que tiene lugar por el Bautismo, se renueva y se consolida continuamente con la participación en el Sacrificio eucarístico, sobre todo cuando ésta es plena mediante la comunión sacramental. Podemos decir que no solamente cada uno de nosotros recibe a Cristo, sino que también Cristo nos recibe a cada uno de nosotros...”* ¹⁴⁹. La Iglesia está allí donde quiera que los cristianos se acercan para celebrar la Cena del Señor en torno a la mesa del Señor. Comunidad eucarística y comunidad eclesial forman una unidad y no pueden ser separadas.

La Iglesia celebra y vive los misterios de nuestra fe. En una obra clásica del P. Henri de Lubac, cuyas aportaciones han ayudado a profundizar en la relación vital entre Eucaristía e Iglesia, se puede leer: *“Es la Iglesia la que hace la Eucaristía; pero es también la Eucaristía la que hace la Iglesia. En el primer caso, es la Iglesia en cuanto la hemos considerado en su sentido activo, en el ejercicio de su poder de*

santificación; en el segundo, se trata de la Iglesia en su sentido pasivo, de la Iglesia de los santificados. Y en virtud de esta misteriosa interacción, es el Cuerpo único, en fin de cuentas, el que se construye, en las condiciones de la vida presente, hasta el día de su definitiva perfección” ¹⁵⁰. Más adelante, el P. Henri de Lubac afirma de modo sintético: *“Es en la Eucaristía donde la esencia misteriosa de la Iglesia encuentra su expresión más plena y, correlativamente, es en la Iglesia, en su unidad católica, donde florece en frutos efectivos la misma Eucaristía”* ¹⁵¹

La relación entre Eucaristía e Iglesia es tan profunda y tan íntima que ni la Eucaristía podría existir sin la Iglesia, ni puede haber Iglesia sin Eucaristía. Cristo es, en la Eucaristía, el corazón de la Iglesia. Es decir, Eucaristía e Iglesia conforman el único Cuerpo de Cristo.

2.1. La Iglesia hace la Eucaristía

32. Jesucristo es el único sumo Sacerdote de la nueva Alianza. Él es el gran celebrante de la Eucaristía. A través del Espíritu Santo se hace presente de múltiples maneras en la celebración de la Eucaristía: en su Palabra y bajo las especies del pan y del vino, en la persona del sacerdote y en la propia comunidad que celebra ¹⁵². La Eucaristía tiene, por tanto, su origen en Cristo y es un don de Dios. Sin embargo, desde un punto visible y externo, la Eucaristía es el sacramento central de la Iglesia, en el que se manifiesta de modo especial la verdadera naturaleza, la estructura ministerial y la acción sacerdotal de todo el pueblo de Dios. Es la Iglesia entera la que está de algún modo presente, como pueblo sacerdotal, ejerciendo su universal sacerdocio. Así se reconoce en el Misal de Pablo VI, cuando se dice: *“La celebración de la Misa, como acción de Cristo y del pueblo de Dios jerárquicamente ordenado, es el centro de toda la vida cristiana para la Iglesia, tanto universal como local y para cada uno de los fieles”* ¹⁵³.

a) Toda la Iglesia, como Pueblo sacerdotal, participa en la celebración de la Eucaristía

33. El Concilio Vaticano II recordó de nuevo la doctrina del sacerdocio común ¹⁵⁴, invitando a todos los fieles presentes en la celebración de la Eucaristía a participar en ella de forma consciente, piadosa y activa. ¹⁵⁵

Promover y facilitar esta participación de todos en la celebración eucarística es uno de mis grandes deseos como Obispo de la querida diócesis de Ourense. Participación activa no puede ser entendida de un modo meramente exterior y activista. Al hablar del ejercicio del sacerdocio común en los sacramentos, el Concilio describe la participación en la Eucaristía con estos términos: *“Participando (los fieles) del sacrificio eucarístico, fuente y cumbre de toda la vida cristiana, ofrecen a Dios la Víctima divina y se ofrecen a sí mismos juntamente con ella. Y así, sea por la oblación o sea por la sagrada comunión, todos tienen en la celebración litúrgica una parte propia, no confusamente, sino cada uno de modo distinto. Más aún, confortados con el Cuerpo de Cristo en la sagrada liturgia eucarística,*

muestran de un modo concreto la unidad del pueblo de Dios, significada con propiedad y maravillosamente realizada por este augustísimo sacramento” ¹⁵⁶.

La participación en la santa Misa conlleva interrumpir la actividad y la rutina cotidianas para alabar la bondad de Dios, de la que vivimos y de la que tenemos experiencia día tras día y para darle gracias a Dios por habernos dado a Jesucristo como Camino, Verdad y Vida ¹⁵⁷. En la celebración eucarística tenemos también la oportunidad de descubrir lo que es esencial para nuestra vida, sobre aquello que nos sustenta y sostiene. En la Eucaristía tomamos conciencia de la fuente de la que nos alimentamos y del fin para el que vivimos. Está claro que no nos alimentamos de nosotros mismos, ni vivimos por nosotros mismos ni para nosotros mismos. La celebración de la Eucaristía no debería ser un acto ceremonioso y triste, sino una fiesta alegre y viva. Todos los que en ella participan –niños, jóvenes, adultos y ancianos– deberían hacerlo con todas las dimensiones de la persona. El gozo en el Señor es nuestra fuerza ¹⁵⁸. El Apóstol nos insiste: *“Estad siempre alegres en el Señor; os lo repito, estad alegres. Que todo el mundo os conozca por vuestra bondad. El Señor está cerca. Que nada os angustie; al contrario, en cualquier situación presentad vuestros deseos a Dios orando, suplicando y dando gracias”* ¹⁵⁹. La Eucaristía ha de ser una verdadera celebración festiva llena del gozo más auténtico.

34. Por otro lado, en la celebración de la Eucaristía ha de mantenerse el respeto ante el Dios santo y ante la presencia de nuestro Señor en el sacramento. Debe ser también un espacio para el silencio, la meditación, la adoración y el encuentro personal con Dios. En este sentido, la liturgia nunca es un medio para un fin, sino un fin en sí misma. Contribuye a la glorificación de Dios y, por eso mismo, a la salvación del ser humano. Es necesario redescubrir la riqueza de la Eucaristía y elucidar su sentido. La verdadera formación litúrgica, que llegue al fondo no sólo del entendimiento, sino del corazón, es imprescindible para una participación más provechosa en el don de la Eucaristía. Son múltiples los ministerios que los fieles laicos pueden y deben asumir en la celebración eucarística. Todos ellos desempeñan un auténtico ministerio litúrgico que merecen nuestra gratitud y reconocimiento ¹⁶⁰. Desde esta perspectiva, la Eucaristía es expresión de una Asamblea participativa. Todo el pueblo de Dios es sujeto participativo de la acción litúrgica de la Iglesia. De ahí que *“las acciones litúrgicas no son acciones privadas, sino celebraciones de la Iglesia, que es ‘sacramento de unidad’, pueblo santo congregado y ordenado bajo la dirección de los obispos. Por eso, pertenecen a todo el cuerpo de la Iglesia, lo manifiestan y lo implican; pero cada uno de los miembros de este cuerpo recibe un influjo diverso según la diversidad de órdenes, funciones y participación actual”* ¹⁶¹. Se trata, como ya dije, de una participación que actualiza el sacerdocio universal y que expresa la unidad en la diversidad de oficios y ministerios.

b) La Eucaristía y el ministerio ordenado

35. La acción eucarística de la Iglesia se expresa y ejerce de modo diferenciado, haciendo en ella cada uno todo y sólo aquello que le pertenece ¹⁶². No se debe caer,

por tanto, ni en una confusión de funciones y ministerios, ni en una absorción de los mismos. Jesús no sólo llamó al pueblo en general. A los Doce los llamó y envió de un modo especial, confiándoles también la celebración de la Cena: “*Haced esto en memoria mía*”¹⁶³. La Eucaristía manifiesta la participación y comunión de todo el Pueblo de Dios en su estructura jerárquica. Esta ordenación jerárquica se manifiesta sobre todo en la Eucaristía presidida por el Obispo, rodeado del presbiterio y con la actuación adecuada de todos los servicios y ministerios¹⁶⁴. En la Eucaristía dominical, donde se reúne la Asamblea en un determinado lugar, se representa a la Iglesia entera en comunión con el Obispo y con las otras Iglesias¹⁶⁵.

Juan Pablo II describe con cierta amplitud el tema de la apostolicidad de la Iglesia y de la Eucaristía¹⁶⁶. Me detendré en aquellos aspectos que muestran cómo la Eucaristía es esencialmente Apostólica. Los Apóstoles están en íntima relación con la Eucaristía, porque Jesús les confió este Sacramento y ellos y sus sucesores lo transmitieron hasta nosotros. “*La Iglesia celebra la Eucaristía a lo largo de los siglos precisamente en continuidad con la acción de los Apóstoles, obedientes al mandato del Señor*”¹⁶⁷. En un segundo sentido la Eucaristía es Apostólica, pues se celebra en conformidad con la fe de los Apóstoles. Durante la bimilenaria historia del Pueblo de la nueva Alianza, el Magisterio de la Iglesia ha ido precisando con sumo cuidado la doctrina sobre la Eucaristía. De este modo se ha salvaguardado la fe Apostólica en este Misterio tan excelso. “*Esta fe permanece inalterada y es esencial para la Iglesia que perdure así*»¹⁶⁸. En tercer lugar, la sucesión Apostólica conlleva necesariamente el sacramento del Orden. Esta sucesión es esencial para que haya Iglesia en sentido propio y pleno. Más todavía, la sucesión de los Apóstoles en la misión pastoral afecta esencialmente a la celebración eucarística. “*En efecto, como enseña el Concilio Vaticano II, los fieles ‘participan en la celebración de la Eucaristía en virtud de su sacerdocio real’, pero es el sacerdocio ordenado quien ‘realiza como representante de Cristo el sacrificio eucarístico y lo ofrece a Dios en nombre de todo el pueblo’*”¹⁶⁹.

36. Ni el ministerio sacerdotal ni la Eucaristía pueden ser derivados ‘desde abajo’, a partir de la comunidad. Ambos superan radicalmente la potestad de la Asamblea. Para la celebración eucarística es irrenunciable el ministerio del sacerdote ordenado. La Eucaristía, que se funda en la previa acción salvífica de Dios, es signo pleno de la permanente donación y condescendencia del Padre por Cristo en el Espíritu Santo. Este advenimiento de la salvación ‘desde fuera’ y ‘desde arriba’, cobra expresión simbólico-sacramental en el envío del sacerdote a la comunidad. Es cierto que el sacerdote, en cuanto destinatario de la salvación, forma parte de la comunidad cristiana. Como cualquier otro cristiano depende a diario y siempre de nuevo del perdón y la misericordia de Dios, de su ayuda y de su gracia. Sin embargo, en el ejercicio de su ministerio sacerdotal se halla frente a la comunidad como representante de Aquel que es Cabeza de la Iglesia y verdadero Celebrante primordial. En este sentido, el sacerdote ordenado “*realiza como representante de Cristo el Sacrificio eucarístico*”¹⁷⁰. El sacerdote actúa, entonces, “*in persona Christi Capitis*”. La palabra autorizada de Juan Pablo II nos ofrecía el significado preciso de esta

expresión: *“in persona Christi quiere decir más que ‘en nombre’ o también, ‘en vez’ de Cristo. In ‘persona’: es decir, en la identificación específica, sacramental con el ‘sumo y eterno Sacerdote’, que es el autor y el sujeto principal de su propio sacrificio, en el que, en verdad, no puede ser sustituido por nadie”* ¹⁷¹.

El ministerio del sacerdote ordenado *“es insustituible en cualquier caso para unir válidamente la consagración eucarística al sacrificio de la Cruz y a la Última Cena”* ¹⁷². El ministerio sacerdotal es constitutivo para la celebración eucarística. La Asamblea que es convocada para celebrar la Eucaristía necesita absolutamente un sacerdote ordenado que la presida. La función de presidir la Eucaristía no consiste sólo en realizar determinados ritos o en pronunciar ciertos textos, sino en actuar permanentemente *“en la persona de Cristo”*, a quien representa, y *“en nombre de la Iglesia”*, elevando al Padre la plegaria y la ofrenda del Pueblo santo, siendo instrumento dócil en las manos del Señor para la santificación de la comunidad eclesial.

37. Si la Eucaristía es centro y cumbre de la vida de la Iglesia, lo es también del ministerio sacerdotal. La praxis de la celebración diaria de la Eucaristía tiene una importancia decisiva para la vida espiritual de los presbíteros ¹⁷³. La Eucaristía *“es la principal y central razón de ser del sacramento del sacerdocio, nacido efectivamente en el momento de la institución de la Eucaristía y a la vez que ella”* ¹⁷⁴. Son múltiples y variadas las actividades pastorales del presbítero. Hoy día existe en su vida un serio peligro de dispersión. La caridad pastoral debe ser el vínculo que dé unidad a toda la vida del presbítero ¹⁷⁵. Esta caridad pastoral que tiene su fuente específica en el sacramento del Orden, halla su expresión plena y su alimento supremo en la Eucaristía. *“El alma sacerdotal ha de reproducir en sí misma lo que se hace en el ara sacrificial”* ¹⁷⁶.

En consecuencia, *“la caridad pastoral del sacerdote no sólo fluye de la Eucaristía, sino que encuentra su más alta realización en su celebración, así como también recibe de ella la gracia y la responsabilidad de impregnar de manera ‘sacrificial’ toda su existencia”* ¹⁷⁷. En la celebración cotidiana de la Eucaristía el sacerdote encuentra la fuerza necesaria para afrontar, sin caer en la dispersión, los diversos quehaceres pastorales. *“Cada jornada será así verdaderamente eucarística”* ¹⁷⁸. En este sentido, *“el presbítero tiene que ser ante todo adorador y contemplativo de la Eucaristía a partir del mismo momento en que la celebra”* ¹⁷⁹.

c) La prioridad de una pastoral vocacional para el ministerio ordenado

38. De la importancia capital de la Eucaristía en la vida de la Iglesia y de la necesidad absoluta del ministerio ordenado para celebrar el sacrificio eucarístico deriva la imperiosa necesidad de la pastoral de las vocaciones sacerdotales. La pastoral vocacional sobre todo para el ministerio sacerdotal es para mí una gran prioridad. En varias ocasiones me pronuncié sobre ello desde mi llegada a la diócesis de Ourense. Una vez más deseo urgir a los jóvenes, padres, educadores y, especialmente, a los sacerdotes en este cometido vocacional. Dios *“se sirve a menudo del*

ejemplo de la caridad pastoral ferviente de un sacerdote para sembrar y desarrollar en el corazón del joven el germen de la llamada al sacerdocio” ¹⁸⁰. Yo mismo escribí al respecto: “*Cuando un joven encuentra a un sacerdote que siendo un verdadero hombre ha encontrado en Cristo Jesús el desarrollo más auténtico de su inteligencia y la plenitud de su vida afectiva, la pregunta vocacional queda definitivamente planteada*” ¹⁸¹.

La oración ocupa un lugar de gran importancia en la pastoral vocacional, “*porque la plegaria por las vocaciones encuentra en ella (la Eucaristía) la máxima unión con la oración de Cristo sumo y eterno Sacerdote*” ¹⁸². Además quienes rezan hacen suya la exhortación de Jesús y oran para que el Señor mande trabajadores a su mies ¹⁸³. La misma diligencia y esmero de los sacerdotes en el ministerio eucarístico, unido a la promoción de la participación consciente, activa y fructuosa de los fieles en la Eucaristía es un testimonio y un incentivo para la respuesta generosa de los jóvenes a la llamada de Dios.

Soy consciente del gran esfuerzo que los sacerdotes y los colaboradores laicos están llevando a cabo para celebrar con dignidad la Eucaristía. Todos los que tienen alguna responsabilidad en lo referente a la correcta celebración de la liturgia, y en especial de la Eucaristía, merecen mi más sincero agradecimiento. Hemos de profundizar más y más en la comprensión de la liturgia e intentar que ésta sea fecunda en nuestra vida. De este modo podremos contagiar a otras personas el gozo de celebrar la Eucaristía.

39. No podemos, sin embargo, cerrar los ojos ante algunas circunstancias especialmente dolorosas. La participación en la Eucaristía, por lo que al número se refiere, está descendiendo en los últimos años. Además, la comprensión que buena parte de quienes acuden a las celebraciones tiene de los textos y símbolos litúrgicos es cada día más deficiente. Se va desconociendo paulatinamente que la Eucaristía es, ante todo, un acontecimiento sagrado en el que se actualiza “*la obra de nuestra salvación*” ¹⁸⁴. A numerosos jóvenes, sobre todo, les va resultando un tanto extraño el lenguaje y las formas de la liturgia. Comienza a notarse ya la escasez de sacerdotes y ya no es posible celebrar cada Domingo la Eucaristía en cada comunidad parroquial, siendo así que “*la parroquia es una comunidad de bautizados que expresan y confirman su identidad principalmente por la celebración del Sacrificio eucarístico. Pero esto requiere la presencia de un presbítero, el único a quien compete ofrecer la Eucaristía in persona Christi*” ¹⁸⁵. Todas estas circunstancias me preocupan hondamente, ya que son realidades que afectan esencialmente a la vida diocesana. Urge una comprensión más profunda de la Eucaristía, para avanzar en la vivencia de la fe cristiana.

2.2 La Eucaristía hace la Iglesia

40. La relación entre el misterio de la Eucaristía y la Iglesia implica también el efecto de la Eucaristía en la Iglesia. La influencia de la Eucaristía es tal que puede decirse que la Iglesia es objeto de la Eucaristía o, con otras palabras, “la Eucaristía hace la Iglesia”. De esta forma la Iglesia es objeto principal de la Eucaristía que ella

‘hace’; es beneficiaria primera del acontecimiento que celebra. Mediante la Eucaristía *“la Iglesia vive y crece continuamente”* ¹⁸⁶.

La significación de la Eucaristía para la vida de cada Iglesia particular es tal que *“no se construye ninguna comunidad cristiana si no tiene su raíz y quicio en la celebración de la santísima Eucaristía, por la que debe, consiguientemente, empezar toda la formación en el espíritu de comunidad”* ¹⁸⁷.

a) En la Eucaristía la Iglesia toma conciencia de su identidad y de su misión

41. Mientras peregrina en la tierra, la Iglesia está llamada a mantener y promover tanto la comunión con el Dios trinitario como la comunión entre los hombres ¹⁸⁸. La Eucaristía hace y significa a la Iglesia como comunión. No es casualidad que el término “comunión” sea uno de los nombres específicos del Santísimo Sacramento. Se llama *“comunión, porque por este sacramento nos unimos a Cristo que nos hace partícipes de su Cuerpo y de su Sangre para formar un solo cuerpo”* ¹⁸⁹. En la Eucaristía la Iglesia toma conciencia de su identidad y de su misión. Se puede afirmar que la Eucaristía es el lugar más privilegiado de expresión, realización e identificación de la Iglesia, el momento decisivo de su crecimiento en verdadero Cuerpo de Cristo, al servicio de toda la humanidad. El misterio entero de la Iglesia, en su ser, su aparecer y sus signos más auténticos, se manifiesta de modo especial en la Eucaristía ¹⁹⁰. Como nos indica el Santo Padre, *“la Eucaristía podría considerarse también como una ‘lente’ mediante la cual comprobar continuamente el rostro y el camino de la Iglesia, que Cristo fundó para que todo hombre pudiera conocer el amor de Dios y hallar en él plenitud de vida”* ¹⁹¹.

Por ser la persona de Cristo, la Eucaristía puede considerarse como fundamento y base de la Iglesia. Como enseña el Concilio de Trento, los otros sacramentos poseen la fuerza de santificar; en la Eucaristía, en cambio, está presente el mismo autor de la santificación. Más todavía, enseña el Concilio Vaticano II: *“En la sagrada Eucaristía se contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo en persona, nuestra pascua y pan vivo, que, por su carne vivificada y vivificante por el Espíritu Santo, da vida a los hombres, que de esta forma son invitados y estimulados a ofrecerse a sí mismos, sus trabajos y todas las cosas creadas, juntamente con él”* ¹⁹².

En la Eucaristía se actualiza el misterio pascual de Cristo. La Iglesia celebra en la Eucaristía el sacrificio mismo de Cristo, que es origen y fuente de la comunidad cristiana. Cristo es el redentor de la Iglesia, que se entregó por ella para acogerla como Esposa santa e inmaculada ¹⁹³. Este amor hasta el extremo del Esposo a su Esposa se perpetúa hasta el final de los tiempos en la celebración eucarística. Compenetrándose plenamente con el misterio pascual, la Iglesia realiza en la Eucaristía la plenitud de su ser.

b) En la Eucaristía se va generando el misterio de la Iglesia

42. La Eucaristía es generadora de Iglesia que brota y nace cada día del misterio eucarístico como fuente inagotable de comunión. Es en la Eucaristía donde una

multitud de seres humanos llegan a ser el Cuerpo de Cristo, al participar de su persona –de su Cuerpo y Sangre– e incorporarse a ella. La Eucaristía es “*la suprema manifestación sacramental de la comunión en la Iglesia*”¹⁹⁴. La Eucaristía a la vez que actualiza la obra de nuestra redención, representa y realiza la unidad de la Iglesia: “*La unidad de los fieles, que constituyen un solo cuerpo en Cristo, está representado y se realiza por el sacramento del pan eucarístico (cfr. ICor.10,17). Todos los hombres están llamados a esta unión en Cristo, luz del mundo, de quien procedemos, por quien vivimos y hacia quien caminamos*”¹⁹⁵.

La unión con Cristo conlleva la unión con los hermanos. Los dos discípulos de Emaús, cuando descubren el rostro del Resucitado al partir el pan, vuelven a Jerusalén junto a los demás: “*En aquel mismo instante se pusieron en camino y regresaron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los once y a todos los demás*”¹⁹⁶. En la misma alegoría de la vid y los sarmientos, el Señor nos recuerda el mandamiento nuevo: “*Mi mandamiento es éste: Amaos los unos a los otros como yo os he amado*”¹⁹⁷

No es posible permanecer unidos a la Vid verdadera, sino estamos en comunión con los demás miembros del Cuerpo de Cristo.

En el misterio eucarístico tenemos la oportunidad de participar del único Pan de vida: “*Yo soy el pan vivo, bajado del cielo. Si uno come de este pan, vivirá para siempre... el que come mi Carne y bebe mi Sangre, tiene vida eterna... permanece en mí y yo en él*”¹⁹⁸. La participación en el único Pan y en la única Sangre nos hace un solo Cuerpo: “*El cáliz de bendición que bendecimos, ¿no nos hace entrar en comunión con la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no nos hace entrar en comunión con la sangre de Cristo? Pues si el pan es uno solo y todos participamos de ese único pan, todos formamos un solo cuerpo*”¹⁹⁹. En el sacramento de la Eucaristía se va edificando la Iglesia como misterio de comunión. San Agustín comenta admirablemente el texto del Apóstol: “*Si vosotros mismos sois Cuerpo y miembros de Cristo, sois el sacramento que es puesto sobre la mesa del Señor, y recibís este sacramento vuestro. Respondéis ‘amén (es decir, ‘sí’, ‘es verdad’)* a lo que recibís, con lo que, respondiendo, lo reafirmáis. Oyes decir ‘el Cuerpo de Cristo’, y respondes ‘amén’. Por lo tanto, sé tú verdadero miembro de Cristo para que tu ‘amén’ sea también verdadero”²⁰⁰.

43. La reflexión cristiana que arranca sobre todo del mensaje paulino, ha utilizado constantemente la conocida comparación del pan formado por muchos granos de trigo, molidos, convertidos en harina, amasados por el agua del bautismo y cocidos por el fuego del Espíritu, para mostrar las raíces de la unidad de la Iglesia y para exhortar a los cristianos a la convivencia concorde y pacífica. La Constitución “*Lumen Gentium*” sintetiza la doctrina paulina en los siguientes términos: “*En la fracción del pan eucarístico compartimos realmente el cuerpo del Señor, que nos eleva a la comunión con Él y entre nosotros. Porque el pan es uno, aunque muchos, somos un solo cuerpo todos los que participamos de un mismo pan (ICor.10,17). Así todos somos miembros de su cuerpo (cfr. ICor.12,27) y cada uno miembro del otro (Rom.12,5)*”²⁰¹.

Es evidente, nos indicaba Juan Pablo II que *“la Eucaristía crea comunión y educa a la comunión”* ²⁰². Las divisiones que puedan existir entre los fieles cristianos contradicen abiertamente las exigencias radicales de la Eucaristía. En la celebración eucarística el día del Señor ha de convertirse también en el día de la Iglesia: *“Precisamente a través de la participación eucarística, el día del Señor se convierte también en el día de la Iglesia, que puede desempeñar así de manera eficaz su papel de sacramento de unidad”* ²⁰³. En cada Eucaristía nos sentimos urgidos a reproducir entre nosotros aquel mismo ideal de comunión que animaba a los primeros cristianos. Aquella Iglesia, congregada en torno a los Apóstoles y convocada por la Palabra de Dios para la fracción del pan, vive en profundidad la comunión entre todos sus miembros ²⁰⁴.

El Santo Padre nos habla de la Eucaristía como fuente de comunión con Cristo y entre nosotros con estas palabras: *“En la Eucaristía, el Señor se nos da con su cuerpo, con su alma y su divinidad, y nosotros nos convertimos en una sola cosa con él y entre nosotros”* ²⁰⁵.

3) *María, mujer “eucarística”*

44. Hemos visto cómo la Iglesia hace la Eucaristía, pero también cómo la Eucaristía hace la Iglesia. Allí donde está la Eucaristía, allí está la Iglesia. Ahora bien, enseñaba Juan Pablo II, *“si queremos descubrir en toda su riqueza la relación íntima que une Iglesia y Eucaristía, no podemos olvidar a María, Madre y modelo de la Iglesia”* ²⁰⁶. Al ser la Virgen el miembro humano más excelso de la Iglesia, es obvio que se puede hablar de ella como mujer “eucarística”. En la Carta Apostólica *“Rosarium Virginis Mariae”*, Juan Pablo II, al hablar de la Virgen como Maestra en la contemplación del rostro de Cristo, incluyó entre los misterios de luz la *“institución de la Eucaristía”*. María puede guiarnos en la contemplación del rostro eucarístico de Cristo, porque tiene una relación muy estrecha con él: *“A primera vista, el Evangelio no habla de este tema. En el relato de la institución, la tarde del Jueves Santo, no se menciona a María. Se sabe, sin embargo, que estaba junto a los Apóstoles, ‘concordes en la oración’ (cfr. Hech.1,14), en la primera comunidad reunida después de la Ascensión en espera de Pentecostés. Esta presencia suya no pudo faltar ciertamente en las celebraciones eucarísticas de los fieles de la primera generación cristiana, ‘asiduos en la fracción del pan’ (Hech.2,42)”* ²⁰⁷.

a) María, mujer eucarística en todas las dimensiones de su vida

45. La relación de María con la Eucaristía se puede mostrar indirectamente a partir de su actitud interior. María es mujer eucarística en toda su vida. La Eucaristía es misterio de fe que supera totalmente la luz de nuestro entendimiento. Es necesaria la luz de la fe. María puede ser apoyo y guía en toda actitud creyente ²⁰⁸. En efecto, *“María es la ‘Virgen oyente’, que acoge con fe la palabra de Dios: fe, que para ella fue premisa y camino hacia la Maternidad divina”* ²⁰⁹. Ante la propuesta del Arcángel, la Virgen responde: *“He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu*

palabra”²¹⁰. La Iglesia desde el día de la institución de la Eucaristía no dejó de cumplir el mandato del Señor: “*Haced esto en memoria mía*”. Estas palabras nos recuerdan aquellas de la Virgen que nos invitan a obedecer a su Hijo sin titubeos: “*Haced lo que Él os diga*”²¹¹. Juan Pablo II comentaba la relación entre ambas expresiones con estas palabras: “*Con la solicitud materna que muestra en las bodas de Caná, María parece decirnos: ‘no dudéis, fíaros de la Palabra de mi Hijo. Él, que fue capaz de transformar el agua en vino, es igualmente capaz de hacer del pan y del vino su cuerpo y su sangre, entregando a los creyentes en este misterio la memoria viva de su Pascua, para hacerse así pan de vida*”²¹².

A lo largo de su vida, la Virgen vivió una permanente actitud eucarística, incluso antes de la institución de este sacramento. En primer lugar “*por el hecho mismo de haber ofrecido su seno virginal para la encarnación del Verbo de Dios*”²¹³. Con timidez humilde, pero con fe confiada, la Virgen pronuncia su “*Sí*». La Virgen nos muestra en su “*Sí*» un corazón generosamente obediente. La morada de un pecho casto se hace de repente templo de Dios. En la “*comunión*” de María gestante, Jesús vive en Ella día y noche durante nueve meses. Así pues, “*María concibió en la encarnación al Hijo divino, incluso en la realidad física de su cuerpo y de su sangre, anticipando en sí lo que en cierta medida se realiza sacramentalmente en todo creyente que recibe, en las especies del pan y del vino, el cuerpo y la sangre del Señor*”²¹⁴. La Virgen “*no fue un instrumento puramente pasivo en las manos de Dios, sino que cooperó a la salvación de los hombres con fe y obediencia libres*”²¹⁵. Hemos de seguir las huellas de la fe de María: una fe generosa que se abre a la Palabra de Dios y que acoge la voluntad de Dios. Cada uno de nosotros debe estar pronto a responder así, como Ella, en la fe y en la obediencia, para cooperar, cada uno en la propia esfera de responsabilidad, a la edificación del Reino de Dios. En este sentido existe una notable analogía entre el “*fiat*” pronunciado por María en las palabras del ángel y el “*amén*” que cada fiel pronuncia cuando recibe el Cuerpo del Señor²¹⁶.

46. Después de su “*fiat*”, María sintió que el Verbo se hizo carne en su seno. Llena de Dios se pone en camino para visitar y ayudar a su parienta, Isabel. De esta forma se convierte en el Arca de la nueva Alianza. Es la primera Custodia que preside la primera procesión del Corpus Christi. Juan Pablo II nos ofrecía un comentario de tinte eucarístico del encuentro de María con Isabel: “*Cuando en la Visitación, lleva en su seno el Verbo hecho carne, se convierte de algún modo en ‘tabernáculo’ –el primer ‘tabernáculo’ de la historia– donde el Hijo de Dios, todavía invisible a los ojos de los hombres, se ofrece a la adoración de Isabel, como ‘irradiando’ su luz a través de los ojos y la voz de María*”²¹⁷. Más tarde, María al contemplar embelesada el rostro de su Hijo recién nacido, se convierte en modelo de amor en el que ha de inspirarse cada comunión eucarística.

María durante toda su vida hace suya la dimensión sacrificial de la Eucaristía. En la presentación del niño Jesús en el templo, Simeón y Ana representan a todas las gentes expectantes que salen al encuentro del Salvador. Jesús es reconocido como “*luz de las naciones*” y “*gloria de Israel*”, pero también como “*signo de contradic-*

ción”²¹⁸. Precisamente la espada de dolor predicha a María, su Madre, profetiza otra oblación perfecta y única, la de la Cruz que dará la salvación a todos los pueblos²¹⁹. El anciano Simeón se dirige a María con estas palabras: “*Éste está puesto para caída y elevación de muchos en Israel, y para ser señal de contradicción... a fin de que queden al descubierto las intenciones de muchos corazones. Y a ti misma una espada te atravesará el alma*”²²⁰. En estos términos se describe la concreta dimensión histórica en la cual el Hijo de Dios cumplirá su misión, es decir, en la incompreensión y en el dolor. María ha de vivir en el sufrimiento su obediencia de fe al lado del Salvador que sufre²²¹.

La profecía de Simeón se va cumpliendo y “*María vive una especie de ‘Eucaristía anticipada’ se podría decir, una ‘comuni3n espiritual’ de deseo y ofrecimiento, que culminará en la uni3n con el Hijo en la pasi3n y se manifestará despu3s, en el per3odo postpascual, en su participaci3n en la celebraci3n eucar3stica, presidida por los Ap3stoles, como ‘memorial’ de la pasi3n*”²²². Las palabras de la instituci3n de la Eucaristía “*Esto es mi cuerpo que es entregado por vosotros*” tienen un eco especial en el coraz3n de María, pues “*aquel cuerpo entregado como sacrificio y presente en los signos sacramentales, ¿era el mismo cuerpo concebido en su seno!*”²²³.

En la Eucaristía Jesús se nos da como “Pan de vida” en la comuni3n. Este momento de la celebraci3n eucar3stica tuvo en la vida de la Virgen una intensidad especial y única: “*Recibir la Eucaristía debía significar para María como si acogiera de nuevo en su seno el coraz3n que había latido al un3sono con el suyo y revivir lo que había experimentado en primera persona al pie de la Cruz*”²²⁴. En la Eucaristía actualizamos el misterio pascual de Cristo. En el trance fundamental de su vida histórica Jesús pone en evidencia un nuevo vínculo entre Madre e Hijo. La maternidad espiritual emerge de la definitiva maduraci3n del misterio pascual de Cristo. María es entregada al hombre (Juan) como madre de todos los hombres.

b) La Eucaristía es toda ella un ‘Magnificat’

47. Este sacramento se llama “*Eucaristía porque es acci3n de gracias a Dios*”²²⁵. En el cántico del “*Magnificat*” María da gracias por las maravillas que Dios ha realizado en ella y en toda la humanidad. En este cántico vertió, como en una ánfora, los secretos de su coraz3n y las más íntimas efusiones de su alma. El “*Magnificat*” refleja el interior de María. “*La Eucaristía, en efecto, como el canto de María, es ante todo alabanza y acci3n de gracias... María rememora las maravillas que Dios ha hecho en la historia de salvaci3n... María canta el ‘cielo nuevo’ y la ‘tierra nueva’ que se anticipan en la Eucaristía ¡La Eucaristía se nos ha dado para que nuestra vida sea, como la de María, toda ella un Magnificat!*”²²⁶. En el proceso de nuestra configuraci3n con Cristo hemos de aprender de su Madre, dejándonos acompañar por Ella. Así como Iglesia y Eucaristía son un binomio inseparable, lo mismo se puede decir del binomio María Eucaristía. “*Por eso, el recuerdo de María en la celebraci3n eucar3stica es unánime, ya desde la antigüedad, en las Iglesias de Oriente y Occidente*”²²⁷.

III

LA EUCARISTÍA Y LA MISIÓN DE LA IGLESIA

48. Basta con leer los Evangelios para percibir que Jesús no se conformó con ser, con sus palabras y con sus obras, el signo vivo del Reino que anunciaba. Es un dato incontestable que reunió en torno a sí a un grupo de discípulos, para que atestiguaran públicamente su llamada universal a la salvación y el Reino de amor que venía a instaurar. Todavía hoy, cuarenta años después del Concilio Vaticano II, resuenan con fuerza aquellas palabras de Pablo VI: *“La Iglesia se sitúa entre Cristo y la humanidad, pero no prendada de sí misma..., no como constituyéndose en su propio fin, sino muy al contrario, constantemente preocupada por ser toda de Cristo, en Cristo y para Cristo; por ser toda de los hombres, entre los hombres, para los hombres, humilde y gloriosa intermediaria, trayendo, conservando y difundiendo desde Cristo a la humanidad la verdad y la gracia de la vida sobrenatural”*²²⁸. La Iglesia existe para la misión. La Iglesia se siente enviada por el Dios Uno y Trino. En la Eucaristía ofrece al Padre el sacrificio de Cristo, gracias a la invocación del Espíritu. Antes de mostrar la relación entre la Eucaristía y la misión de la Iglesia, quiero recordar algunas dimensiones básicas de la Iglesia como misterio de comunión y de misión.

1) La Iglesia, misterio de comunión

49. La Iglesia se halla inserta en el designio de Dios Padre de comunicarse a los hombres por Jesucristo en el Espíritu Santo. La reflexión eclesiológica no puede disociar la fuente trinitaria de la Iglesia de su manifestación en la vida de los hombres²²⁹. La Iglesia es como *“un pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”*²³⁰.

a) La Iglesia es fruto del amor gratuito de Dios

La Iglesia no existe como tal más que en el ‘Abba’ incesante que dirige al Padre por el Hijo en el Espíritu Santo. Nacida del amor del Padre, la comunidad eclesial se siente fruto de su amor gratuito. El Padre *“estableció convocar a quienes en creen en Cristo en la santa Iglesia, que ya fue prefigurada desde el origen del mundo, preparada admirablemente en la historia del pueblo de Israel y en la Antigua Alianza, constituida en los tiempos definitivos, manifestada por la efusión del Espíritu y que se consumará gloriosamente al final de los tiempos”*²³¹.

Desde la raíz de la iniciativa del Padre, al Hijo pertenece poner en ejecución el plan de salvación de su Padre. Éste es el motivo de su “misión”. En efecto, *“el misterio de la santa Iglesia se manifiesta en su fundación. Pues nuestro Señor Jesús dio comienzo a la Iglesia predicando la buena nueva, es decir, la llegada del reino de Dios prometido desde siglos en la Escritura: ‘Porque el tiempo está cumplido, y se acercó el reino de Dios’ (Mc.1,15; Cfr. Mt.4,17)”*²³². Para cumplir la voluntad del Padre, Cristo inaugura el Reino de los cielos en la tierra. La Iglesia es el Reino de

Cristo “*presente ya en misterio*”²³³. Ahora bien, la Iglesia no es sólo memoria y fidelidad a los orígenes. Se edifica gracias a la acción del Señor resucitado.

50. El Espíritu Santo influye permanentemente en la marcha de la Iglesia por la historia desde una triple perspectiva. La tercera Persona divina santifica a la Iglesia. Así nos lo enseña el Concilio: “*Consumada, pues, la obra que el Padre confió al Hijo en la tierra, fue enviado el Espíritu Santo en el día de Pentecostés, para que indeficientemente santificara a la Iglesia*”²³⁴. El mismo Espíritu que es fuente de comunión en la relación trinitaria, es también fuente de comunión en la relación eclesial: “*el mismo en la Cabeza y en los miembros*”²³⁵. Él es, también la novedad creadora de la historia, en la espera activa del Reino escatológico. En síntesis, se puede afirmar que el Padre origina la Iglesia mediante la misión conjunta del Hijo que la instituye y del Espíritu que la constituye. De modo muy conciso sostiene Tertuliano: “*Donde los tres, es decir, el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo, allí está la Iglesia que es el cuerpo de los tres*”²³⁶. En este sentido “*La Iglesia es una misteriosa extensión de la Trinidad en el tiempo, que no solamente nos prepara a la vida unitiva, sino que nos hace ya partícipes de ella. Proviene de la Trinidad y está llena de la Trinidad*”²³⁷.

b) La Iglesia se reconoce como misterio de comunión

51. El concepto de comunión vertebró la eclesiología del Concilio Vaticano II. Esta noción impregnó durante el primer milenio la conciencia de la Iglesia. En el Sínodo extraordinario de 1985 se reconoce que “*la eclesiología de comunión es una idea central y fundamental en los documentos del Concilio*”²³⁸. En su primer artículo la Carta “*Communio innotio*” afirma: “*El concepto de comunión (koinonia), ya puesto de relieve en los textos del Concilio Vaticano II, es muy adecuado para expresar el núcleo profundo del misterio de la Iglesia, y ciertamente, puede ser una clave de lectura para una renovada eclesiología católica*”²³⁹. La teología está prestando una gran atención a esta aportación conciliar. El Secretario especial de la primera Asamblea extraordinaria del Sínodo de Obispos de 1969, escribía: “*La innovación del Vaticano II de mayor trascendencia para la eclesiología y para la vida de la Iglesia ha sido el haber centrado la teología del misterio de la Iglesia sobre la noción de comunión*”²⁴⁰. Hace años sostenía también, con toda claridad, el teólogo alemán, Walter Kasper que “*Una de las ideas fundamentales de la eclesiología del Concilio, la idea fundamental más bien, es la de ‘comunión’... Los textos conciliares y su eclesiología de comunión en modo alguno están superados. Podría incluso decirse que su recepción no ha hecho más que comenzar*”²⁴¹.

c) Dimensiones básicas del misterio de la Iglesia como comunión

52. El Dios cristiano no es soledad, es comunión. El modelo acabado de comunión lo encuentra la Iglesia en el misterio de la Santísima Trinidad²⁴². El pueblo de Dios está incardinado en el movimiento de autocomunicación y automanifestación de Dios Padre por Jesucristo en el Espíritu Santo²⁴³. El misterio trinitario de Dios se

refleja en tres imágenes eclesiológicas básicas: Pueblo de Dios, Cuerpo de Cristo y Templo del Espíritu. Estas tres imágenes son prioritarias, porque expresan el misterio más fundamental y más vital de la Iglesia. En el pueblo de Dios que vive como Cuerpo de Cristo todos son sujetos de comunión: “*Esta comunión comporta una solidaridad espiritual entre los miembros de la Iglesia, en cuanto miembros de un mismo Cuerpo, y tiende a su efectiva unión en la oración, inspirada en todos por un mismo Espíritu, el Espíritu Santo que llena y une toda la Iglesia*”²⁴⁴. Es connatural al ser cristiano actuar corresponsablemente ‘pro sua parte’ en la comunión y misión de la Iglesia. Ésta es comunión en ‘igualdad diferenciada’.

La comunión eclesial tiene una auténtica base sacramental²⁴⁵. Más concretamente, la comunión eclesial y la Eucaristía son realidades inseparables: “*La participación del cuerpo y sangre de Cristo hace que pasemos a ser aquello que recibimos*”²⁴⁶. En consecuencia, “*la expresión paulina: la Iglesia es el Cuerpo de Cristo, significa que la Eucaristía, en la que el Señor nos entrega su Cuerpo y nos transforma en un solo Cuerpo, es el lugar donde permanentemente la Iglesia se expresa en su forma más esencial: presente en todas partes y, sin embargo, sólo una, así como uno es Cristo*”²⁴⁷. La celebración de la Eucaristía es, en cuanto mesa del Señor compartida, hogar de fraternidad cristiana, fermento de la solidaridad con todos los hombres y fundamento y exigencia que clama por la efectiva comunicación.

La Iglesia católica, una y única se constituye en y a base de las Iglesias particulares y subsiste en ellas²⁴⁸.

La Iglesia no se fragmenta en sucursales ni resulta de la organización internacional con entidades administrativas en determinados lugares. La Iglesia no es suma de partes, sino comunión de totalidades. La universalidad de la Iglesia se realiza localmente. La Iglesia es el Cuerpo de las Iglesias²⁴⁹.

53. La comunión eclesial es un regalo de la familia divina. La realidad de la Iglesia-Comunión forma parte integrante del designio divino de salvación. Es el Espíritu vivificador quien realiza la admirable unión dentro de la Iglesia²⁵⁰. Con estas palabras precisas se describe esta acción del Espíritu: “*Aquel Espíritu que desde la eternidad abraza la única e indivisa Trinidad, aquel Espíritu que ‘en la plenitud de los tiempos’ (Gál.4,4) unió indisolublemente la carne humana al Hijo de Dios, aquel mismo e idéntico Espíritu es, a lo largo de todas las generaciones cristianas, el inagotable manantial del que brota sin cesar la comunión en la Iglesia y de la Iglesia*”²⁵¹. La comunión es fruto también de la Palabra y de los Sacramentos, especialmente de la Eucaristía. No es, por tanto, fundamentalmente el resultado de esfuerzos humanos. Ahora bien, esta comunión tiene un carácter dinámico. Está exigiendo una expansión y una profundización personal y comunitaria. La comunión iniciada como don de Dios reclama la colaboración de cada creyente y de cada comunidad. La comunión se va configurando como comunión ‘orgánica’. Está caracterizada por la simultánea presencia de la diversidad y de la complementariedad de las vocaciones y condiciones de vida, de los ministerios y carismas²⁵².

2) *La Iglesia, misterio de comunión y de misión*

54. Hemos visto cómo la eclesiología de comunión representa el corazón de la doctrina conciliar sobre la Iglesia. Ahora bien, la Iglesia, misterio de comunión, ha nacido para la misión. Comunión y misión son dos dimensiones inseparables del único misterio de la Iglesia. Por su naturaleza, la Iglesia durante su peregrinación en la tierra es misionera, ya que ella misma deriva su origen de la misión del Hijo y de la misión del Espíritu Santo según el designio de Dios Padre ²⁵³. La misión, pues, encierra un significado trinitario y teologal. Nace de la caridad del Padre ²⁵⁴, actualiza en cada momento de la historia la misión de Jesús, el Hijo de Dios ²⁵⁵ y se hace posible por el Espíritu Santo ²⁵⁶.

a) *La Iglesia existe para la misión*

55. La misión abarca también a la entera existencia de la Iglesia. En este sentido, la misión significa mucho más que una tarea de la Iglesia. Es la expresión misma de su ser. La Iglesia existe para la misión. Pablo VI declaraba con palabras lapidarias que la evangelización representa la vocación propia de la Iglesia: *“Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar, es decir, para predicar y enseñar, ser canal del don de la gracia, reconciliar a los pecadores con Dios, perpetuar el sacrificio de Cristo en la Santa Misa, memorial de su Muerte y Resurrección”* ²⁵⁷. Los que se sienten discípulos de Jesús, hijos de Dios y hermanos entre sí, son constituidos por la fuerza del Espíritu Santo en comunidad evangelizadora ²⁵⁸. La Iglesia surge de la persona y de la misión evangelizadora de Jesús y es enviada por el Señor Resucitado a evangelizar hasta su segunda venida. La comunidad Apostólica continúa la presencia y la acción salvadora de Jesús de Nazaret muerto y resucitado. En el libro de los Hechos de los Apóstoles se pone de manifiesto el dinamismo misionero de las primeras comunidades cristianas.

El envío de Cristo ‘hasta los confines del mundo’ sigue siendo tan actual como en la era Apostólica. Juan Pablo II asumía muy en primera persona aquel grito del Apóstol: *“¿Ay de mí si no predicara el Evangelio!”* ²⁵⁹. El testimonio apostólico se apoya en cuatro aspectos que no se han difuminado con el paso del tiempo. Una certeza: la de Cristo resucitado que sigue estando vivo, *“exaltado por la diestra de Dios”*; un envío: *“Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes”* ²⁶¹; una seguridad: *“Sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo”* ²⁶²; y una fuerza interior: *“Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo”* ²⁶³.

b) *El centro del mensaje es la salvación en Jesucristo*

56. La única misión de la Iglesia y su carácter progresivo la describe el Apóstol con estas palabras: *“Capacita así a los creyentes para la tarea del ministerio y para construir el Cuerpo de Cristo, hasta que lleguemos todos a la unidad de la fe y del pleno conocimiento del Hijo de Dios, hasta que seamos hombres perfectos, hasta que alcancemos en plenitud la talla de Cristo”* ²⁶⁴. En la oración sacerdotal Jesús

manifiesta el contenido esencial de la evangelización: “Padre, ésta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a tu enviado Jesucristo” ²⁶⁵. La evangelización explicita el amor gratuito y universal de Dios comunicado en la persona de Jesucristo por la acción del Espíritu Santo. Lo nuclear del mensaje evangelizador es la salvación en Jesucristo. En consecuencia, “No hay evangelización verdadera mientras no se anuncie el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el reino, el misterio de Jesús de Nazaret Hijo de Dios” ²⁶⁶. Él nos hace presente la cercanía de Dios, su misericordia entrañable, nos da la filiación divina y nos promete la vida que no tiene fin. El mensaje cristiano afecta a todo el hombre y a todos los hombres. La tarea evangelizadora “es única e idéntica en todas partes y en toda situación, si bien no se ejerce del mismo modo según las circunstancias” ²⁶⁷.

Los inmensos horizontes geográficos de la misión no deben ocultar los nuevos espacios humanos que marcan las mentalidades y las opciones de nuestros contemporáneos: “Existen otros muchos areópagos del mundo moderno (además del de la comunicación) hacia los cuales debe orientarse la actividad misionera de la Iglesia. Por ejemplo, el compromiso por la paz, el desarrollo y la liberación de los pueblos; los derechos del hombre y de los pueblos, sobre todo los del niño; la salvaguardia de la creación... Hay que recordar, además, el vastísimo areópago de la cultura, de la investigación científica, de las relaciones internacionales...” ²⁶⁸. La misión de la Iglesia es única, pero se realiza en tareas diversas. Esto da a la evangelización una gran riqueza de formas y de cauces.

57. El anuncio del Evangelio incumbe a todo cristiano consciente de su vocación de bautizado. La Iglesia entera es la que ha recibido de Cristo el mandato de ir por todo el mundo y anunciar el Evangelio. A todo el pueblo de Dios incumbe este mandato ²⁶⁹. Por tanto, “no se da, por ende, miembro alguno que no tenga parte en la misión de Cristo” ²⁷⁰. Por consiguiente, “no hay lugar para el ocio: tanto es el trabajo que a todos espera en la viña del Señor” ²⁷¹. Evangelizar es un acto ‘eclesial’ que ha de realizarse en comunión con la Iglesia y en nombre de ella ²⁷². Ahora bien, la Iglesia universal se hace presente en cada una de las Iglesias particulares con todos sus elementos constitutivos. La Iglesia universal se manifiesta como ‘Cuerpo de Iglesias’ ²⁷³.

3) *El Espíritu Santo, protagonista de la misión*

58. Sin el Espíritu Santo ni se realiza ni se produce su efecto en nosotros la salvación que Cristo nos ha traído ²⁷⁴. El don del Espíritu Santo es el don constante; es expresión de la perennidad de la acción salvadora de Dios cumplida de una vez para siempre en Cristo, pero que el Espíritu Santo constantemente universaliza, actualiza e interioriza ²⁷⁵.

a) *El Espíritu Santo, principio vital de la Iglesia*

La Iglesia es de algún modo el lugar ‘natural’ del Espíritu, como lo fue la humanidad de Jesús en el tiempo de su vida mortal. San Ireneo formula así esta

realidad: “Donde está la Iglesia allá está el Espíritu de Dios, y donde está el Espíritu de Dios allí está la Iglesia y toda gracia, pues el Espíritu es la verdad”²⁷⁶. Más tarde, San Juan Crisóstomo sostiene con toda claridad que “si el Espíritu Santo no estuviera presente no existiría la Iglesia; si existe la Iglesia, esto es un signo abierto de la presencia del Espíritu”²⁷⁷. El Espíritu santifica constantemente a la Iglesia, mora en ella, la introduce en la plenitud de la verdad, la unifica y la dirige, la enriquece con diversos dones jerárquicos y carismáticos y la lleva a la perfección²⁷⁸. Constituye como el principio vital de la Iglesia, su alma²⁷⁹.

En el Cenáculo, la víspera de su pasión, Jesús promete a sus discípulos el envío del Espíritu Santo²⁸⁰. Dios cumple siempre sus promesas. El día de Pentecostés fue enviado el Espíritu Santo sobre los Apóstoles y sobre la primera comunidad de los discípulos del Señor que en el Cenáculo “perseveraban en la oración, con un mismo espíritu”, en compañía de María, la madre de Jesús²⁸¹. En el relato de este acontecimiento se recogen tres elementos externos: el ruido del viento, las lenguas de fuego y el carisma del lenguaje. Todos ellos indican no sólo la presencia del Espíritu Santo, sino también su particular venida sobre los presentes, su donarse que provoca en ellos una verdadera transformación²⁸². Pentecostés supuso una efusión de vida divina. Junto con la Pascua, Pentecostés constituye el coronamiento de la economía salvífica de la Trinidad divina en la historia humana. En el evento de Pentecostés se revela al mundo la Iglesia, el nuevo Pueblo de Dios. La relación entre el Espíritu Santo y la Iglesia no es de tipo externo, sino de carácter profundo y vital: “A la Iglesia, de hecho, le ha sido confiado el Don de Dios, como soplo a la criatura formada, a fin de que todos los miembros, participando en él, sean vivificados; y en ella ha sido depositada la comunión con Cristo, es decir, el Espíritu Santo, prenda de incorruptibilidad, confirmación de nuestra fe y escalera de nuestra subida a Dios”²⁸³.

El decreto conciliar “*Ad gentes*” destaca la relación de la tercera Persona divina con la misión de la Iglesia. El decreto recuerda que “el Señor Jesús, antes de dar voluntariamente su vida para salvar el mundo, de tal manera organizó el ministerio apostólico y prometió enviar el Espíritu Santo, que ambos están asociados en la realización de la obra de la salvación en todas partes y para siempre”²⁸⁴. La misión de la Iglesia no es sólo fruto de la obediencia al ‘mandato de Cristo’, sino que se hace presente en todos los pueblos y naciones impulsada “por la caridad y gracia del Espíritu Santo”²⁸⁵. Además, la presencia y acción del Espíritu es imprescindible para que la palabra de la predicación sea acogida por las personas en sus corazones²⁸⁶.

b) El Espíritu Santo, agente principal de la evangelización

59. Pablo VI en la exhortación Apostólica “*Evangelii nuntiandi*” (1975) dedica todo el número 75 para mostrar la relación entre la tercera Persona divina y la evangelización. Comienza sentando este principio básico: “No habrá nunca evangelización posible sin la acción del Espíritu Santo”²⁸⁷. A continuación describe a grandes trazos la presencia activa del Espíritu en la vida pública de Jesús de Nazaret.

El mismo Espíritu, después de Pentecostés influye tan decisivamente en la vida de los Apóstoles que sin Él no sería posible la gran obra de la evangelización. Más todavía, *“el Espíritu que hace hablar a Pedro, a Pablo y a los Doce, inspirando las palabras que ellos deben pronunciar, desciende también ‘sobre los que escuchan la Palabra’*²⁸⁸. Por ello, *“gracias al apoyo del Espíritu Santo, la Iglesia crece”*²⁸⁹. Él anima desde dentro toda la actividad Apostólica de la Iglesia. Él actúa en cada evangelizador.

Es necesario recordar que las habilidades personales, los medios técnicos y los recursos humanos no suplen la acción del Espíritu Santo que es quien alza los corazones a la gracia, mantiene la comunión eclesial y alienta la vida evangélica. El evangelizador que es dócil a la acción del Espíritu Santo vive con ilusión, alegría y esperanza. Pablo VI, después de resaltar la bondad de las técnicas de la evangelización, señala con toda claridad que *“ni las más perfeccionadas podrían reemplazar la acción discreta del Espíritu. La preparación más refinada del evangelizador no consigue absolutamente nada sin Él. Sin Él, la dialéctica más convincente es impotente sobre el espíritu de los hombres. Sin Él, los esquemas más elaborados sobre bases sociológicas o psicológicas se revelan pronto desprovistos de todo valor”*²⁹⁰. Sin temor alguno puede *“decirse que el Espíritu Santo es el agente principal de la evangelización”*²⁹¹.

60. Todo lo dicho muestra que, cuando la Encíclica *“Redemptoris missio”* (1990) de Juan Pablo II trata del Espíritu como protagonista de la misión, está siguiendo las huellas de la viva Tradición de la Iglesia. Mientras que la *“Evangelii nuntiandi”* habla del Espíritu como *“agente principal”*, la Encíclica *“Dominum et vivificante”* (1986) lo presenta como *“protagonista transcendente de esta obra salvífica”*²⁹², de aquí pasó este título al capítulo tercero de la *“Redemptoris missio”*. Juan Pablo II no duda en afirmar que *“el Espíritu Santo es en verdad el protagonista de toda misión eclesial”*²⁹³.

Mediante la acción del Espíritu, el Evangelio va tomando cuerpo en las conciencias y en los corazones de las personas y se va difundiendo en la historia. En toda actividad eclesial está presente el Espíritu que da la vida. Después de Pascua, *“los Apóstoles viven una profunda experiencia que los transforma: Pentecostés”*²⁹⁴. El Espíritu les capacita para ser testigos de Jesús con toda libertad. Tras el primer anuncio de Pedro y las conversiones consiguientes, se forma la primera comunidad²⁹⁵. Es el Espíritu el que hace misionera a toda la Iglesia. Las primeras comunidades eran dinámicamente abiertas y misioneras. En ellas se cumple este principio tan saludable: *“Aun antes de ser acción, la misión es testimonio e irradiación”*²⁹⁶.

El Espíritu está presente y operante en todo tiempo y lugar. Es verdad que el Espíritu se manifiesta de manera especial en la Iglesia, sin embargo su presencia y acción no quedan circunscritas de modo exclusivo al ámbito eclesial. El Concilio Vaticano II recalcó esta realidad. Enseña que el Espíritu actúa en el corazón del hombre, mediante las *“semillas de la Palabra”*, *“incluso en las iniciativas religiosas, en los esfuerzos de la actividad humana encaminados a la verdad, al bien y a Dios”*²⁹⁷. El Espíritu actúa

realmente en la sociedad, la historia, en las culturas y en las religiones. Él que “*sopla donde quiere*”²⁹⁸ nos invita a considerar su acción presente en todo tiempo y lugar. Como Iglesia particular, nuestra Diócesis ha de prestar atención a la presencia y a la voz del Espíritu. Ha de afrontar las tareas evangelizadoras, confiando plenamente en el Espíritu “*¡Él es el protagonista de la misión!*”²⁹⁹.

4) La Eucaristía, un eficaz descendimiento del Espíritu Santo

61. Hay que reconocer que en la liturgia es toda la Santísima Trinidad la que actúa: El Hijo encarnado es el centro viviente, el Padre es el origen primero y el fin último y el Espíritu Santo es el que hace presente a Cristo en el hoy de la Iglesia. El Catecismo de la Iglesia Católica de la Iglesia Católica destaca el papel activo del Espíritu como pedagogo, preparador, memoria, animador y actualizador del misterio de Cristo en la celebración litúrgica³⁰⁰.

a) La presencia activa del Espíritu Santo en la Liturgia

La Liturgia es llamada ‘el sacramento del Espíritu’, porque, como en el día de Pentecostés, llena de sí mismo las acciones litúrgicas. Más todavía, “*la gracia del Espíritu Santo tiende a suscitar la fe, la conversión del corazón y la adhesión a la voluntad del Padre*”³⁰¹. Por la presencia del Espíritu en la liturgia los misterios de la vida de Cristo llegan a ser para el creyente actuales y eficaces. El Espíritu Santo operante en el tiempo de la Iglesia es el que hace a Cristo nuevamente vivo en medio de los suyos. La Palabra de Dios, proclamada y escuchada en la liturgia, posee una particular vitalidad y una eficacia real. En síntesis se puede decir que “*la finalidad de la misión del Espíritu Santo en toda acción litúrgica es poner en comunión con Cristo para formar su Cuerpo*”³⁰².

Los Padres de la Iglesia pusieron de manifiesto la presencia activa del Espíritu Santo en la vida sacramental de la Iglesia. “*Nuestros misterios, sostiene San Juan Crisóstomo, no son acciones teatrales: aquí todo está regulado por el Espíritu*”³⁰³. San Cirilo de Jerusalén enseña que el Espíritu “*transforma siempre lo que toca*”³⁰⁴. “*Sólo en la Iglesia, afirma San Isidoro de Sevilla, se celebran fructuosamente los sacramentos; de hecho, es el Espíritu Santo el que habita en ella y opera secretamente el efecto*”³⁰⁵.

b) El Espíritu Santo y la Eucaristía

62. Bien sabemos que en la Eucaristía “*se contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, a saber, Cristo mismo, nuestra Pascua*”³⁰⁶. Dada la riqueza de la Eucaristía, es evidente que la acción del Espíritu en ella es muy destacada. De algún modo se puede afirmar que la presencia del Espíritu en la Eucaristía hace que la celebración de este sacramento sea un Pentecostés, un eficaz descendimiento del Espíritu. Juan Pablo II nos recordaba cómo la Iglesia pide la presencia del Espíritu en la celebración eucarística: “*La Iglesia pide este don divino (el Espíritu Santo), raíz de todos los otros dones, en la epiclesis eucarística. Se lee, por ejemplo, en la*

‘Divina Liturgia’ de San Juan Crisóstomo: ‘Te invocamos, te rogamos y te suplicamos: manda tu Santo Espíritu sobre nosotros y sobre estos dones... para que sean purificación del alma, remisión de los pecados y comunicación del Espíritu Santo para cuantos participan de ellos’. Y, en el Misal Romano, el celebrante implora que: ‘Fortalecidos con el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo y llenos de su Espíritu Santo, formemos en Cristo un solo cuerpo y un solo espíritu’. Así, con el don de su cuerpo y su sangre, Cristo acrecienta en nosotros el don de su Espíritu, infundido ya en el Bautismo e impreso como ‘sello’ en el sacramento de la Confirmación” ³⁰⁷.

El mismo Espíritu que obró la encarnación del Hijo de Dios es el que realiza ahora el misterio eucarístico. El sacerdote, imponiendo las manos sobre el pan y el vino, pronuncia la epiclesis anteconsecratoria: *“Te suplicamos que santifiques por el mismo Espíritu estos dones que hemos preparado para ti, de manera que sean Cuerpo y Sangre de Jesucristo”* ³⁰⁸. En la epiclesis de después de la consagración se invoca la acción del Espíritu sobre la comunidad que va a participar en la comunión. Se pide a Dios que, por medio de su Espíritu, conceda a la comunidad, que está celebrando el memorial de la pascua de Cristo y que va a participar de su donación sacramental, los frutos del sacramento: el amor, la vida, la unidad. Como en Pentecostés el Espíritu llenó de vitalidad a la Iglesia naciente, ahora, al celebrar la Eucaristía, la comunidad desea ser transformada en el Cuerpo de Cristo: *“Danos tu Espíritu de amor a los que participamos en esta comida, para que vivamos cada día más unidos en la Iglesia”* ³⁰⁹.

5) La Eucaristía, fuente y cumbre de la misión de la Iglesia

63. La Eucaristía es generadora de Iglesia, que brota y nace cada día del misterio eucarístico. Es en la Eucaristía donde una multitud de personas se hace Cuerpo de Cristo ³¹⁰. En virtud de esta misteriosa interacción es el Cuerpo único el que se va construyendo en las condiciones de la vida presente, hasta alcanzar la perfección definitiva al final de los tiempos. No existe auténtica celebración y adoración de la Eucaristía que no conduzca a la misión. De hecho, *“la Eucaristía es fuente de misión”* ³¹¹. A su vez, la misión presupone otro rasgo eucarístico esencial, la unión de los corazones. Toda la tarea evangelizadora de la Iglesia nace y tiende a la Eucaristía: *“Así, la Eucaristía es la fuente y, al mismo tiempo, la cumbre de toda la evangelización, puesto que su objetivo es la comunión de los hombres con Cristo y, en Él, con el Padre y con el Espíritu Santo”* ³¹². El Santo Padre, Benedicto XVI, nos recuerda el perfil evangelizador de la Eucaristía. He aquí sus palabras: *“La Eucaristía hace presente constantemente a Cristo resucitado, que se sigue entregando por nosotros, llamándonos a participar en la mesa de su Cuerpo y su Sangre. De la comunión plena con él brota cada uno de los elementos de la vida de la Iglesia, en primer lugar la comunión entre todos los fieles, el compromiso del anuncio y de testimonio del Evangelio y el ardor de la caridad hacia todos, especialmente hacia los pobres y los pequeños”* ³¹³.

a) *Fundamento eucarístico de la misión*

64. De la Iglesia como comunión a la misión de la Iglesia, gracias al misterio de la Eucaristía, porque *“la liturgia en la que se realiza el misterio de la salvación se termina con el envío de los fieles (‘missio’) a fin de que cumplan la voluntad de Dios en su vida cotidiana”* ³¹⁴. Mediante la participación activa en la Eucaristía, nos alimentamos de la savia de la Vid verdadera que es Cristo. Unidos especialmente a la Vid, los sarmientos son llamados a dar fruto ³¹⁵. Durante el encuentro del Señor resucitado con los discípulos de Emaús, el Señor les explica el acontecimiento de su muerte y resurrección y, ‘al partir el pan’ le reconocen. Entonces se sienten impulsados a volver a Jerusalén para anunciar a los Once la noticia: *“Y, levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén y encontraron reunidos a los Once y a los que estaban con ellos, que decían: ‘¡Es verdad, el Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón!’.* Ellos, por su parte, contaron lo que había pasado en el camino y cómo le habían reconocido en el partir el pan” ³¹⁶. Esto pone de manifiesto, al menos en parte, que a la Eucaristía se le llame también, con razón, la *“Misa”*. Juan Pablo II hablaba de la *“Misa a la misión”* ³¹⁷. El discípulo de Cristo se siente deudor para con los hermanos de todo lo que ha recibido en la celebración de la Eucaristía. Todo aquél que, en la Santa Misa, ha reconocido la presencia del Señor, se siente urgido a transmitir a los demás el Evangelio. El creyente escucha dentro de sí el mandato del Señor: *“Id y anunciad a mis hermanos”* ³¹⁸.

65. Terminada la celebración eucarística, el fiel cristiano vuelve a su ambiente habitual con el compromiso de hacer de toda su vida un don, un sacrificio espiritual agradable a Dios ³¹⁹. La Asamblea se dispersa para cumplir una misión o tarea y no precisamente por cuenta propia o en solitario, sino por encargo de Cristo en solidaridad eclesial y con la bendición del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. La misma oración después de la comunión insiste normalmente en la responsabilidad y en el compromiso que brota de la Santa Misa. Es imposible que la Eucaristía alimente la fe y no lleve a comunicarla; convierta el corazón y no mueva a predicar la conversión; realice la unidad y no impulse a superar las divisiones de la vida.

Al recordar con palabras solemnes la institución de la Eucaristía, San Pablo nos advierte: *“Siempre que coméis de este pan y bebéis de esta copa, anunciáis la muerte del Señor hasta que Él venga”* ³²⁰. En estos términos el Apóstol refiere la dinámica misionera de la Eucaristía. Después de la consagración el sacerdote proclama ante los fieles: *“Éste es el Sacramento de nuestra fe”*. El pueblo fiel responde: *“Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección. ¡Ven, Señor Jesús!”*. La comunidad creyente es convocada para celebrar y proclamar ante el mundo la Pascua del Señor. En su vida pública Jesús asoció pronto a los Doce y a los setenta y dos a su misión ³²¹. Resucitado de entre los muertos, los envió para que hicieran discípulos de todas las gentes ³²². Antes de su Ascensión a la derecha del Padre, les comunicó: *“Vosotros recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta los confines de la tierra”* ³²³. Con el Cuerpo y la Sangre del Resucitado, los

que participen en el banquete eucarístico, reciben el Espíritu Santo que los capacita para el testimonio público.

La Asamblea eucarística es misionera, ya que actualiza el dinamismo profundo de la comunión. Esta comunión hace posible que el mundo crea y reconozca a Jesús como enviado del Padre. Así lo expresa Jesús en el Cenáculo en la oración al Padre, impetrando para sus discípulos el don de la unidad: *“Te pido que todos sean uno. Padre, lo mismo que tú estás en mí y yo en ti, que también ellos estén unidos a nosotros; de este modo, el mundo podrá creer que tú me has enviado...”*³²⁴. Desde esta perspectiva, la comunión es fuente y meta de la misión.

Por otra parte, la celebración eucarística es proclamación pública de la muerte y resurrección del Señor hasta su venida gloriosa. Los fieles cristianos reunidos en Asamblea anuncian su fe, esperanza y determinación de vivir en el amor. Dios se reveló como amor y la comunidad eucarística da a conocer esta buena nueva: *“Dios es amor... El amor no consiste en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo para librarnos de nuestros pecados”*³²⁵. Los cristianos, reunidos en torno al altar del sacrificio donde se consume el amor hasta el extremo, celebran e invitan a todos al banquete del amor, a comulgar con el cuerpo y la sangre del Primogénito de la nueva creación.

66. La Eucaristía es prenda de la gloria futura. Imprime a la Iglesia una tensión escatológica. El pan y el vino eucarísticos están transidos del poder de la resurrección que empieza a obrar ya en nosotros: *“El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna y yo lo resucitaré en el último día... el que coma de este pan vivirá para siempre”*³²⁶. A su vez, la Eucaristía es alimento del Pueblo peregrino³²⁷. Es fuente de esperanza activa y comprometida con la historia concreta. El Concilio Vaticano II, tras indicar que la actividad humana encuentra su perfección en el misterio pascual y que es preciso entregarse al servicio temporal de los hombres, concluye: *“El Señor dejó a los suyos una prenda de esta esperanza y un alimento para el camino en aquel sacramento de la fe, en el que los elementos de la naturaleza, cultivados por el hombre, se convierten en su cuerpo y sangre gloriosos en la cena de la comunión fraterna y la degustación del banquete celestial”*³²⁸. La comunidad cristiana se reúne para celebrar la Eucaristía y así poder recorrer la historia con Cristo en su paso hacia el Padre. La Eucaristía es fuente de reconciliación y nos da fuerza para ir en busca de los ausentes.

b) La Eucaristía, fuente de renovación de la misión

67. De la Eucaristía nace el deber de cada cristiano de cooperar al crecimiento del Cuerpo de Cristo, para llevarlo cuanto antes a la plenitud³²⁹. En efecto, *“mediante la Eucaristía la Iglesia vive y crece continuamente”*³³⁰. De la fuente eucarística debe brotar un renovado compromiso por la misión eclesial. La Eucaristía es un verdadero lugar de renovación en la misión de la Iglesia por varias razones.

La Eucaristía influye positivamente en los fieles que participan en ella. El sujeto de la celebración de la Eucaristía es la persona iniciada en la vida de Cristo y de la

Iglesia a través de los sacramentos. El Concilio Vaticano II nos describe cómo cada fiel va ejercitando el sacerdocio común en la vivencia de los sacramentos ³³¹. El bautismo incorpora los fieles a la Iglesia y “*quedan destinados por el carácter al culto de la religión cristiana, y, regenerados como hijos de Dios, están obligados a confesar delante de los hombres la fe que recibieron de Dios mediante la Iglesia*” ³³². El sacerdocio común no es, pues, solamente espiritual, sino comunitario y público. La confirmación fortalece el lazo de unión con la Iglesia; el confirmando recibe de un modo especial el don del Espíritu Santo para dar testimonio de Cristo en el mundo y el confirmado se convierte en un cristiano adulto capaz de defender y de proteger la fe. Quien, desde esta realidad de confirmado en la fe, participa en la Eucaristía no puede menos de renovar la misión que ya ha recibido al ser iniciado y que expresa y celebra permanentemente en la cena del Señor. La Eucaristía es la fuente y la cumbre de toda la vida cristiana ³³³. Esta vida brota del altar y a él vuelve como a su punto más alto. La Eucaristía es centro y culmen de la evangelización, porque es centro del Evangelio, de la Iglesia, de la vida cristiana y de la misión. En este sentido, la Santa Misa se constituye como el espacio de revisión y renovación de la misión, en momento oportuno para una auténtica toma de conciencia sobre el derecho y el deber de participar en las tareas de edificación de la Iglesia en el mundo ³³⁴.

68. La Eucaristía es también causa de renovación de la misión, porque en ella se celebra el misterio del cual arranca y en el que se funda la misión de la misma Iglesia. En efecto, el nuevo Pueblo de Dios y los sacramentos nacen del Misterio Pascual: muerte y resurrección, ascensión y envío del Espíritu. En este momento es cuando el Señor Jesús transmite el Espíritu y la misión, el poder de perdonar y bautizar, la encomienda de predicar el Evangelio y de ser sus testigos “*hasta los confines de la tierra*” ³³⁵. La actualización del Misterio Pascual en la Eucaristía conlleva el compromiso por la misión que arranca de la Pascua. “*La Eucaristía, en efecto, es el centro propulsor de toda la acción evangelizadora de la Iglesia, un poco como el corazón en el cuerpo humano. Las comunidades cristianas, sin la celebración eucarística, en la que se alimentan en la doble mesa de la Palabra y del Cuerpo de Cristo, perderían su naturaleza auténtica: sólo al ser ‘eucarísticas’ pueden transmitir al propio Cristo a los hombres, y no sólo ideas o valores, todo lo nobles e importantes que se quiera. La Eucaristía ha forjado insignes apóstoles misioneros, en todo estado de vida: obispos, sacerdotes, religiosos, laicos; santos de vida activa y contemplativa*” ³³⁶ Desde esta perspectiva, la Eucaristía representa la llamada, el memorial de la misión pascual de Cristo en su visibilidad histórica. La comunidad que celebra conscientemente la Eucaristía, se sitúa de cara a las exigencias e implicaciones de la Alianza nueva y definitiva.

La Eucaristía rejuvenece incesantemente a la Iglesia. Por este motivo es causa de renovación de la misión de todo el Pueblo de Dios. La Eucaristía exige la evangelización y es a la vez evangelizadora. La Asamblea eucarística es epifanía de la Iglesia, ya que es “*el centro de toda la vida cristiana para la Iglesia, universal y local, y para todos los fieles individualmente*” ³³⁷. La Eucaristía, como todo

sacramento, se estructura sobre una articulación de palabra y signo, anuncio y gesto, verbo y acción. En la Eucaristía culminan la evangelización, la catequesis, el ministerio sacerdotal y la caridad. Pero, al mismo tiempo, de la Eucaristía dimanan la nueva fuerza y el nuevo compromiso de la comunidad entera y de cada fiel concreto para seguir realizando con empeño y audacia la misión recibida y celebrada³³⁸. Se trata, por tanto, de una evangelización que encierra tres momentos integrantes: implica una preparación antecedente del presbítero, los servicios y ministerios, la comunidad entera, incluye, además, una verdadera mistagogía eucarística en el desarrollo y realización elocuente de las palabras y signos y, por último, un compromiso consecuente para la vida ordinaria. La realización del triple ministerio profético, sacerdotal y real dentro de la Eucaristía es para la Iglesia como memorial permanente de los objetivos de su misión: suscitar la fe por la Palabra, compartir la vida por la caridad, dar gracias y animar la esperanza por el culto.

Estoy firmemente persuadido de que, si nuestra diócesis de Ourense celebra y vive el misterio eucarístico en sus dimensiones fundamentales, responderá adecuadamente a la llamada urgente que supone la Nueva Evangelización³³⁹.

IV

LOS CRISTIANOS, TESTIGOS DEL AMOR EN ELMUNDO

69. Juan Pablo II señalaba que *“el Obispo es el primero que, en su camino espiritual, tiene el cometido de ser promotor y animador de una espiritualidad de comunión, esforzándose incansablemente para que ésta sea uno de los principios educativos de fondo en todos los ámbitos en que se modela al hombre y al cristiano”*³⁴⁰. Todo el ministerio episcopal debe estar animado por la espiritualidad de comunión. Como sucesor de los apóstoles tengo el deber de promover y animar las diversas tareas diocesanas con una auténtica espiritualidad de comunión. En este sentido, las instituciones eclesiales han de actuar impregnadas por la comunión. Soy consciente de que *“la comunión se manifiesta siempre en la misión, que es su fruto y consecuencia lógica”*³⁴¹. En el capítulo precedente he mostrado cómo la comunión es la forma de existencia, de vida y de misión de la Iglesia. El ser cristiano está radicalmente modelado por la fraternidad y la comunión. El Concilio Vaticano II *“insiste en la comunión, convirtiéndola en su idea inspiradora y en el eje central de todos sus documentos”*³⁴². La comunión encarna y manifiesta la entraña misma del misterio de la Iglesia. La fidelidad al designio divino y el anhelo de responder a la profunda esperanza del mundo nos impelen en este comienzo de milenio a llevar a cabo un gran desafío: *“hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión”*³⁴³. Antes de exponer algunas consecuencias concretas que derivan de la espiritualidad de comunión, intentaré mostrar sus rasgos esenciales.

1) Rasgos esenciales de la espiritualidad de comunión

70. La espiritualidad de comunión está enraizada en el misterio de la Santísima Trinidad. De esta forma *“la Iglesia aparece como un pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”* ³⁴⁴. La Iglesia procede del misterio trinitario. El designio salvífico universal del Padre, la misión del Hijo y la obra santificadora del Espíritu fundan la Iglesia como misterio de comunión ³⁴⁵.

La espiritualidad de comunión significa también *“capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico”* ³⁴⁶. Existe fraternidad porque Jesús, el Hijo, nos hace partícipes de la filiación divina y de la comunión con el Padre. La condición filial del Primogénito se va ensanchando en una multitud de hermanos suyos e hijos del Padre. Dios nos llama a *“reproducir la imagen de su Hijo, para que fuera el primogénito entre muchos hermanos”* ³⁴⁷. Jesucristo es la piedra angular sobre la que se levanta el templo de Dios en el Espíritu ³⁴⁸. Él es también la Cabeza del cuerpo de la Iglesia ³⁴⁹. La puerta de entrada a la fraternidad eclesial es el bautismo, por el cual somos hijos de Dios. Un nuevo nacimiento nos introduce en el seno de una nueva familia. El cristiano es en realidad ‘co-cristiano’. Invocamos a nuestro Dios como ‘nuestro Padre’. La oración cristiana por excelencia expresa y ahonda la relación con Dios como Padre y la relación fraternal con sus hijos. En el seno de la Iglesia no tienen sentido las barreras que impiden la existencia fraterna: *“Los que os habéis bautizado en Cristo os habéis revestido de Cristo: ya no hay judío ni griego, ni esclavo ni libre, ni hombre ni mujer, ya que todos vosotros sois uno en Cristo Jesús”* ³⁵⁰. San Pedro exhortaba a los primeros cristianos con estas palabras: *“Amad a los hermanos”* ³⁵¹. La comunión, pues, *“es saber ‘dar espacio’ al hermano, llevando mutuamente la carga de los otros (cfr. Gál. 6,2) y rechazando las tentaciones egoístas”* ³⁵².

La Iglesia es en Cristo un cuerpo de hermanos que se alimenta y crece participando en el mismo Cuerpo eucarístico del Señor. El sacramento de la Eucaristía es fuente y expresión permanente de la fraternidad cristiana. Al recibir la Eucaristía, el cristiano no comulga solamente con Cristo; por Cristo recibe también a sus hermanos cristianos.

La espiritualidad de comunión es como un principio educativo donde día a día se va formando la persona humana y el cristiano. Se extiende, por tanto, a todas las personas y actividades eclesiales. Esta espiritualidad ha de estar presente en los distintos espacios eclesiales. El entramado de la vida de cada Iglesia debe ser informado por la comunión ³⁵³. Además, nos advertía Juan Pablo II que *“no nos hagamos ilusiones: sin este camino espiritual, de poco servirían los instrumentos externos de la comunión. Se convertirían en medios sin alma, máscaras de comunión más que sus modos de expresión y crecimiento”* ³⁵⁴.

El capítulo cuarto de la exhortación Apostólica *“Novo Millennio Ineunte”* lleva por título: *“Testigos del amor”*. Siguiendo de cerca su contenido, deseo exponer sintéticamente los aspectos básicos que configuran la espiritualidad de comunión. Cada uno de estos aspectos se relaciona estrechamente con el misterio eucarístico.

2) *Variedad de vocaciones*

71. La Iglesia es una comunión orgánica, análoga a la de un cuerpo vivo y operante. En consecuencia, *“está caracterizada por la simultánea presencia de la diversidad y de la complementariedad de las vocaciones y condiciones de vida, de los ministerios, de los carismas y de las responsabilidades”*³⁵⁵. Desde esta perspectiva cada fiel cristiano se encuentra en relación con todo el Cuerpo místico de Cristo y le brinda su propia colaboración. La comunidad cristiana ha de acoger todos los dones del Espíritu. En efecto, *“la unidad de la Iglesia no es uniformidad, sino integración orgánica de las legítimas diversidades”*³⁵⁶.

Es el único e idéntico Espíritu el principio dinámico de la variedad y de la unidad en la Iglesia y de la Iglesia. Los diversos ministerios y carismas son para la edificación de la Iglesia y para el cumplimiento de su misión salvadora en el mundo. *“Servir al Evangelio de la esperanza mediante una caridad que evangeliza es un compromiso y una responsabilidad de todos”*³⁵⁷. Para llevar a cabo la nueva evangelización es imprescindible seguir despertando el sentido de la corresponsabilidad de todos los bautizados.

El momento actual nos está urgiendo un generoso esfuerzo en la promoción de las vocaciones al sacerdocio y a la vida de especial consagración. *“No se puede pasar por alto la preocupante escasez de seminaristas y de aspirantes a la vida religiosa, sobre todo en Europa occidental”*³⁵⁸. Es necesario pedir insistentemente al Dueño de la mies que mande operarios a su mies³⁵⁹. La pastoral vocacional adquiere entre nosotros una dimensión dramática *“debido al contexto social cambiante y al enfriamiento religioso causado por el consumismo y el secularismo”*³⁶⁰. Como dije en la Carta *“Un Seminario para la Nueva Evangelización”*: *“En este trabajo pastoral, marcado por esta urgencia eclesial, hemos de trabajar con ilusión, unidos todos como la familia del Señor”*³⁶¹. Si existe una respuesta positiva por parte de todos, será posible llevar a cabo una pastoral amplia y capilar que se haga presente en las familias, en las parroquias y en los centros educativos. Es imprescindible llevar el anuncio vocacional al terreno de la pastoral ordinaria.

a) *El ministerio ordenado*

72. Entre los diversos ministerios que existen en la comunidad eclesial, hay uno que posee una característica especial: el ministerio ordenado. Los ministros ordenados reciben de Cristo Resucitado el carisma del Espíritu Santo, mediante el sacramento del Orden. De esta forma reciben la autoridad y el poder sagrado para servir a la Iglesia, personificando a Cristo Cabeza y para congregarla en el Espíritu Santo por medio del anuncio del Evangelio y de la celebración de los sacramentos³⁶². En el ejercicio de su ministerio están *“llamados a prolongar la presencia de Cristo, único y supremo Pastor, siguiendo su estilo de vida y siendo como una transparencia suya en medio del rebaño que les ha sido confiado”*³⁶³. Considero que *“el ejercicio del sagrado ministerio encuentra hoy muchas dificultades, bien debidas a la cultura imperante, bien debido por la disminución numérica de los presbíteros, con el*

aumento de la carga pastoral y de cansancio que esto puede comportar. Por eso son más dignos aún de estima, gratitud y cercanía los sacerdotes que viven con admirable dedicación y fidelidad el ministerio que se les ha confiado” ³⁶⁴. Los ministros ordenados son ante todo una gracia para la Iglesia entera. El sacerdocio ministerial está esencialmente finalizado al sacerdocio común de todos los bautizados y a éste ordenado ³⁶⁵.

b) La vida consagrada

73. La vida consagrada no es fruto de la voluntad humana. Al contrario, *“enraizada profundamente en los ejemplos y enseñanzas de Cristo el Señor, es un don de Dios Padre a su Iglesia por medio del Espíritu”* ³⁶⁶. A lo largo de la historia nunca han faltado hombres y mujeres que, dóciles a la llamada divina, eligieron libremente un camino de especial seguimiento de Cristo, para dedicarse a él con corazón ‘indiviso’ ³⁶⁷. La vida consagrada es, pues, *“una planta de muchas ramas, que hunde sus raíces en el Evangelio y produce copiosos frutos en toda estación de la Iglesia”* ³⁶⁸. El bautismo es la tierra fértil de donde brotan ulteriores compromisos y consagraciones. Como se ha dicho más arriba, es el Espíritu el que establece la igual dignidad básica, pero también la pluriformidad de vocaciones, carismas y consagraciones ³⁶⁹.

La consagración, como signo de las realidades definitivas, se convierte en profecía y en testimonio sobre todo por los desafíos lanzados por la vida consagrada al hedonismo, al materialismo y a la libertad exacerbada ³⁷⁰. La práctica de la pobreza, castidad y obediencia va configurando a la persona consagrada con el Señor Jesús. Hay que reconocer que una Iglesia particular sin personas de vida consagrada, se encontraría fuertemente debilitada. Toda familia de vida consagrada recibe sentido en cuanto edifica el Cuerpo de Cristo en la unidad de sus diversas funciones y actividades. La Iglesia particular constituye el espacio histórico en el que una vocación se expresa en la realidad y en el que se efectúa su comportamiento apostólico. La solicitud para con las personas de vida consagrada forma parte esencial de mi ministerio episcopal. En efecto, *“el Obispo ha de estimar y promover la vocación y misión específicas de la vida consagrada, que pertenece estable y firmemente a la vida y a la santidad de la Iglesia”* ³⁷¹.

c) La vocación específica de los fieles cristianos laicos

74. La riqueza de la vida nueva recibida en el Bautismo incluye, además del ministerio ordenado y de la vida consagrada, la vocación propia de los laicos. *“Éstos, en virtud de su condición bautismal y de su específica vocación, participan en el oficio sacerdotal, profético y real de Jesucristo, cada uno en su propia medida”* ³⁷². La aportación de los laicos a la misión eclesial es irrenunciable. Los pastores deben, por tanto, reconocer y promover los ministerios, oficios y funciones de los fieles laicos, que tienen su base sacramental en el Bautismo y en la Confirmación, y para muchos de ellos, en el Matrimonio.

Además, por medio de los fieles laicos, el Pueblo de Dios se hace presente en los más variados sectores del mundo. Es verdad que toda la Iglesia tiene una auténtica dimensión secular, inherente a su naturaleza y a su misión, que hunde sus raíces en el misterio del Verbo Encarnado. La Iglesia vive en el mundo, aunque no es del mundo ³⁷³. Es enviada a continuar la obra salvadora de Cristo, la cual “*al mismo tiempo que mira de suyo a la salvación de los hombres, abarca también la restauración de todo el orden temporal*” ³⁷⁴. Ahora bien, “*el carácter secular es propio y peculiar de los laicos*”. A ellos “*corresponde, por propia vocación, tratar de obtener el reino de Dios gestionando los asuntos temporales y ordenándolos según Dios*” ³⁷⁵. Los fieles laicos son llamados por Dios para contribuir desde dentro, a modo de fermento, a la santificación del complejo y dilatado mundo de la realidad social, de la política, de la familia, de la cultura, de la educación y del trabajo. A los fieles laicos compete de modo especial la animación cristiana de las realidades temporales ³⁷⁶.

Es de gran importancia para la comunión la tarea de promover y favorecer el fenómeno asociativo laical que en la vida actual de la Iglesia se está caracterizando por una particular variedad y vivacidad ³⁷⁷. La razón profunda que justifica y exige la asociación de los fieles laicos es de orden teológico. Así lo reconoce el Concilio Vaticano II, cuando contempla el apostolado asociado como un “*signo de la comunión y de la unidad de la Iglesia en Cristo*” ³⁷⁸. La libertad de asociación de los fieles laicos en la Iglesia es un verdadero y propio derecho. Se trata de una libertad reconocida y garantizada por la autoridad eclesiástica y que debe ejercerse siempre en la comunión de la Iglesia ³⁷⁹.

75. Un campo de ejercicio del sacerdocio común es el matrimonio y la familia. La unión sacramental del esposo y la esposa participa en la alianza de Dios con la humanidad a través de la sangre de Cristo. En la visión cristiana del matrimonio, la relación entre un hombre y una mujer (unidad e indisolubilidad) responde al plan original de Dios. Cristo eleva el matrimonio a la dignidad de sacramento y así es signo del amor esponsal de Cristo a su Iglesia ³⁸⁰. La pastoral familiar adquiere hoy día una urgencia especial, ya que “*se está constatando una crisis generalizada y radical de esta institución fundamental*” ³⁸¹. Tratándose de una realidad tan básica, la Iglesia no puede ceder a las presiones de una cultura que contradice abiertamente la visión cristiana del matrimonio.

Nunca se ponderará demasiado la trascendencia de la familia tanto para la sociedad como para la Iglesia. La familia cristiana es, además, célula de la Iglesia, una Iglesia en pequeño. El hogar, comunidad de vida y amor, es el ámbito en que la vida se transmite, los hijos son esperados y no temidos y son acogidos como regalo de Dios. En la familia, escuela del más rico humanismo, se fragua la persona y el cristiano, ya que no basta el engendramiento sin los desvelos, la compañía, el amor, la educación, la siembra de las virtudes y los valores humanos y cristianos.

Los padres de familia han recibido el encargo inestimable de ser los primeros transmisores de la fe cristiana a los hijos. Desde el seno de un hogar cristiano, los hijos acuden a la parroquia que es familia y fermento de una vida nueva en Cristo.

Conviene tener presente, además, “*que es en la familia donde nacen las vocaciones al sacerdocio y de donde parten aquellos que, en nombre de Jesucristo, están llamados a servir desde su ministerio sacerdotal a toda la comunidad eclesial*”³⁸². En la pastoral vocacional tiene una responsabilidad muy especial la familia cristiana que, en virtud del sacramento del matrimonio, participa en la misión educativa de la Iglesia³⁸³.

76. En la Iglesia, misterio de comunión, es también comunión en las vocaciones y servicios diferentes y complementarios. El sujeto de la celebración eucarística es la Iglesia. Toda la comunidad reunida es sujeto activo de la ofrenda a Dios; los fieles, que han acudido a la celebración, se unen al ministro ordenado y concurren con él en la oblación de la Eucaristía³⁸⁴. El sacerdocio común y el sacerdocio ministerial están recíprocamente referidos por diversos motivos: porque participan del único sacerdocio de Cristo, porque ambas modalidades pertenecen al mismo Pueblo sacerdotal y porque están al servicio de la misión que la Iglesia ha recibido de su Señor. Las necesarias distinciones no deben oscurecer la unidad fundamental de la Iglesia y de todos sus miembros. Por el contrario, no se puede obnubilar la específica participación de ministros y comunidad nivelando todo y confundiendo todo en una vaga generalización. Esta participación real de la comunidad cristiana en el santo Sacrificio de la Misa tiene su expresión celebrativa y debe tener su repercusión espiritual. En consecuencia, los cristianos, ministros y comunidad entera, han de tener los mismos sentimientos de Cristo y reproducir en su interior las mismas actitudes que tenía cuando ofrecía el sacrificio de sí mismo al Padre por la salvación de todos. La Eucaristía es vínculo de comunión entre todas las vocaciones de la Iglesia.

3) *Eucaristía y movimiento ecuménico*

77. Al ser la Eucaristía signo eficaz de la comunión eclesial no se puede pasar por alto las implicaciones ecuménicas de este sacramento³⁸⁵. La Eucaristía contiene el fundamento mismo del ser y de la unidad de la Iglesia: el Cuerpo de Cristo ofrecido en sacrificio y dado a los fieles como Pan de vida. La verdad del Cuerpo eucarístico del Señor produce, a la vez que significa, la unidad de todos los comensales del banquete eucarístico. Lo que une a los fieles en la celebración eucarística es la realidad objetiva del Cuerpo del Señor. Con otras palabras, la unidad que Cristo ha querido para su Iglesia sólo se edifica sobre la base de la presencia real sustancial del Señor resucitado en la Eucaristía. De ahí que S. Agustín ante la grandeza del misterio eucarístico exclamase: “*¡Oh sacramento de piedad, oh vínculo de unidad, oh vínculo de caridad!*”³⁸⁶.

El hecho de la división dentro de la familia cristiana no permite a todos los discípulos de Cristo reunirse en torno a la mesa del Señor y participar en la única Cena del Señor. Esto supone una profunda herida en el cuerpo del Señor. Los bautizados no podemos resignarnos a vivir esta circunstancia como si fuera algo normal. Al contrario, “*la aspiración a la meta de la unidad nos impulsa a dirigir la mirada a la Eucaristía, que es el supremo Sacramento de la unidad del Pueblo de Dios*”³⁸⁷. Al

celebrar el Sacrificio eucarístico, la Iglesia eleva su plegaria al Padre, impetrando la presencia del Espíritu Santo, admirable constructor de la unidad eclesial ³⁸⁸.

78. En el diálogo ecuménico, al referirnos a la íntima relación entre Eucaristía y unidad de la Iglesia, hay que distinguir entre las Iglesias orientales, que han conservado la Eucaristía de una forma completamente válida ³⁸⁹ y las Comunidades eclesiales que no han conservado la realidad originaria y plena del misterio eucarístico ³⁹⁰. La declaración “*Dominus Iesus*” interpreta de forma autorizada la doctrina conciliar con estas palabras: “*Las Iglesias que no están en perfecta comunión con la Iglesia católica pero se mantienen unidas a ella por medio de vínculos estrechísimos como la sucesión Apostólica y la Eucaristía válidamente celebrada son verdaderas iglesias particulares... Por el contrario, las Comunidades eclesiales que no han conservado el Episcopado válido y la genuina e íntegra sustancia del misterio eucarístico, no son Iglesia en sentido estricto...*” ³⁹¹.

Para comprender esta situación muy plural cuando se desciende a lo concreto, son muy orientadores estos principios: “*No es lícito considerar la comunicación en las funciones sagradas como un medio que pueda usarse indiscriminadamente para restablecer la unidad de los cristianos. Esta comunicación depende principalmente de dos principios: de la significación obligatoria de la unidad de la Iglesia y de la participación en los medios de la gracia. La significación de la unidad prohíbe la mayoría de las veces esta comunicación. La necesidad de procurar la gracia la recomienda a veces. La autoridad episcopal local determine prudentemente el modo concreto de actuar, atendiendo a todas las circunstancias de tiempo, lugar y personas, a no ser que la Conferencia episcopal, según las normas de sus propios estatutos, o la Santa Sede determinen otra cosa*” ³⁹². El decreto “*Unitatis redintegratio*” declara la posibilidad de que la ‘comunicación en la cosas sagradas’, si se usa discriminadamente o prudentemente, sea medio que coadyuve a lograr la unidad de los cristianos. Después establece los dos principios que deben dar el criterio de ese ‘uso discriminado’. Las disposiciones concretas para la aplicación de estos principios se hallan expuestas en el Directorio ecuménico ³⁹³.

4) Diálogo interreligioso y misión

79. El diálogo interreligioso es también un elemento esencial de la espiritualidad de comunión. Como cristianos reconocemos con gozo que un nuevo milenio y un nuevo siglo se abren a la luz de Cristo. Pero no todos los hombres conocen y son conscientes de esta luz. A nosotros que tenemos la inmensa dicha de creer en Jesucristo, hemos de transmitir la luz de Cristo a todas las gentes ³⁹⁴. Diálogo interreligioso y misión son realidades que guardan entre sí una estrechísima relación. En efecto, el diálogo interreligioso “*entendido como método y medio para un conocimiento y enriquecimiento recíproco, no está en contraposición con la misión ‘ad gentes’, es más, tiene vínculos especiales con ella y es una de sus expresiones*” ³⁹⁵.

Existe una creciente interdependencia entre los distintos lugares de la tierra. Las migraciones están también de actualidad. Es obvio que la tecnología y la industria

modernas hacen posibles numerosos intercambios entre países muy variados. Ciertos hábitos culturales de países lejanos y desconocidos, gracias a los medios de comunicación, se nos hacen más familiares y los interpretamos con más detalle. Estos factores de interdependencia y comunicación entre diversos pueblos y culturas favorecen una conciencia más clara y concreta del pluralismo religioso existente en el mundo ³⁹⁶.

80. Dentro de esta nueva configuración de la sociedad, el diálogo interreligioso adquiere una importancia y urgencia especiales. Este contexto está exigiendo el establecimiento y el desarrollo de relaciones que permitan una convivencia más fluida y fecunda entre las personas y las distintas tradiciones religiosas. Sobre todo, a partir de las afirmaciones del Concilio Vaticano II, se han ido perfilando las dimensiones del diálogo que debe existir entre la Iglesia católica y las demás religiones no cristianas ³⁹⁷. Hay que reconocer que la práctica del diálogo interreligioso suscita dificultades en la mentalidad de muchas personas. Conviene, por tanto, conocer, ante todo, la orientación doctrinal y pastoral que el Magisterio de la Iglesia nos ha ido ofreciendo.

Una auténtica actitud dialogal ha de conjugar el binomio: fidelidad y apertura. Por un lado se trata de la exposición sincera y clara de la propia fe sin miedo, eliminando toda ambigüedad; por otro, se intenta comprender en profundidad la postura del interlocutor. Cada tradición religiosa profesa su ‘credo específico’. Éste no es negociable en el diálogo interreligioso. Es decir, el diálogo *“no puede basarse en la indiferencia religiosa, y nosotros como cristianos tenemos el deber de desarrollarlo ofreciendo el pleno testimonio de la esperanza que está en nosotros (cfr. IPe.3,15)”* ³⁹⁸. La integridad de la propia fe prohíbe cualquier compromiso de reducción. El falso irenismo daña la pureza de la fe y oscurece su genuino y definitivo sentido. No es aceptable tampoco el sincretismo que, en la búsqueda de un terreno común, pasa por alto la oposición y las contradicciones entre los credos de tradiciones religiosas diferentes, mediante alguna reducción de su contenido.

5) Apostar por la caridad

81. La contemplación del rostro de Cristo orienta nuestra existencia hacia el mandamiento nuevo que Él nos dio: *“Que, como yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros”* ³⁹⁹. Ser testigos del amor es el gran testimonio que nos está pidiendo el mundo a los discípulos de Cristo ⁴⁰⁰. El libro del Apocalipsis recoge las palabras que el Espíritu dice a las Iglesias. Se trata, ante todo, de un juicio sobre la vida. Se refiere a los hechos, al comportamiento: *“Conozco tu conducta: tu caridad, tu fe, tu espíritu de servicio, tu paciencia”* ⁴⁰¹. Es un llamada a servir al evangelio de la esperanza. La Iglesia no sólo debe anunciar y celebrar la salvación que viene del Señor, sino que debe vivirla en la existencia concreta de las personas. Al margen del amor la persona humana permanece un enigma para sí misma. El amor es la experiencia originaria de la que brota la esperanza ⁴⁰². La buena noticia que la Iglesia debe transmitir a todos los hombres consiste en que Dios nos ha amado primero y que Jesús concretiza

este amor, amándonos hasta el extremo, como nos acaba de recordar el Papa Benedicto XVI en su primera Encíclica *«Deus caritas est»* ⁴⁰³.

En el seno de las familias y de las comunidades cristianas ha de vivirse con intensidad el Evangelio de la caridad. *«Las organizaciones caritativas de la Iglesia, sin embargo, son un opus proprium suyo, un cometido que le es congenial, en el que ella no coopera colateralmente, sino que actúa como sujeto directamente responsable, haciendo algo que corresponde a su naturaleza. La Iglesia nunca puede sentirse dispensada del ejercicio de la caridad como actividad organizada de los creyentes y, por otro lado, nunca habrá situaciones en las que no haga falta la caridad de cada cristiano individualmente, porque el hombre, más allá de la justicia, tiene y tendrá siempre necesidad de amor»*⁴⁰⁴.

Es decir, *“nuestras comunidades eclesiales están llamadas a ser verdaderas escuelas prácticas de comunión”* ⁴⁰⁵. La opción por la caridad nos proyecta *“hacia la práctica de un amor activo y concreto con cada ser humano”* ⁴⁰⁶. El cristiano que siente dentro de sí el amor de Dios, descubre el rostro de Cristo en los demás: *“He tenido hambre y me habéis dado de comer, he tenido sed y me habéis dado de beber; fui forastero y me habéis hospedado; desnudo y me habéis vestido, enfermo y me habéis visitado, encarcelado y habéis venido a verme”* ⁴⁰⁷. Esta página sobre el juicio definitivo nos ilumina el misterio de Cristo. Acoger y servir a los pobres significa acoger y servir al mismo Cristo.

82. El amor preferencial por los más pobres ha de manifestarse en una caridad activa y concreta. *«Mi prójimo es cualquiera que tenga necesidad de mí y que yo pueda ayudar. Se universaliza el concepto de prójimo, pero permaneciendo concreto. Aunque se extienda a todos los hombres, el amor al prójimo no se reduce a una actitud genérica y abstracta, poco exigente en sí misma, sino que requiere mi compromiso práctico aquí y ahora»*⁴⁰⁸. En el ambiente en que nos movemos son múltiples las necesidades que interpelan la sensibilidad cristiana. Juan Pablo II describe con claridad y valentía el rostro de las pobrezas de siempre y también de las nuevas. Al hablar de las nuevas, dice *“que afectan a menudo a ambientes y grupos no carentes de recursos económicos, pero expuestos a la desesperación del sinsentido, a la insidia de la droga, al abandono en la edad avanzada o en la enfermedad, a la marginación o a la discriminación social”* ⁴⁰⁹. El momento histórico que estamos viviendo nos señala con toda urgencia, como nos dice el Santo Padre Benedicto XVI que: *«en un mundo en el cual a veces se relaciona el nombre de Dios con la venganza o incluso con la obligación del odio y la violencia, éste es un mensaje de gran actualidad y con un significado muy concreto. Por eso, en mi primera Encíclica deseo hablar del amor, del cual Dios nos colma, y que nosotros debemos comunicar a los demás»*⁴¹⁰. Constató con gozo que en los planes diocesanos de pastoral, se insiste en la urgencia de implantar ‘caritas’ donde todavía no exista y de fortalecerla en las comunidades parroquiales donde ya esté funcionando. La calidad cristiana de una comunidad se refleja en la vivencia en todos sus aspectos de la dimensión caritativa. Para construir la civilización del amor, es necesario acudir a la doctrina social de la

Iglesia. Así nos lo recuerda el Santo Padre en su Encíclica: *«En la difícil situación en la que nos encontramos hoy, a causa también de la globalización de la economía, la doctrina social de la Iglesia se ha convertido en una indicación fundamental, que propone orientaciones válidas mucho más allá de sus confines: estas orientaciones —ante el avance del progreso— se han de afrontar en diálogo con todos los que se preocupan seriamente por el hombre y su mundo»*⁴¹¹.

6) Eucaristía y acogida a los más pobres:

83. Benedicto XVI señala: *«Jesús ha perpetuado este acto de entrega mediante la institución de la Eucaristía durante la Última Cena. Ya en aquella hora, Él anticipa su muerte y resurrección, dándose a sí mismo a sus discípulos en el pan y en el vino, su cuerpo y su sangre como nuevo maná (cf. Jn 6, 31-33). (...) La Eucaristía nos adentra en el acto oblativo de Jesús»*⁴¹². La viva tradición de la Iglesia recuerda siempre esta dimensión de este sacramento. Nos lo enseña el Catecismo de la Iglesia Católica, al afirmar: *“La Eucaristía entraña un compromiso a favor de los pobres: para recibir en la verdad el Cuerpo y la Sangre de Cristo entregados por nosotros debemos reconocer a Cristo en los más pobres, sus hermanos (cfr. Mt. 25, 40)”*⁴¹³.

a) En la fuente de la Sagrada Escritura

84. Desde su dimensión social y caritativa, en la Eucaristía se recogen y actualizan los gestos básicos del comportamiento de Cristo. Hay que reconocer que el amor ha sido siempre el alma de su vida. No es casual que en el Evangelio según San Juan no se mencione el relato de la institución de la Eucaristía. En cambio se recoge el gesto del lavatorio de los pies. Conviene profundizar en este gesto donde *“Jesús se hace maestro de comunión y servicio”*⁴¹⁴. La Eucaristía ha de ser un banquete de caridad y de amor sin discriminación social al que todos somos invitados⁴¹⁵. El apóstol S. Pablo sostiene que no es lícita la celebración eucarística en la que no esté presente el espíritu de comunión y de caridad más concreta⁴¹⁶; este mismo testimonio se reivindica para la comunidad de Jerusalén⁴¹⁷. Desde los primeros momentos de la vida de la Iglesia, en las reuniones de la comunidad se realizan colectas para los pobres⁴¹⁸. No se puede compartir el pan eucarístico sin compartir el pan cotidiano. Mas todavía, el servicio de caridad y comunión que se presta en las colectas es designado por el Apóstol con el nombre de liturgia, la cual, a su vez, mueve de nuevo a dar gracias a Dios⁴¹⁹.

b) Testimonio de los Padres de la Iglesia

85. Los Padres de la Iglesia ofrecen un testimonio constante del aspecto caritativo-social de la Eucaristía. S. Justino, que nos ha transmitido la primera narración de la Eucaristía, destaca la dimensión social de la misma con estos términos: *“Los que tienen y quieren, cada uno según su libre determinación, da lo que bien le parece, y lo recogido se entrega al presidente y él socorre con ello a los huérfanos y viudas, a los que por enfermedad o por otra causa están necesitados, a los que están en las*

cárceles, a los forasteros de paso, y, en una palabra, él se constituye en provisor de cuantos se hallan en necesidad” ⁴²⁰. S. Juan Crisóstomo relaciona con vigor y elocuencia algunas afirmaciones de Jesús: “*¿Deseas honrar el Cuerpo de Cristo? No lo desprecies, pues, cuando lo contemples desnudo en los pobres, ni lo honres aquí, en el templo, con lienzos de seda, si al salir lo abandonas en su frío y desnudez. Porque el mismo que dijo: ‘Esto es mi cuerpo’, y con su palabra llevó a realidad lo que decía; afirmó también: ‘Tuve hambre y no me disteis de comer’, y más adelante: ‘Siempre que dejasteis de hacerlo a uno de estos pequeñuelos, a mí en persona lo dejasteis de hacer’. El templo no necesita vestidos y lienzos, sino pureza de alma; los pobres, en cambio, necesitan que con sumo cuidado nos preocupemos de ellos”* ⁴²¹.

La Eucaristía posee, por su propia naturaleza, una dimensión caritativo-social. Es el sacramento de la caridad de los cristianos. Con razón la Iglesia ha unido la fiesta del Corpus Christi y Cáritas, urgiendo que de la misma celebración eucarística nazca la exigencia del amor fraterno. El servicio caritativo-social de la Iglesia está radicado en la Eucaristía.

c) Las afirmaciones de la misma Liturgia:

86. Los mismos textos litúrgicos destacan el aspecto caritativo-social de la Eucaristía. Deseo fijarme, ante todo, en algunas afirmaciones de las plegarias eucarísticas. En ellas aparece Cristo como el verdadero servidor que se entrega del todo por nuestra salvación. De una forma especial son los necesitados, los pobres, enfermos y oprimidos por cualquier causa quienes son objeto del amor del Padre manifestado en Cristo: “*Porque Él, en su vida terrena, pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el mal. También hoy, como buen samaritano, se acerca a todo hombre que sufre y en su espíritu y cura las heridas con el aceite del consuelo y el vino de la esperanza”* ⁴²². La razón del servicio en Dios no es otra que el amor del todo gratuito. Jesús es el modelo perfecto de caridad: “*Te damos gracias, Padre fiel y lleno de ternura, porque tanto amaste al mundo, que le has entregado a tu Hijo, para que fuera nuestro Señor y nuestro hermano. Él manifiesta su amor para con los pobres y los enfermos, para con los pequeños y pecadores. Él nunca permaneció indiferente ante el sufrimiento humano; su vida y su palabra son para nosotros la prueba de tu amor; como un padre siente ternura por sus hijos, así tu sientes ternura por tus fieles”* ⁴²³.

Una de las finalidades principales de este servicio es la recuperación de la amistad y la comunión con Dios mismo mediante el sacrificio de la nueva alianza y también la recuperación y el fortalecimiento de la reconciliación de la humanidad, a menudo amenazada por la división, la enemistad y hasta la misma guerra. En la ‘Plegaria sobre la reconciliación II’ se dice al respecto: “*Pues, en una humanidad dividida por las enemistades y las discordias, tú diriges las voluntades para que se dispongan a la reconciliación. Tu Espíritu mueve los corazones para que los enemigos vuelvan a la amistad, los adversarios se den la mano y los pueblos busquen la unión. Con tu acción eficaz consigues que las luchas se apacigüen y crezca el deseo de la paz, que*

el perdón venza al odio y la indulgencia a la venganza” ⁴²⁴. La Iglesia ha de ser servidora de la reconciliación realizada por Dios y actualizada en la Eucaristía. Los fieles no sólo deben compartir los bienes con los más necesitados, sino también han de promover en todo momento la justicia, la paz y la reconciliación: *“Danos entrañas de misericordia ante toda miseria humana, inspíranos el gesto y la palabra oportuna frente al hermano solo y desamparado, ayúdanos a mostrarnos disponibles ante quien se siente explotado y oprimido. Que tu Iglesia sea un recinto de verdad y de amor, de libertad, de justicia y de paz, para que todos encuentren en ella un motivo para seguir esperando”* ⁴²⁵.

Esta tarea caritativo-social, que se expresa y promueve por la Eucaristía, incumbe a todos los fieles cristianos. Este servicio compromete a toda la comunidad eclesial, representada por la Asamblea reunida: *“Tú lo llamas (al hombre, al cristiano) a cooperar con el trabajo cotidiano en el proyecto de la creación, y le das tu Espíritu para que sea artífice de justicia y de paz, en Cristo, el hombre nuevo”* ⁴²⁶. Todos hemos de seguir a Cristo en su amor a los ‘pobres y enfermos, a los pequeños y pecadores’, sin ‘permanecer indiferentes ante el sufrimiento humano’ ⁴²⁷. He aquí, en síntesis, algunos textos litúrgicos que expresan la dimensión caritativo-social de la Eucaristía. Lo que se expresa en la ‘gran oración’ de la Iglesia tiene un carácter fundamental y central: unidad y caridad, justicia y paz, salvación y reconciliación, ayuda y solicitud por los más pobres.

87. El horizonte de nuestro momento histórico se halla oscurecido por múltiples y variadas cuestiones. También en nuestro mundo ha de brillar la esperanza cristiana: *“Por eso el Señor ha querido quedarse con nosotros en la Eucaristía, grabando en esta presencia sacrificial y convivial la promesa de una humanidad renovada por su amor”* ⁴²⁸. En efecto, *“nuestro Dios ha manifestado en la Eucaristía la forma suprema del amor, trastocando todos los criterios de dominio, que rigen con demasiada frecuencia las relaciones humanas, y afirmando de modo radical el criterio del servicio: ‘Quien quiera ser el primero, que sea el último de todos y servidor de todos’ (Mc.9,35)”* ⁴²⁹. La Eucaristía es el momento más intenso de la vida de la Iglesia. Cada celebración eucarística ha de ser el signo más claro de la reconciliación en un mundo tan dividido y manifestación concreta del amor de Dios hacia los más necesitados.

CONCLUSIÓN

88. La hora de Jesús es la hora en que vence el amor. Ha de ser también nuestra hora. Lo será de verdad cuando la Eucaristía sea el centro de nuestra vida. Desde esta profunda convicción, el Santo Padre, Benedicto XVI, les decía con toda claridad a los jóvenes: *“No os dejéis disuadir de participar en la Eucaristía dominical y ayudad también a los demás a descubrirla. Ciertamente, para que de esa emane la alegría*

que necesitamos, debemos aprender a comprenderla cada vez más profundamente, debemos aprender a amarla. Comprometámonos a ello, ¡vale la pena!"⁴³⁰.

La extraordinaria riqueza del misterio eucarístico nos alienta para seguir avanzando por la senda de la Nueva Evangelización. Os invito a contemplar, celebrar y vivir las dimensiones fundamentales del sacramento de la Eucaristía. En este misterio se halla la fuente inagotable de toda renovación cristiana. En nuestra Diócesis, de honda tradición mariana, es necesario volver nuestra mirada hacia la Virgen María, mujer "eucarística" en todos los aspectos de su vida. Que nuestro patrono, San Martín de Tours, nos ayude con su protección para vivir la Eucaristía como manantial perenne de caridad⁴³¹. En la perspectiva del undécimo centenario del nacimiento de San Rosendo, para cuya celebración ya nos estamos preparando, es oportuno fijar nuestra mirada en el rostro eucarístico de Cristo, y en Aquélla que cantó con la "Salve", oración que llegó al corazón y a los labios de tantos católicos.

Os bendice y reza con vosotros

Luis Quintero Fiuza
Obispo de Ourense.
Ourense, 1 de marzo de 2006
Miércoles de Ceniza.

NOTAS

¹ Juan Pablo II, Carta Apostólica, Novo millennio ineunte, (NMI), (2001), n.16.

² NMI. n.29.

³ Juan Pablo II, Carta Apostólica, Mane nobiscum Domine, (MND), (2004), n.5.

⁴ Juan Pablo II, Carta Encíclica, Ecclesia de Eucharistia, (EE), (2003), n.1.

⁵ Cfr. Concilio Vaticano II, Constitución, Lumen Gentium, (LG), n. 11.

⁶ Concilio Vaticano II, Constitución, Sacrosanctum Concilium, (SC), n.47.

⁷ Juan Pablo II, Catecismo de la Iglesia Católica, (CEC), n. 1337.

⁸ EE. n.11.

⁹ Concilio Vaticano II, Decreto, Presbiterorum Ordinis, (PO), n.5.

¹⁰ Pablo VI, Carta Encíclica, Mysterium fidei, (MF), en Ecclesia, 1261 (18-IX-1965) p.11.

¹¹ S. Juan Crisóstomo, In Math. Homil, 82,4: (PG. 58,743).

¹² S. Cirilo de Jerusalén, Catequesis mistagógicas, IV,6: Sch. 126,138.

¹³ Secuencia de la solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo.

¹⁴ EE. n. 15.

¹⁵ Pablo VI, El Credo del Pueblo de Dios, (Madrid, 1968), n.25.

¹⁶ Cfr. Lc. 24,13-35.

¹⁷ MND. n. 2.

¹⁸ Jn. 8, 12.

¹⁹ Jn. 12, 46.

²⁰ Cfr. Jn.1, 4.5.9.

²¹ Jn. 13, 30.

- ²⁴ Lc. 22, 53.
²⁵ MND. n. 12.
²⁶ Ibid.
²⁷ Lc.24,29.
²⁹ SC.n.56.
³⁰ Cfr. Concilio Vaticano II, Constitución, Gaudium et Spes, (GS), n.51.
³¹ Concilio Vaticano II, Constitución, Dei Verbum, (DV), n.21.
³² Cfr. SC.n.7.
³³ Juan Pablo II, Carta Apostólica, Dies Domini, (DD), (1998), n.40.
³⁴ MND.n.13.
³⁵ IPe.2,9.
³⁶ Cfr.Ef.5,8.
³⁷ Cfr.IJn.1,5-ss.
³⁸ Cfr. IJn.2,8-11.
³⁹ DD.n.41.
⁴⁰ MND.n.16.
⁴¹ Cfr. Mt.26,26-29; Mc. 14,22-25; Lc.22,15-20; ICor.11,23-25.
⁴² Cfr. Ratzinger, J., La Eucaristía centro de la vida, (Valencia, 2003), p.84.
⁴³ Jn. 6,32.35.
⁴⁴ Cfr. Benedicto XVI, Homilía en la Misa de Clausura del Congreso Eucarístico Italiano (Bari) AAS, 97 (2005) 785-789; Homilía en la Solemnidad del Corpus Christi, Ciudad del Vaticano, AAS, 97 (2005) 782-785
⁴⁵ Jn. 6,56-57.
⁴⁶ ICor. 10,17.
⁴⁷ S.Ireneo, Adversus haereses, IV,18,4-5: (PG. 7,1027); cfr. también: Ibid. V, 2,2-3: (PG. 7,1124).
⁴⁸ S. Juan Crisóstomo, De proditiōne Iudae homilía, 1, 6: (PG. 49,380); Cfr. Solano, J., Textos eucarístico primitivos, Madrid, 1978; Cfr. Sánchez-Caro, J.M., Eucaristía e Historia de la Salvación, Madrid, 1983.
⁴⁹ Concilio de Trento, Decreto sobre la Santísima Eucaristía, canon 1: (DS. 1651).
⁵⁰ Ibid. cap.IV: (DS.1642).
⁵¹ SC. n. 47; cfr. también: SC. nn. 6, 10; LG, n. 28; PO n. 13.
⁵² Cfr. SC. n. 7.
⁵³ MF, lc.p.16.
⁵⁴ Cfr. Ibid. lc. pp.16-17
⁵⁵ Ibid. lc. p.18.
⁵⁶ Cfr. Pablo VI, Credo del Pueblo de Dios, lc. n. 24.
⁵⁷ Ibid. n.25.
⁵⁸ Ibid.
⁵⁹ Cfr. CEC. nn. 1373-1377; EE N. 15; MND. n. 16.
⁶⁰ Benedicto XVI, Mensaje en el Angelus (11-9-2005): en 'Ecclesia', 3.282 (5-XI-2005), p.28.
⁶¹ CEC.n.1377.
⁶² Ibid. n.1379.
⁶³ MF. lc. p.19
⁶⁴ CEC. n.1380.
⁶⁵Cfr. Flp. 2, 5.
⁶⁶ MF. lc. p.19
⁶⁷ Ibid.
⁶⁸ Ibid.
⁶⁹ Pablo VI, Credo del Pueblo de Dios, lc.n.26
⁷⁰ Juan Pablo II, Carta a los Obispos sobre el misterio y el culto a la Eucaristía, (1980), n.3.
⁷¹ EE. n.25.
⁷²Ibid.
⁷³ Benedicto XVI, Homilía en Marienfeld en la Eucaristía de clausura de la XX Jornada Mundial de la Juventud (21-VIII-2005): en 'Ecclesia', 3.272-73 (27-VIII y 3-IX-2005), p.41.
⁷⁴ Propositiones del Sínodo de los Obispos sobre la Eucaristía, n.6: en 'Ecclesia', 3.282 (5-XI-2005), p.33.
⁷⁵ Ibid.
⁷⁶ Cfr. MND. n.18.
⁷⁸ Ibid. n. 1365.
⁷⁹ Cfr. n. 1366.

⁸⁰ Concilio de Trento, Doctrina del Santo Sacrificio de la Misa, c. 2: (DS. 1740).

⁸¹ Cfr. EE. n.12.

⁸² Concilio de Trento, Doctrina del Santo Sacrificio de la Misa, c. 2: (DS. 1743).

⁸³ Cfr. LG.n.11; PO.n. 5; CEC. n. 1368.

⁸⁴ Cfr. Arostegui, M., Lugar que ocupa la oración en el culto según San Ireneo de Lyon, en: Teología y Catequesis 95 (2005) 175-197.

⁸⁵ CEC. n. 1369.

⁸⁶ Ibid. n.1370.

⁸⁷ Cfr. EE. nn. 53-58.

⁸⁸ CEC. n.1371.

⁸⁹ S. Agustín, Confesiones, 9, 11,27: (PL. 32,773).

⁹⁰ LG.n.49.

⁹¹ Plegaria Eucarística (PE), III.

⁹² PE. IV.

⁹³ PE. V/a.

⁹⁴ PE, II.

⁹⁵ PE para la Reconciliación II.

⁹⁶ CEC. n.1382.

⁹⁷ Ibid.

⁹⁸ Ibid. n. 1340

⁹⁹ Jn.6,53.

¹⁰¹ S. Juan Crisóstomo,
In Isaiam, 6,3: (PG. 54,480).

¹⁰² CEC. n. 1385.

¹⁰³ EE. n.36.

¹⁰⁴ EE. n. 37.

¹⁰⁵ CIC. c. 915.

¹⁰⁶ Jn. 6,56.

¹⁰⁷ Jn. 6,57.

¹⁰⁸ S. Agustín, Confesiones,
7,10,16: (PL. 32,742).

¹⁰⁹ Lc.24, 28-29.

¹¹⁰ Cfr. Jn.15,1-17.

¹¹¹ MND. n. 19.

¹¹³ Concilio de Trento, Decreto sobre la Eucaristía,
c.2: (DS.1638).

¹¹⁴ CEC. n. 1395.

¹¹⁵ Lc. 24,33.

¹¹⁶ Jn. 15,12-13.

¹¹⁷ CEC. n. 1397.

¹¹⁸ MND. n.28.

¹²⁰ Jn. 6,55.

¹²¹ S. Ignacio de Antioquía, Ad Eph", 20,2: (PG. 5,611); cfr. también, S. Ireneo, Adv.haer., 5,2,2-3: (PG. 7,1124).

¹²² Cfr. EE.n.20. Cfr. Conferencia Episcopal Española, Una Iglesia esperanzada: "¡Mar adentro! (Lc 5, 4)", (2002).

¹²³ Cfr. Juan Pablo II, Exhortación apostólica, Ecclesia in Europa (Ein.E.) (2003). En este documento se indica una y otra vez que la resurrección de Cristo es el único fundamento de la esperanza humana.

¹²⁴ Cfr. CEC. n. 1405.

¹²⁵ GS. n.38. Cfr. San Ireneo

Adv.haer., V, 2-3 (PG, 7. 1125-1128).

¹²⁶ Pablo VI, Instrucción, Eucharisticum mysterium, (EM) (1967), n.3.

¹²⁷ EE. n.26

¹²⁸ S. Agustín, In Ioan., 26,6,13: (PL. 35,1608).

¹²⁹ Cfr. SC.n. 47.

¹³⁰ LG.n.9.

¹³¹ Cfr. Ex.19,24.

¹³² Cfr.Ex. 19,7.

¹³³ Cfr.Ex. 19,17-18; Dt. 9,10; Ex.20,1-ss.

¹³⁵ Cfr. Ex. 24,8.

- ¹³⁶ Cfr. Ex.13, 14-16.
¹³⁷ LG. n. 9.
¹³⁸ Cfr. Jr.23,3; 29,14.
¹³⁹ Ez. 37,21.23-24.26-27.
¹⁴⁰ LG. n. 9.
¹⁴¹ Cfr. IPe.1,9-10.
¹⁴² EE. n.21.
¹⁴³ Cfr. ICor. 10,16-17; 11, 23-29.
¹⁴⁴ Cfr. Hech. 2,16-21; Jn.14-17.
¹⁴⁵ Ratzinger, J., Lc. p.128.
¹⁴⁶ EE. n. 21.
¹⁴⁷ Cfr. Rom. 6,3-5; ICor.12,12-ss; Gál. 3,27-ss.
¹⁴⁸ Cfr. ICor. 10,16-ss.
¹⁴⁹ EE. n.22.
¹⁵⁰ de Lubac, H., Meditación sobre la Iglesia, (Madrid, 1980) p.112.
¹⁵² Cfr. SC.n. 7.
¹⁵³ Ordenación General del Misal Romano (OGMR), cap.I, n.1.
¹⁵⁴ Cfr. LG.nn.10-12.
¹⁵⁶ LG.n.11.
¹⁵⁷ Cfr. Jn.14,6.
¹⁵⁸ Cfr. Neh. 8,10.
¹⁵⁹ Fil.4,4-6.
¹⁶⁰ Cfr. SC. n.29.
¹⁶¹ Ibid. n. 26.
¹⁶² Cfr. Ibid. n.28.
¹⁶³ Lc.22,19; ICor.11,24ss.
¹⁶⁴ Cfr. SC. nn. 41.29.
¹⁶⁵ Cfr. Ibid. 42.
¹⁶⁶ Cfr. EE., cap. III.
¹⁶⁷ EE. n.27.
¹⁶⁸ EE. n.27.
¹⁷⁰ LG.n.10
¹⁷¹ EE. n.29.
¹⁷² Ibid.
¹⁷³ Cfr. PO. n.18.
¹⁷⁴ Juan Pablo II, Carta Apostólica, *Dominicae Cenae*, (DC) (1980) n.2.
¹⁷⁵ Cfr. Juan Pablo II, Exhortación Apostólica, *Pastores Dabo Vobis*, (PDV) (1992), n.23.
¹⁷⁷ PDV.n.23.
¹⁷⁸ EE.n.31.
¹⁷⁹ Benedicto XVI, Mensaje del Angelus, (18-9-2005): en 'Ecclesia', 3.282 (5-XI-2005), p.28.
¹⁸⁰ Ibid.
¹⁸¹ Quintero Fiuza, Luis, *Un Seminario para la Nueva Evangelización*, (Ourense, 2003) n.9.
¹⁸² EE. n.31.
¹⁸³ Cfr. Mt.9,38.
¹⁸⁴ SC.n.2.
¹⁸⁵ EE.n.32.
¹⁸⁷ PO. n.6.
¹⁸⁸ Cfr. LG.n.1.
¹⁸⁹ CEC.n.1331.
¹⁹⁰ Cfr. LG.n.3; CEC nn.1325-1329.
¹⁹¹ Benedicto XVI, Mensaje del Angelus, (2-10-2005), en 'Ecclesia', 3.282 (5-XI-2005), p.30.
¹⁹³ Cfr. Ef.5,21-33.
¹⁹⁴ EE. n.38.
¹⁹⁵ LG. n.3.
¹⁹⁶ Lc.24,33.
¹⁹⁸ Jn. 6,51.54.56.
¹⁹⁹ I Cor. 10,16-17.
²⁰⁰ S. Agustín, Sermón, 272: (PL. 38,1246).

- 201 LG. n.7.
 202 EE. n.40.
 203 Ibid. n. 41.
 205 Benedicto XVI, Mensaje del Angelus, (25-9-2005), en 'Ecclesia', 3.282 (5-XI-2005), p.29.
 206 EE. n. 53.
 207 Ibid.
 208 Cfr. Ibid. n.54.
 209 Pablo VI, Exhortación Apostólica, Marialis Cultus, (MC) (1974), n.17.
 210 Lc.1,38.
 211 Jn. 2,5.
 212 EE. n. 54.
 213 Ibid. n. 55.
 214 Ibid.
 215 LG. n. 56.
 216 Ibid.
 217 Ibid.
 218 Cfr. Lc. 2,22-38.
 219 Cfr. CEC. n. 529.
 220 Lc. 2, 34-35.
 221 Juan Pablo II, Carta Encíclica, Redemptoris Mater, (RMa.) (1987), n.16.
 222 EE. n. 56.
 223 Ibid.
 224 Ibid.
 225 CEC. n.1328.
 226 EE. n. 58.
 227 Ibid. n. 57.
 228 Pablo VI, Discurso pronunciado en la apertura de la tercera sesión del Concilio Vaticano II, (14-IX-1964), n.11.
 229 Cfr. LG. nn.2-4.
 230 LG. n.4.
 231 LG. n.2.
 232 LG. n.5.
 233 LG. n.3.
 234 Cfr. LG. n.4.
 235 Ibid. n.7.
 236 Tertuliano, De bapt., VI, en (CCL 1, 282).
 238 Relación Final II, c.1.
 239 Congregación para la Doctrina de la Fe, Carta Communionis notio, (CN) (1992), n.1.
 240 Antón Gómez, A., Primado y colegialidad, (Madrid, 1970) 34.
 241 Kasper, W., La Iglesia como comunión, en 'Communio' 1 (1991) 51-52.
 242 Cfr. LG. nn.2-4; UR. n.2.
 243 Cfr. Ef. 1,3-ss; Col. 2,24-ss.
 244 CN. n. 6.
 245 Cfr. LG. n.11.
 246 S. León Magno, Sermo, 63,7: (PL.54,357C).
 247 CN. n. 5.
 249 Cfr. CN. nn. 7-10.
 250 Cfr. UR. n.2.
 251 Juan Pablo II, Exhortación Apostólica, Christifideles laici, (ChL) (1988), n.19.
 252 Cfr. Ibid. n. 20.
 253 Cfr. AG. n.2.
 255 Cfr. LG. n.13; AG. n.5; RM. Nn.20.24.
 256 Cfr. RM. Nn.21-30.
 257 Pablo VI, Exhortación Apostólica, Evangelii Nuntiandi, (EN), (1975), n.14.
 258 Cfr. IPe. 2,9.
 259 ICor. 9,16; cfr. RM. n.1.
 261 Mt. 28,19.
 262 Mt. 28,20.
 263 Hech. 1,8.

- 264 Ef. 4,12-13.
265 Jn.17,3.
266 EN. n.22.
268 RM. n.37.
269 Cfr. AG. n. 23.
270 PO. n.2.
271 ChL. n.3.
272 Cfr. AG. n.35; EN. n.60.
273 Cfr. LG. n.23.
274 Cfr. LG. n.4; GS. n.22; RM. Nn. 28.29.56; cfr. También, Juan Pablo II, Carta Encíclica, *Dominum et vivificantem*, (DetV) (1986) nn. 23-53.
275 Cfr. Rom. 5,5; Gál. 4,6; cfr. también, Ladaria, L., *El Dios vivo y verdadero*, (Salamanca, 1998) 324-ss.
276 S. Ireneo, *Adv. Haer.* "II, 24,1: (PG. 7,870).
277 S. Juan Crisóstomo, *Hom. Pent.*, I,4: (PG. 53,97).
278 Cfr. LG. n.4.
279 Cfr. LG.n.7.
280 Cfr. Jn. 14, 16,26; 15,26.
281 Cfr. Hech. 1,14.
282 Cfr. Hech. 2,1-4.
283 S. Ireneo, *Adv. Haer.*, III, 4,1: (PG. 7,855).
284 AG. n.4.
285 *Ibid.* n.5.
286 Cfr. Hech. 16,14; AG. nn. 13.15.
287 EN. n.75.
288 *Ibid.*
289 *Ibid.*
290 *Ibid.*
291 *Ibid.*
293 RM. n. 21.
294 *Ibid.* n.24.
295 Cfr. Hech.2,42-47; 4, 32-35.
296 RM. n. 26.
297 RM. n.28; cfr. también: GS. nn. 10.11.22. 26.38.41.92-93; AG. nn. 3.11.15.
298 Jn.3,8.
299 RM. n.30.
300 Cfr. CEC. nn. 1091-1109.
301 *Ibid.* n. 1098.
302 CEC. n. 1108.
303 S. Juan Crisóstomo, *In Espist. I ad Corint.* " 41,4: (PG. 61,345).
304 S. Cirilo de Jerusalén, *Catecheses*, V, 7: (PG. 33,516).
305 S. Isidoro de Sevilla, *Etimologías*, VI, 19, 40-41.
306 PO, n. 5.
307 EE. n. 17.
308 PE. III.
309 PE. para niños II.
310 Cfr. LG. n.11.
311 Sínodo de los Obispos sobre la Eucaristía, *Proposición*, n.42: en 'Ecclesia', 3.284 (19-XI-2005) p.35.
312 EE. n. 22.
313 Benedicto XVI, en su primer mensaje (20-IV-2005), n. 4, en: *Boletín Oficial del Obispado de Ourense* (2005) p. 390.
314 CEC. n.1332.
315 Cfr. Jn. 15,5.
316 Lc. 24,23-25.
317 DD. n.45.
318 Mt. 28.10.
319 Cfr. Rom. 12,1.
320 ICor. 11,26.
321 Cfr. Mt. 10,1-25; Lc. 9,1-6; 10, 1-24.
322 Cfr. Mt.28, 16-20; Mc. 16,14-20.

- ³²³ Hech. 1,8.
³²⁴ Jn. 17,21-23.
³²⁵ IJn. 4,8.10.
³²⁷ Cfr. Conferencia Episcopal Española, *La Eucaristía, alimento del Pueblo Peregrino*, (1999).
³²⁸ GS. n.38.
³²⁹ Cfr. AG. n. 36.
³³⁰ LG. n.26.
³³² Ibid.
³³³ Cfr. Ibid.
³³⁴ Cfr. SC. n.10; AG. n.36; AA. nn. 3-7; PO. n.5.
³³⁵ Mc. 16,15-16; Mt. 28,18-19; Jn. 20,22-23; Hech. 1,8.
³³⁶ Benedicto XVI, Mensaje del Angelus, (2-10-2005), en 'Ecclesia', 3.282 (5-XI-2005), p.30.
³³⁷ OGM. n.1.
³³⁸ Cfr. SC. n. 10.
³³⁹ Precisamente el cap.V de los Lineamenta del último Sínodo de los Obispos sobre la Eucaristía llevaba por título: *Mistagogía eucarística para la Nueva Evangelización*.
³⁴⁰ Juan Pablo II, Exhortación Apostólica, *Pastores Gregis*, (PGr) (2003), n. 22.
³⁴² Juan Pablo II, Discurso a la Curia romana, (20-XII-1990), en 'Ecclesia' 2511 (19-1-1991) 18.
³⁴³ NMI. n.43.
³⁴⁴ LG. n.4.
³⁴⁵ Cfr. LG. nn.2-4.
³⁴⁶ NMI. n. 43.
³⁴⁸ Cfr. IPe. 2,4-8.
³⁴⁹ Cfr. ICor. 12,12-13.16.
³⁵⁰ Gál. 3,27-28; cfr. Col.3,11.
³⁵¹ IPe. 2,17.
³⁵² NMI. n.43.
³⁵³ Cfr. Ibid. nn.43.45.
³⁵⁴ Ibid. n.43.
³⁵⁵ ChL. n.20.
³⁵⁶ NMI. n.46.
³⁵⁷ EinE. n. 33.
³⁵⁸ Ibid. n. 39.
³⁶⁰ NMI. n.46.
³⁶¹ Quintero Fiuza, Luis; lc. n.3.
³⁶² ChL. n. 22.
³⁶³ PDV. n.15.
³⁶⁴ EinE. n. 36.
³⁶⁶ Juan Pablo II, Exhortación Apostólica, *Vita Consecrata*, (VC) (1996) n.1.
³⁶⁷ Cfr. ICor. 7,34.
³⁶⁸ VC. n. 5.
³⁶⁹ Cfr. Ibid. n.31.
³⁷¹ PGr. n.50.
³⁷² ChL. n.23.
³⁷³ Cfr. Jn. 17,16.
³⁷⁴ Concilio Vaticano II, Decreto, *Apostolicam Actuositatem* (AA), n.5.
³⁷⁶ Cfr. ChL. n. 15.
³⁷⁷ Cfr. Ibid. n.29; cfr. También, NMI. n.46.
³⁷⁸ AA. n.18.
³⁷⁹ Cfr. AA. nn. 19.15; LG. n. 37; Código de Derecho Canónico, (CIC), c.215.
³⁸⁰ Cfr. NMI. n.47.; Cfr. Benedicto XVI, Carta Encíclica, *Deus Caritas est* (DCE) (2006) n. 11.
³⁸¹ Ibid.
³⁸² Quintero Fiuza, Luis; lc. n.5.
³⁸³ Cfr. PDV. n. 41.
³⁸⁴ Cfr. LG. n. 10.
³⁸⁵ Cfr. EE. n.43.
³⁸⁶ S. Agustín, In Io.Evang. Tractatus, 26, 13: (PL 35, 1613); cfr. SC. n.47.
³⁸⁷ EE. n. 43.

- ³⁸⁸ Cfr. UR. n.2.
³⁸⁹ Cfr. Ibid. n.15.
³⁹⁰ Cfr. Ibid. n. 22.
³⁹¹ Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, Declaración, Dominus Iesus, (DI) (2000) n.17
³⁹² UR. n.8.
³⁹³ Cfr. Pontificio Consejo para la Promoción de la Unidad de los Cristianos, Directorio para la aplicación de los principios y normas sobre el ecumenismo, (1993) nn.122-136. En estos números se aborda el tema de la 'communicatio in sacris', especialmente la Eucaristía. A esta normativa se alude también en la Encíclica, EE, nn. 44-46.
³⁹⁴ Cfr. Ibid. n. 54.
³⁹⁵ RM. n.55.
³⁹⁶ Cfr. Comisión Teológica Internacional, El Cristianismo y las Religiones, (1996), (Madrid, 1998) 557-558.
³⁹⁷ Cfr. LG. n.16; GS.n.22; Concilio Vaticano II, Declaración Nostra aetate, (NA).
³⁹⁸ NMI.n. 56; cfr. DI; Cfr. EinE. n. 55.
³⁹⁹ Jn. 13,34.
⁴⁰⁰ Cfr. NMI. n. 42.
⁴⁰¹ Ap.2,1-3.
⁴⁰² EinE. nn.83.84.
⁴⁰³ Cfr. IJn.4,10.19; Jn. 13,1. Cfr. DCe (2005) n. 1
⁴⁰⁴ DCe. n. 29.
⁴⁰⁵ EinE. n. 85.
⁴⁰⁶ NMI. n. 49.
⁴⁰⁷ Mt. 25,35-36.
⁴⁰⁸ DCe. n. 15.
⁴⁰⁹ Cfr. Ibid. n.50; cfr. también, EinE. nn. 86-89.
⁴¹⁰ DCe. n. 1.
⁴¹² DCe. n. 13.
⁴¹³ CEC. n. 1397.
⁴¹⁵ Cfr. Lc. 14,15-ss.
⁴¹⁶ Cfr. ICor. 11,17.22.27.34.
⁴¹⁷ Cfr. Hech. 2,42-ss; St.2,1-ss.
⁴¹⁸ Cfr. Hech. 11,29; Gál. 2,9-ss; ICor. 16,1-4; IICor.8-9.
⁴¹⁹ Cfr. Rom. 15,27; IICor. 9,12-ss.
⁴²⁰ S. Justino, Apología, I, 67: (PG. 6,429). Cfr. DCe. nn. 22-23.
⁴²² Prefacio común, VIII.
⁴²³ Prefacio de la PE. V/c.
⁴²⁴ Prefacio de la PE. sobre la reconciliación II.
⁴²⁵ PE. V/b; cfr. también PE sobre la reconciliación II.
⁴²⁶ Prefacio III sobre la Cuaresma.
⁴²⁷ PE.V/b.
⁴²⁸ EE. n.20.
⁴²⁹ MND. n. 28.
⁴³⁰ Benedicto XVI, Homilía en Marienfeld en la Eucaristía de clausura de la XX Jornada Mundial de la Juventud (21-VIII-2005): en 'Ecclesia', 3.272-73 (27-VIII y 3-IX-2005), p. 41.
⁴³¹ El Papa cita expresamente a nuestro patrono, San Martín de Tours, como modelo de caridad, cfr. DCe. n. 40.

A EUCARISTÍA

FONTE DE VIDA ECLESIAL



A EUCARISTÍA

FONTE DE VIDA ECLESIAL

Carta Pastoral
do Bispo de Ourense
Luís Quinteiro Fiuza

Introducción	577
Capítulo I. <i>O misterio da Eucaristía</i>	578
1. A Eucaristía, un don de Deus	578
2. A Sagrada Eucaristía é un misterio de fe	579
3. Un misterio de luz	579
4. A presenza real do Señor na Eucaristía	581
5. A reserva eucarística e adoración do Santísimo Sacramento	583
6. A Eucaristía, sacramento do único sacrificio de Cristo	585
7. A Eucaristía é un verdadeiro banquete	588
Capítulo II. <i>A Eucaristía e a Igrexa</i>	591
1. Antecedentes da asemblea eucarística na historia da salvación	591
2. Eucaristía e Igrexa, unha relación constitutiva	593
3. María, muller “eucarística”	601
Capítulo III. <i>A Eucaristía e a misión da Igrexa</i>	603
1. A Igrexa, misterio de comunión	604
2. A Igrexa, misterio de comunión e de misión	606
3. O Espírito Santo, protagonista da misión	608
4. A Eucaristía, un eficaz descendimento do Espírito Santo	610
5. A Eucaristía, fonte e cumio da misión da Igrexa	611
Capítulo IV. <i>Os Cristiáns, Testigos do Amor no Mundo</i>	615
1. Trazos esenciais da espiritualidade de comunión	615
2. Variedade de vocacións	616
3. Eucaristía e movemento ecuménico	619
4. Diálogo interrelixioso e misión	620
5. Apostar pola caridade	621
6. Eucaristía e acollida ós máis pobres	623
Conclusión	625

INTRODUCCIÓN

1. Na Carta Apostólica «*Novo millennio ineunte*» de carácter programático, Xoán Paulo II, describe unha perspectiva de compromiso pastoral baseado na contemplación do rostro de Cristo: «*Os homes do noso tempo, quizais non sempre conscientemente, piden ós crentes de hoxe non só 'falar' de Cristo, senón en certo modo facérllelo 'ver'. ¿E non é quizais cometido da Igrexa reflecti-la luz de Cristo en cada época da historia e facer resplandecer tamén o seu rostro ante as xeracións do novo milenio? O noso testemuño sería, ademais, enormemente deficiente se nós non fosémo-los primeiros contempladores do seu rostro¹*». Dende a contemplación do rostro de Cristo pódese avanzar pola senda da santidade mediante a arte da oración. Este compromiso pastoral «*céntrase, en definitiva, en Cristo mesmo, ó que hai que coñecer, amar e imitar, para vivir nel a vida trinitaria e transformar con el a historia ata o seu perfeccionamento na Xerusalén celeste²*».

Neste marco pastoral ten que situarse a contemplación do rostro eucarístico de Cristo. Neste sentido, a nosa Diocese viviu con gozo o Ano da Eucaristía, durante o que compartimos celebracións e acontecementos singulares, entre os que cabe destaca-la realización na nosa Catedral da exposición «*Camiño de Paz. Mane Nobiscum Domine*». Unha oportunidade que, sen interrompe-lo propio camiño pastoral, permitiunos acentuar «*a dimensión eucarística propia de toda a vida cristiá³*». Non hai que esquecer que «*a mirada da Igrexa diríxese continuamente ó seu Señor, presente no Sacramento do altar, no que descobre a plena manifestación do seu inmenso amor⁴*». En efecto, a Eucaristía é fonte, centro e cumio tanto da vida do cristián como da vida da Igrexa e, en consecuencia, da súa pastoral⁵. A experiencia gozosa e fonda do Ano da Eucaristía representa para nós un programa pastoral para vivi-la fe cristiá neste momento histórico. Por este motivo, despois de recibir con inmenso gozo, con toda a Igrexa, a primeira Encíclica do Santo Pai, Benedicto XVI, «*Deus Caritas est*», desexo

entregarvos esta Carta Pastoral sobre a Eucaristía, fonte de vida eclesial. Nela quero amosa-las dimensións fundamentais do misterio eucarístico do que a súa celebración é tan decisiva para a vida cristiá e para o exercicio da Caridade.

I.

O MISTERIO DA EUCARISTÍA

2. O misterio da Eucaristía, tan extraordinariamente rico, inclúe diversas dimensións intimamente unidas entre si. Ó falar da institución da Eucaristía e da súa relación co misterio pascual, afirma o Concilio Vaticano II: «*O noso Salvador, na derradeira Cea, a noite que o traizoaban, instituíu o sacrificio eucarístico do seu Corpo e Sangue, co que ía perpetuar polos séculos, ata a súa vinda, o sacrificio da cruz e confiar á súa Esposa, a Igrexa, o memorial da súa morte e resurrección: sacramento de piedade, signo de unidade, vínculo de caridade, banquete pascual, no que se recibe como alimento a Cristo, a alma échese de gracia e dásenos unha prenda da gloria vindeira*⁶». O texto conciliar recolle os aspectos fundamentais do misterio eucarístico. Pódese afirmar que a Eucaristía é a actualización e recapitulación sacramental de todo o misterio cristián. É o legado recapitulador da vida, morte e resurrección de Xesus Cristo; é glorificación de Deus e salvación para o ser humano; vivencia persoal á vez que eclesial; don ó mesmo tempo que tarefa. A Igrexa contemplou sempre na Eucaristía o misterio central da súa fe. É evidente que este misterio non pode ser entendido a partir dun só dos seus aspectos. De modo conciso desexo subliñar algunhas dimensións do único misterio eucarístico.

1) A Eucaristía, un don de Deus

3. O sacramento da Eucaristía é a manifestación do amor fontal do Pai que envía ó seu Fillo e ó Espírito Santo para a nosa salvación. Na celebración da Santa Misa actualizámo-la historia da salvación onde actúan a Trindade Santa. A institución da Eucaristía condúcenos ó Cenáculo onde se atopa o Señor cos seus discípulos. En efecto, «*para deixarlles unha prenda deste amor, para non afastarse nunca dos seus e face-los partícipes da súa Pascua, (o Señor) instituíu a Eucaristía como memorial da súa morte e da súa resurrección e ordenou ós seus apóstolos celebralo ata o seu retorno, constituíndoos entón sacerdotes do Novo testamento*⁷». Non se trata dun don entre outros moitos, aínda que sexa moi valioso, senón do «don por excelencia». Con palabras que zumegan unha intensa emoción Xoán Paulo II, preguntábase: «*¿Que máis podía facer Xesús por nós? Verdadeiramente, na Eucaristía amósanos un amor que chega ‘ata o extremo’ (Xn.13,1), un amor que non coñece medida*»⁸. O Concilio Vaticano II describe desta forma a inmensa riqueza do don da Eucaristía: «*E é que na santísima Eucaristía contense todo o ben espiritual da Igrexa, a saber, Cristo mesmo, a nosa Pascua e Pan vivo polo seu carne, que dá a vida ós homes, vivificada e vivificante polo Espírito Santo*»⁹.

2) A Sagrada Eucaristía é un misterio de fe

4. O sacerdote despois da consagración exclama: «*Este é o misterio da nosa fe*». O pobo fiel contesta con esta aclamación: «*Anunciámo-la túa morte, proclamámo-la túa resurrección, ¡ven, Señor Xesús!*». A Eucaristía é o misterio ó que debemos achegarnos «*con humilde reverencia, non buscando razóns humanas que deben calar, senón adheríndonos firmemente á Revelación divina*»¹⁰. Este misterio supera totalmente a luz da intelixencia humana, só pode ser acollido e contemplado cos ollos da fe. Os Santos Pais e Doutores da Igrexa destacaron esta dimensión da Eucaristía. S. Xoán Crisóstomo fala desta realidade con termos claros e precisos: «*Inclinémonos ante Deus, e non o contradigamos aínda cando o que El di poida asemellar contrario á nosa razón e á nosa intelixencia, senón que a súa palabra prevaleza sobre a nosa razón e intelixencia. Observemos esta mesma conducta respecto ó misterio eucarístico, non considerando soamente o que cae baixo os sentidos, senón atendendo ás súas palabras, porque a súa palabra non pode enganar*»¹¹. S. Cirilo de Xerusalén, exhorta ós fieis con estas palabras: «*Non vexas no pan e no viño meros e naturais elementos, porque o Señor dixo expresamente que son o seu corpo e o seu sangue: a fe asegúrachos, aínda que os sentidos che suxiran outra cousa*»¹². Os fieis cristiáns, facéndose eco das palabras de Santo Tomé de Aquino, cantan frecuentemente: «*En ti engánase a vista, o tacto, o gusto; soamente se cre ó oído con certeza. Creo o que dixo o Fillo de Deus, pois non hai nada máis verdadeiro que a Palavra da verdade*»¹³. Cristo na Eucaristía está realmente presente e vivo e actúa co seu Espírito¹⁴.

Ó longo da historia da Igrexa, a teoloxía realizou notables esforzos para amosalo xenuíno sentido desta verdade. A tarefa teolóxica ten que conxuga-lo exercicio crítico do pensamento coa fe vivida da Igrexa¹⁵. Paulo VI, despois de loa-los notables esforzos dos teólogos, advirte con toda claridade que «*toda explicación teolóxica que tente buscar algunha intelixencia deste misterio, debe manter, para estar de acordo coa fe católica, que na realidade mesma, independente do noso espírito, o pan e o viño deixaron de existir despois da consagración, de sorte que o Corpo e a Sangue adorables de Cristo Xesús son os que están realmente diante de nós*»¹⁶.

3) Un misterio de Luz

5. Xoán Paulo II presentou o ano da Eucaristía seguindo a icona dos dous discípulos de Emaús¹⁷. O camiño emprendido por estes dous discípulos é tamén o camiño do home de hoxe. En efecto, «*No camiño das nosas dúbidas e inquedanzas, e á veces das nosas amargas desilusións, o divino Camiñante segue facéndose o noso compañeiro para nos introducir, coa interpretación das Escrituras, na comprensión dos misterios de Deus*»¹⁸. Durante a súa vida pública Xesús presentouse a si mesmo como a verdadeira e única luz do mundo: «*Eu son a luz do mundo. O que me segue non camiñará a escuras, senón que terá a luz da vida*»¹⁹. O signo da curación do cego de nacemento adquire neste punto unha significación especial. Xesús declara entón: «*Mentres estou no mundo eu son a luz do mundo*»²⁰. De feito El veu ó mundo para ser luz: «*Eu viñen ó mundo como luz, para que todo o que cre en min non siga en*

tebras»²¹. Ante a persoa de Xesús é necesario decidirse. A luz é incompatible coa tebra. Así o drama que se establece ante Xesús é un enfrontamento da luz e das tebras. A luz brilla nas tebras²² e o mundo trata de sufoca-la luz, porque as súas obras son malas. Cando Xudas sae do Cenáculo, para entregar a Xesús, o evanxelista nota intencionadamente: «*Era de noite*»²³; o mesmo Xesús ó ser arrestado declara: «*Esta é a vosa hora e o poder das tebras*»²⁴.

No relato da aparición ós dous discípulos de Emaús atopamos unha clave para falar da Eucaristía como misterio de luz. En efecto, «*a Eucaristía é luz, ante todo, porque en cada Misa a liturxia da Palabra de Deus precede á liturxia eucarística, na unidade das dúas 'mesas', a da Palabra e a do Pan*»²⁵. Este é o mesmo ritmo que se nos presenta na narración do encontro do Resucitado cos discípulos. O Señor intervén para amosar «*comezando por Moisés e seguindo polos profetas, como toda a Escritura leva ó misterio da súa persoa*»²⁶. As palabras do Resucitado fan 'arder' os corazóns dos discípulos, rescatandos da tristura da escuridade e desesperación e suscitan o desexo intenso de permanecer con El: «*Quédate connosco, Señor*»²⁷.

Ó falar das diversas presencias de Cristo na Igrexa, o Concilio Vaticano II ensina que «*está presente na súa palabra, pois é El mesmo o que fala cando se le na Igrexa a Sagrada Escritura*»²⁸. Sen perder de vista que «*a liturxia da palabra e a eucarística, están tan intimamente unidas que constitúen un só acto de culto*»²⁹, desexo subliña-la importancia da mesa da Palabra dentro da celebración eucarística. Hai que recoñecer que actualmente 'os tesouros bíblicos' son máis alcanzables para tódolos fieis³⁰. A proclamación da Palabra de Deus no contexto da Asemblea litúrxica favorece ante todo o diálogo de Deus co seu pobo. A ensinanza conciliar é moi clara ó respecto: «*Nos Libros sagrados, o Pai, que está no ceo, sae amorosamente ó encontro dos seus fillos para conversar con eles. E é tan grande o poder e a forza da Palabra de Deus, que constitúe sustento e vigor da Igrexa, firmeza de fe para os seus fillos, alimento da alma, fonte límpida e perenne de vida espiritual*»³¹. Máis concretamente, cando proclamámo-la Palabra de Deus na liturxia, Cristo en persoa fálanos³².

6. Transcorridos corenta anos dende a clausura do Concilio Vaticano II e ó finaliza-lo ano da Eucaristía, sería oportuno revisar persoal e comunitariamente «*de que maneira se proclama a Palabra de Deus, así como o crecemento efectivo do coñecemento e do aprecio pola Sagrada Escritura no Pobo de Deus*»³³. Xoán Paulo II amosábase moi realista á hora de facer dita revisión. Situábase nas circunstancias precisas que preceden e están presentes na celebración litúrxica. Velaquí as súas palabras: «*En efecto, non abonda que os fragmentos bíblicos se proclamen nunha lingua coñecida se a proclamación non se fai co coidado, preparación previa, escoita devota e silencio meditativo, tan necesarios para que a Palabra de Deus toque a vida e a ilumine*»³⁴. Estas advertencias tan concretas supoñen para nós un compromiso activo a reflexionar previamente sobre a Palabra de Deus, a escoitala atentamente na celebración e a practicala na nosa vida cotiá.

Na mesa da Palabra aprendemos diariamente a vivir como fillos da luz. A Palabra de Deus ten que ser para un crente como a lámpada que alumea os seus pasos. Deus

é quen «*nos chamou das tebras a súa admirable luz*»³⁵. Noutro tempo eramos tebras, agora somos luz no Señor³⁶. O froito apetecido da luz é todo o que é bo, xusto e verdadeiro. É necesario camiñar na luz para estar en comunión con Deus que é do todo luz, sen mestura algunha de tebra³⁷. O criterio básico para saber se camiñamos na luz é o amor fraterno: «*Quen ama ó seu irmán permanece na luz e nada lle fará tropezar*»³⁸. En consecuencia, «*Deus, ó comunica-la súa Palabra, agarda a nosa resposta; resposta que Cristo deu xa por nós co seu 'Amén' (cfr. II Cor. 1,20-22) e que o Espírito Santo fai resoar en nós de modo que o que se escoitou impregne fondamente a nosa vida*»³⁹.

4) A presenza real do Señor resucitado na Eucaristía

7. Tódolos aspectos do misterio eucarístico «*conflúen no que máis pon a proba a nosa fe: o misterio da presenza real*»⁴⁰. Cremos firmemente que baixo as especies eucarísticas está realmente presente o Señor. Esta é a fe da Igrexa que afonda as súas raíces na mesma Verdade revelada.

a) Na fonte da Sagrada Escritura

8. Nos relatos da institución da Eucaristía indicásenos que Xesús dáse a si mesmo baixo as aparencias de pan e de viño como o novo sacrificio pascual (carne e sangue) para a comida⁴¹. Tamén no cuarto evanxeo afirmase esta presenza real sacramental de Cristo na Eucaristía⁴². Por vontade do Pai é o mesmo Xesús quen dá a come-la súa carne e a bebelo seu sangue: «*O meu Pai é quen vos dá a vós o verdadeiro pan do ceo... O pan que eu darei é a miña carne para a vida do mundo*»⁴³. Dos datos bíblicos agroma a convicción de que Cristo se fai realmente presente na Eucaristía para dar ós seus discípulos, nas especies de pan e de viño, o seu propio corpo e sangue como alimento e bebida⁴⁴. Dende esta perspectiva de presenza e doazón os apóstolos Xoán e Paulo sacaron algunhas consecuencias para a vida persoal e comunitaria do crente. San Xoán insiste na dimensión persoal: «*O que come a miña carne e bebe o meu sangue vive en min e eu nel. O Pai, que me enviou, posúe a vida, e eu vivo por El. Así tamén, o que me coma vivirá por min*»⁴⁵. San Paulo incide especialmente na perspectiva comunitaria: «*Pois se o pan é un só e todos participamos dese único pan, todos formamos un só corpo*»⁴⁶.

b) O testemuño dos Pais da Igrexa

9. Dende os primeiros séculos, os Pais da Igrexa, fronte ás afirmacións de carácter gnóstico, afirmaron a presenza real de Cristo na Eucaristía con diversas expresións. Son abundantes os testemuños ó respecto. Eles afirmaron con forza a fe da Igrexa na eficacia da Palabra de Cristo e da acción do Espírito Santo para obra-la conversión do pan e do viño no Corpo e no Sangue do Señor. Fronte ó pensamento gnóstico de carácter dualista, S. Ireneo subliña, por unha parte, a encarnación e resurrección de Cristo e, por outra, a Eucaristía e a resurrección final: o pan e o viño, parte deste cosmos material, foron asumidos para un sacramento salvador polo mesmo Cristo e dánno-la garantía da resurrección corporal. Velaquí as súas palabras: «*En cambio, as*

nosas crenzas están en harmonía coa Eucaristía e a súa vez a Eucaristía é confirmación das nosas crenzas. Porque ofrecémo-lo que é del, proclamando dunha maneira consecvente a comunidade e a unidade que se dá entre a carne e o espírito. E así como o pan que procede da terra, ó recibi-la invocación de Deus, xa non é pan común, senón Eucaristía, composta de dúas cousas, a terrea e a celestial, así tamén os nosos corpos cando recibiron a Eucaristía, xa non son corruptibles, senón que teñen a esperanza da resurrección»⁴⁷. Pola súa parte, S. Xoán Crisóstomo sostén: «Non é o home quen fai que as cousas ofrecidas se convertan en Corpo e Sangue de Cristo, senón Cristo mesmo que foi crucificado por nós. O sacerdote, figura de Cristo, pronuncia estas palabras, pero a súa eficacia e a súa gracia proveñen de Deus. ‘Isto é o meu corpo’, di. Esta palabra transforma as cousas ofrecidas»⁴⁸.

c) as afirmacións do Maxisterio da Igrexa

10. O Maxisterio da Igrexa, expresou esta verdade de fe en diversas ocasións. Lembrarei algunhas afirmacións que considero fundamentais. O Concilio de Trento ensina o sentido verdadeiro e íntegro do misterio eucarístico. Os Pais conciliares de Trento sosteñen que no sacramento da Eucaristía están «*contidos verdadeira, real e substancialmente o Corpo e o Sangue xunto coa alma e a divindade do noso Señor Xesus Cristo, e, por conseguinte, Cristo enteiro*»⁴⁹. O Concilio tridentino fala, pois, de presenza real, verdadeira e substancial de Cristo, verdadeiro Deus e verdadeiro home, baixo a aparencia sensible do sacramento. Ademais, apoiándose nas palabras de Cristo, o Concilio de Trento ensina que a Igrexa sempre tivo a persuasión de «*que pola consagración do pan e do viño realízase a conversión de toda a sustancia do pan na sustancia do Corpo de Cristo o noso Señor, e de toda a sustancia do viño na sustancia do seu sangue. Esta conversión foi chamada oportuna e propiamente, pola Igrexa católica, transubstanciación*»⁵⁰.

Sobre a presenza real, o Concilio Vaticano II afirma que a Eucaristía é memorial do sacrificio da cruz: «*Cristo instituíu o sacrificio eucarístico do seu corpo e sangue, co que ía perpetuar polos séculos, ata a súa volta, o sacrificio da cruz, e a confiar así á súa Esposa, a Igrexa, o memorial da súa morte e resurrección*»⁵¹.

11. Paulo VI faise eco das diferentes presencias que Cristo ten na Igrexa⁵² e, no contexto destas resalta a peculiaridade da presenza eucarística: «*Esta presenza chámase ‘real’ non por exclusión, como se as demais non fosen ‘reais’, senón por antonomasia, xa que é substancial, xa que por ela certamente se fai presente Cristo, Deus e home, enteiro e íntegro*»⁵³. Seguindo a tradición viva da Igrexa, afirma que só en virtude do cambio substancial do pan e do viño se pode afirmar que os elementos eucarísticos son o corpo e o sangue de Cristo⁵⁴. Unha vez realizada esta conversión substancial, pódese dicir que as especies de pan e de viño adquiren un novo significado, porque conteñen unha nova realidade. Así declarábo Paulo VI con estes termos tan precisos: «*Realizada a transubstanciación, as especies de pan e viño adquiren, sen dúbida, un novo significado e un novo fin, posto que xa non son o pan ordinario e a ordinaria bebida, senón o signo dunha cousa sagrada, signo dun alimento espiritual;*

pero en tanto adquieren un novo significado e un novo fin en canto conteñen 'unha realidade' que con razón denominamos ontolóxica. Porque baixo ditas especies xa non existe o que había antes, senón unha cousa completamente diversa; e isto non unicamente polo xuízo da Igrexa, senón pola realidade obxectiva, posto que, convertida a substancia ou natureza do pan e do viño no corpo e o sangue de Cristo, non queda xa nada do pan e do viño, senón as soas especies»⁵⁵. Paulo VI recalca que esta presenza ten lugar na realidade obxectiva, máis aló da fe dos crentes.

A conexión entre a presenza real e a transubstanciación aparece moi resaltada no «Credo do Pobo de Deus». Paulo VI despois de afirma-la presenza verdadeira, real e substancial do Señor na Eucaristía⁵⁶, sostíña: «*Neste sacramento, Cristo non pode facerse presente doutra maneira que pola conversión de toda a substancia de pan no seu corpo e a conversión de toda a substancia de viño no seu sangue, permanecendo soamente íntegras as propiedades do pan e do viño que percibimos polos nosos sentidos. Esta conversión misteriosa é chamada pola santa Igrexa, conveniente e propiamente, transubstanciación*»⁵⁷. O Papa desexaba amosar que o cambio ten lugar «*na mesma natureza das cousas, independentemente do coñecemento do crente*»⁵⁸. Posteriormente, o Catecismo da Igrexa Católica e Xoán Paulo II faláron da presenza real do Señor na Eucaristía nos mesmos termos, citando expresamente a doutrina do Concilio de Trento e de Paulo VI⁵⁹. Na Eucaristía actualizámo-lo misterio pascual de Cristo. En efecto, como nos di o Santo Pai, «*despois da consagración, a Asemblea dos fieis, consciente de estar ante a presenza real de Cristo crucificado e resucitado, fai esta aclamación: Anunciámo-la túa morte, proclamámo-la túa resurrección, ¡ven Señor Xesús!. Cos ollos da fe a comunidade reconece a Xesús vivo cos signos da súa paixón e, xunto con Tomé chea de marabilla, pode repetir: Señor meu e Deus meu (Xn.20,28)*»⁶⁰.

5) A reserva eucarística e adoración do Santísimo Sacramento

12. Como unha consecuencia lóxica da fe na peculiar presenza real de Cristo na Eucaristía, a Igrexa lexitimou a práctica da reserva eucarística. En efecto, «*a presenza eucarística de Cristo comeza no momento da consagración e dura todo o tempo que subsistan as especies eucarísticas*»⁶¹. A Igrexa primitiva solicitaba ós fieis a conservar con suma dilixencia a Eucaristía que levaban ós enfermos. Así nolo lembra o Catecismo da Igrexa Católica: «*O sagrario (tabernáculo) estaba primeiramente destinado a gardar dignamente a Eucaristía para que puidese ser levada ós enfermos e ausentes fóra da misa*»⁶². Paulo VI con palabras sinxelas pero moi sentidas lembrábanos que «*a Eucaristía é conservada nos templos e oratorios como o centro espiritual da comunidade relixiosa e parroquial, máis aínda, da Igrexa universal e de toda a humanidade, posto que baixo o veo das sagradas especies contén a Cristo, Cabeza visible da Igrexa, Redentor do mundo, centro de tódolos corazóns, 'por quen son tódalas cousas e nós por El' (I Cor.8,6)*»⁶³. Esta presenza sacramental é unha manifestación elocuente do amor ata o extremo do Fillo de Deus por nós: «*Posto que Cristo ía deixar ós seus baixo a súa forma visible, quixo*

dárno-la súa presenza sacramental; posto que ía ofrecerse na cruz pola nosa salvación, quixo que tivesémo-lo memorial do amor con que nos amara 'ata a fin' (Xn.13,1), ata o don da súa vida. En efecto, na súa presenza eucarística permanece misteriosamente en medio de nós como quen nos amou e se entregou por nós, e quédase baixo os signos que expresan e comunican este amor»⁶⁴.

13. A Igrexa manifesta a súa fe na presenza real do Señor na Eucaristía non soamente durante a Santa Misa, senón tamén fóra da súa celebración. Cristo no tabernáculo é para nós unha chamada continúa ó encontro persoal con El. Supón unha invitación a reproducir en nós os seus mesmos sentimentos⁶⁵. ¿Como esquecer a Cristo presente no sagrario? Se Cristo quixo regalarnos esta presenza tan singular, ¿non será que a través dela quere establecer connosco un diálogo moi persoal? Se somos sinceros temos que recoñecer que debemos moito ó trato íntimo con Cristo presente no sagrario. Desexo lembrar varios testemuños moi esclarecedores ó respecto.

Paulo VI advertíanos: *«Durante o día, os fieis non omitan face-la visita ó Santísimo Sacramento, que debe estar reservado no seu lugar dignísimo, coa máxima honra nas Igrexas, conforme ás leis litúrxicas, posto que a visita é proba de gratitude, signo de amor e deber de adoración a Cristo o noso Señor alí presente»⁶⁶*. Seguidamente destacaba o carácter dinámico desta presenza que transforma a nosa existencia cotiá: *«Pois día e noite (Cristo) está en medio de nós, habita connosco, cheo de gracia e de verdade (cfr.Xn.1,14); ordena os costumes, alimenta as virtudes, consola ós aflixidos, fortalece ós febles, convida á súa imitación a tódolos que se achegan a El, a fin de que co seu exemplo aprendan a ser mansos e humildes de corazón e a buscar non as propias cousas, senón as de Deus»⁶⁷*. A visita ó Santísimo desenvólvese nun clima de diálogo de amor con quen sabemos que nos amou ata a morte, e morte de Cruz. É unha conversa que nos axuda eficazmente a camiñar pola senda da santidad: *«Calquera, pois, que se dirixe ó augusto sacramento eucarístico con particular devoción e esfórzase en amar, a súa vez, con prontitude e xenerosidade a Cristo, que nos ama infinitamente, experimenta e comprende a fondo, non sen grande gozo e aproveitamento de espírito, o preciosa que é a vida agochada con Cristo en Deus (cfr.Col.3.3) e canto vaia establecer conversas con Cristo; non hai cousa máis suave que esta, nada máis eficaz para percorre-lo camiño da santidad»⁶⁸*.

Anos máis tarde, Paulo VI cualificaba a adoración do Santísimo Sacramento como de verdadeira obriga: *«Estamos obrigados, por obriga certamente suavísima, a honrar e adora-la hostia santa que os nosos ollos ven, ó mesmo Verbo encarnado que estes non poden ver e que, sen embargo, se fixo presente diante de nós sen deixá-los ceos»⁶⁹*.

14. Xoán Paulo II apremábanos tamén ó culto de adoración que se dá á Eucaristía fóra da Santa Misa. Considerábo dun valor inestimable na vida da Igrexa. A adoración debe manterse permanentemente como algo necesario para a vida das comunidades cristiás: *«A Igrexa e o mundo teñen unha gran necesidade do culto eucarístico. Xesús agárdanos neste sacramento do amor. Non escatimemos tempo para ir atopalo na adoración, na contemplación chea de fe e aberta a repara-las graves faltas e delictos do mundo. Non cese nunca a vosa adoración»⁷⁰*. É necesario crecer no 'arte da oración' que se vai

descubriendo no trato persoal e íntimo con Cristo presente no sagrario: «*É fermoso estar con El e, reclinados sobre o seu peito como o discípulo predilecto (cfr.Xn.13,25), palpa-lo amor infindo do seu corazón. Se o cristianismo ten que se distinguir no noso tempo sobre todo pola 'arte da oración' (cfr.NMI. n.32) ¿como non sentir unha renovada necesidade de estar longos ratos en conversa espiritual, en adoración silenciosa, en actitude de amor, ante Cristo presente no Santísimo Sacramento?*»⁷¹. El falábanos do diálogo espiritual con Xesús Sacramentado dende a súa propia experiencia: *¡Cantas veces, os meus queridos irmáns e irmás, fixen esta experiencia e nela atopei forza, consolo e apoio!*»⁷². Con motivo da XX Xornada Mundial da Xuventude, o Santo Pai Benedicto XVI falábanos así da adoración: «*A palabra latina adoración é 'ad-oratio', contacto boca a boca, bico, aberta e, por tanto, en resumo, amor. A submisión faise unión, porque aquela a quen nos sometemos é Amor... Volvamos de novo á Última Cea*»⁷³. Precisamente o Sínodo dos Bispos sobre a Eucaristía, «*recoñecendo os múltiples froitos da adoración eucarística na vida do pobo de Deus*», pide que «*sexa mantida e promovida, segundo as tradicións, tanto da Igrexa latina como das Igrexas orientais*»⁷⁴.

15. Estes testemuños consideran á Eucaristía como un tesouro inestimable que nos ofrece a posibilidade de achegarnos ó manancial da gracia. En consecuencia, «*Unha comunidade cristiá que queira ser máis capaz de contempla-lo rostro de Cristo, no espírito que suxerín nas Cartas Apostólicas Novo millennio ineunte e Rosarium Virginis Mariae, ten que desenvolver tamén este aspecto do culto eucarístico, no que se prolongan e multiplican os froitos da comunión do corpo e sangue do Señor*»⁷⁵.

Convén fomentar, tanto na celebración da Santa Misa como no culto fóra dela, a conciencia viva da presenza real de Cristo, tratando de testemuñala co ton da voz, cos xestos, co modo de comportarse⁷⁶. Non hai que esquecer que a adoración eucarística nace do sentimento fondo de acción de grazas e de recoñecemento porque Cristo, Deus e home, está realmente presente entre nós. A presenza persoal de Cristo na Eucaristía xustifica por si mesma a nosa gratitude e a nosa adoración. Adórase porque se cre firmemente que Cristo está entre nós dunha forma singular no sagrario. Non hai nada que engrandezca tanto á persoa humana como axeonllarse ante o Santísimo. Este é realmente o misterio da nosa fe.

6) A Eucaristía, sacramento do único sacrificio de Cristo

16. Entre as denominacións do misterio eucarístico noméase o de '*Santo Sacrificio*' porque actualiza o único sacrificio de Cristo Salvador e inclúe a ofrenda da Igrexa; ou tamén *Santo Sacrificio da Misa*, '*sacrificio de loanza*' (Hch.13,15), *sacrificio espiritual, sacrificio puro e santo, posto que completa e supera tódolos sacrificios da Antiga Alianza*»⁷⁷. O Catecismo da Igrexa Católica recolle os diversos cualificativos que a Sagrada Escritura dá ó Sacrificio da Misa.

a) Na Eucaristía actualízase o mesmo sacrificio de Cristo

17. A Eucaristía é verdadeiro sacrificio por ser memorial da Pascua de Cristo. O carácter sacrificial da Eucaristía lémbrennollos as mesmas palabras da institución:

«*Isto é o meu Corpo que será entregado por vós*» e «*Esta copa é a nova Alianza no meu sangue, que será derramada por vós (Lc.22, 19-20)*». Así pois, «*na Eucaristía, Cristo dá o mesmo corpo que por nós entregou na cruz e o sangue mesmo que ‘derramou por moitos...para a remisión dos pecados’ (Mt.26,28)*»⁷⁸.

Na Santa Misa faise presente o sacrificio da cruz, porque é o seu memorial e gracias a el os homes poden acolle-lo seu froito⁷⁹. O Catecismo da Igrexa Católica, para explicitar esta verdade eucarística, remítenos a un texto básico do Concilio de Trento onde se describe con certo detalle o carácter sacrificial da Eucaristía: «*Cristo, o noso Deus e Señor (...) ofreceuse a Deus Pai (...) unha vez por todas, morrendo como intercesor sobre o altar da cruz, a fin de realizar para eles (os homes) unha redención eterna. Sen embargo, como a súa morte non podía poñer fin ó seu sacerdocio (Heb.7,24.27), na última Cea, ‘a noite en que foi entregado’ (ICor.11,23), quixo deixar á Igrexa, a súa esposa amada, un sacrificio visible (como o reclama a natureza humana) (...) onde sería representado o sacrificio sanguento que ía realizarse unha única vez na cruz, do que a súa memoria se perpetuaría ata o fin dos séculos e do que a súa virtude saudable se aplicaríase á redención dos pecados que cometemos cada día*»⁸⁰. Desta forma, mediante a Eucaristía chega ós homes de hoxe a gracia da reconciliación obtida por Cristo dunha vez para sempre⁸¹. Así o sacrificio de Cristo e o da Eucaristía son un único sacrificio, porque «*É unha e a mesma vítima, que se ofrece agora polo ministerio dos sacerdotes que se ofreceu a si mesma entón na cruz. Só difire a maneira de ofrecer*»⁸².

b) A Eucaristía, sacrificio da Igrexa

18. A Eucaristía é tamén sacrificio da Igrexa, porque os seus membros se ofrecen a si mesmos xunto coa Vítima divina⁸³. Na Eucaristía o sacrificio de Cristo e ofrecémolo nel e con El, presentámolo ante o Pai e participamos na súa mesma actitude de sacrificio pascual e de auto-ofrenda. O sacrificio pascual prolóngase na historia no Corpo de Cristo. É o sacrificio tamén da comunidade unida a Cristo. Con elo a Igrexa non pretende facer unha obra súa, meritória. Non se tenta facer un novo sacrificio ó lado do de Cristo. Ó contrario, a Igrexa é e vive polo Espírito do sacrificio de Cristo, acolléndoo na fe, desenvolvendo toda a súa virtualidade, asociándose activamente a el. A Igrexa é consciente de que só o pode facer «*en memoria del*» e o que ela fai ten eficacia só «*por el, con el e nel*». Os crentes aceptan fondamente o acontecemento da Cruz de Cristo e déixanse penetrar pola súa forza salvadora. A Igrexa é, vive e celebra o memorial do sacrificio pascual co seu Señor e Esposo. Isto acontece sacramentalmente no xesto eucarístico, pero tamén se realiza na súa vida enteira. Ó sacrificio ritual correspóndelle o sacrificio vivencial, espiritual, da ofrenda de toda a vida⁸⁴. Neste sentido trátase de vivir a fondo as esixencias eucarísticas do sacerdocio común de tódolos bautizados. A vida de Cristo foi unha entrega ofrecida ó Pai por tódolos homes. Toda a súa vida foi unha verdadeira «*diakonía*» que culmina coa súa paixón e morte na Cruz.

Toda a Igrexa únese á ofrenda e á intercesión de Cristo. A Igrexa que peregrina neste mundo, pastores e fieis, participa na celebración do sacrificio eucarístico de

Cristo: «Encargado do ministerio de Pedro na Igrexa, o Papa é asociado a toda celebración da Eucaristía na que é nomeado como signo e servidor da unidade da Igrexa universal. O Bispo do lugar é sempre responsable da Eucaristía, incluso cando é presidida por un presbítero; o nome do Bispo pronúnciase nela para significa-la súa presidencia da Igrexa particular en medio do presbiterio e coa asistencia dos diáconos. A comunidade intercede tamén por tódolos ministros que, por ela e con ela, ofrecen o Sacrificio Eucarístico»⁸⁵. A Igrexa celebra o santo Sacrificio da Misa como comunidade xerárquica. Cada membro participa activamente dende a súa misión concreta na comunidade cristiá.

19. Os membros que gozan da gloria do ceo únense tamén á ofrenda de Cristo. Na celebración eucarística estamos en comunión «coa santísima Virxe María e facendo memoria dela, así como de tódolos santos e santas. Na Eucaristía, a Igrexa, con María, está como ó pe da cruz, unida á ofrenda e á intercesión de Cristo»⁸⁶. Xoán Paulo II convidábanos a todos a entrar na escola de María, Muller «eucarística»⁸⁷. Tamén se ofrece o sacrificio eucarístico «polos fiéis defuntos que morreron en Cristo e aínda non están plenamente purificados, para que poidan entrar na luz e a paz de Cristo»⁸⁸. Considero moi oportuno lembrar aquela recomendación tan cheo de fe de santa Mónica dirixida a santo Agostiño e ó seu irmán pouco antes de finar: «Enterrade este corpo onde queira, e non teñades máis coidado del; o que unicamente vos pido e vos encomendo moi de veras é que vos acordedes de min no altar do Señor, onde queira que vos atopedes»⁸⁹. É moi consoladora a verdade da comunión dos santos que non se rompe nin sequera coa morte: «A unión dos viadores cos irmáns que se durmiron na paz de Cristo, de ningunha maneira se interrompe, antes ben, segundo a constante fe da Igrexa, robustécese coa comunicación de bens espirituais»⁹⁰. Na Eucaristía actualizamos sacramentalmente a comunión entre tódolos membros do Corpo de Cristo.

Na celebración litúrxica alcanza a súa verdadeira expresión o carácter sacrificial da Eucaristía sobre todo nas anáforas. Nelas únese a anamnese coa acción de grazas como sacrificio vivo e santo, á vez que se afirma que a ofrenda da Igrexa está unida á vítima inmolada que nos reconcilia, e transforma a nosa vida en ofrenda permanente: «Así pois, Pai, ó celebrar agora o memorial da paixón salvadora do teu Fillo (...), ofrecémosche, nesta acción de grazas, o sacrificio vivo e santo. Dirixe a túa ollada sobre a ofrenda da túa Igrexa, e recoñece nela a Vítima que pola súa inmolación quixeches devolvérno-la túa amizade (...). Que El nos transforme en ofrenda permanente»⁹¹. Na santa Misa ofrécese o único sacrificio agradable polo que Cristo nos redimiu, pero un sacrificio que o mesmo Deus «preparou á súa Igrexa», para unha salvación actual que se estende a tódolos homes e tamén ós defuntos⁹². Nas diversas anáforas destácanse a dimensións cristolóxica («Dirixe a túa ollada, Pai santo, sobre esta ofrenda: é Xesus Cristo que se ofrece co seu corpo e co seu sangue e, por este sacrificio ábreño-lo camiño cara ti») ⁹³ pneumatolóxica sen a cal non hai Eucaristía («santifica estes dons coa efusión do teu Espírito») ⁹⁴ e eclesiolóxica do sacrificio eucarístico («Acéptanos tamén a nós, Pai santo, xuntamente coa ofrenda do teu Fillo») ⁹⁵.

7) *A Eucaristía é un verdadeiro banquete*

20. O misterio da Eucaristía é, á vez e inseparablemente sacrificio e «*banquete sagrado da comunión no Corpo e no Sangue do Señor*»⁹⁶. Máis aínda, «*a celebración do sacrificio eucarístico está totalmente orientada cara a unión íntima dos fieis con Cristo por medio da comunión. Comungar é recibir a Cristo mesmo que se entregou por nós*»⁹⁷.

Na última Cea Xesús tomou o pan, deu gracias, partiuno e deuno a comer ós seus discípulos; e tomou o viño, deu gracias despois de comer, e deuno a beber ós seus discípulos. Xesús mantense no marco da cea pascual xudía. O que cambia é o contido e o sentido do rito, expresándoo polas palabras que acompañan: «*Isto é o meu corpo... esto é o meu sangue*». Xesús renova o contido e sentido, que en diante xa non remitirán á antiga Pascua, senón á nova. Así ensínanolo o Catecismo da Igrexa Católica: «*Ó celebra-la última Cea cos seus apóstolos no transcurso do banquete pascual, Xesús deu o seu sentido definitivo á Pascua xudía. En efecto, o paso de Xesús ó seu Pai pola súa morte e a súa resurrección, a Pascua nova, é anticipada na Cea e celebrada na Eucaristía que dá cumprimento á Pascua xudía e anticipa a Pascua final da Igrexa na gloria do Reino*»⁹⁸.

a) *A invitación apremante de Cristo e da Igrexa a participar adecuadamente neste banquete*

21. O mesmo Señor convídanos con forza a recibi-lo na Eucaristía: «*En verdade, en verdade dígovos: se non coméde-la carne do Fillo do home, e non bebéde-lo seu sangue, non teredes vida en vós*»⁹⁹. El é o pan de vida que baixou do ceo para que teñamos vida e a teñamos en abundancia. Para acoller a esta apremante invitación do Señor é necesario prepararnos adecuadamente. O mesmo Apóstolo chamaba a atención sobre este deber: «*Examínese, pois, cada quen, e coma así o pan e beba da copa*»¹⁰⁰.

Coa forza da súa elocuencia e con toda claridade, S. Xoán Crisóstomo exhortaba con estes termos ós seus fieis: «*Tamén eu alzo a voz, suplico, rogo e exhorto encarecidamente a non sentarse a esta sagrada Mesa cunha conciencia manchada e corrompida. Facer isto, en efecto, nunca xamais poderá chamarse comunión, por máis que toquemos mil veces o corpo do Señor, senón condena, tormento e maior castigo*»¹⁰¹. Neste mesmo sentido o Catecismo da Igrexa Católica establece: «*Quen ten conciencia de estar en pecado grave debe recibi-lo sacramento da Reconciliación antes de achegarse a comungar*»¹⁰².

Xoán Paulo II facíase eco de todas estas advertencias e reiteraba a vixencia da norma do Concilio de Trento que sostén que para recibir dignamente a Eucaristía, «*debe precede-la confesión dos pecados, cando un é consciente de pecado mortal*»¹⁰³. Dende esta perspectiva compréndese a estreita vinculación existente entre o sacramento da Eucaristía e a Penitencia. Así pois, «*A Eucaristía, ó facer presente o Sacrificio redentor da Cruz, perpetuándoo sacramentalmente, significa que dela se deriva unha esixencia continúa de conversión, de resposta persoal á exhortación que*

*san Paulo dirixía ós cristiáns de Corinto: ‘En nome de Cristo suplicámosvos: ¡Reconciliádevos con Deus!’ (II Cor.5,20)»¹⁰⁴. Ó tratarse dunha valoración de conciencia, o xuízo sobre o estado de gracia corresponde ó propio interesado. En casos dun comportamento externo grave, a Igrexa no seu coidado pastoral non debe, polo bo orde comunitario e por respecto ó Sacramento, amosarse indiferente. A esta situación de manifesta indisposición moral alude a norma do Código de Dereito Canónico que non permite a admisión á comunión eucarística ás persoas que «*obstinadamente persistan nun manifesto pecado grave*»¹⁰⁵.*

b) Os froitos do banquete eucarístico

22. Os froitos da Eucaristía son decisivos para a vida dos crentes. Ante todo a comunión únenos moi estreitamente a Cristo. O mesmo Cristo o anunciara: «*Quen come a miña Carne e bebe o meu Sangue permanece en min e eu nel*»¹⁰⁶. A comunión sacramental fundamenta a nosa vida en Cristo: «*O mesmo que me enviou o Pai, que vive, e eu vivo polo Pai, tamén o que me coma vivirá por min*»¹⁰⁷. A Eucaristía une ós fieis con Cristo na maior unión de intimidade e de amor. O pan eucarístico incorpora ós homes a Cristo e fai así deles un único corpo espiritual. S. Agostiño describe esta unión íntima de forma maxistral con estas verbas: «*Eu son o pan dos fortes, ¡cómeme! Pero non serás ti o que me transformes a min, senón que serei eu quen te transformarei a ti en min*»¹⁰⁸. Nas comidas habituais o home é o máis forte e asimila os alimentos. Pero na nosa relación con Cristo acontece á inversa: o máis forte é El, El é o protagonista. Ó comungar somos despoixados de nós mesmos e asimilados a El. Somos feitos un con El.

Ó chegar á aldea de Emaús, onde ían, o Camiñante fixo ademán de seguir adiante. Os dous discípulos rogáronlle que se ficase con eles. O Camiñante accedeu «*e entrou para se quedar con eles*»¹⁰⁹. No sacramento da Eucaristía, o Resucitado atopou o modo de quedarse non só «*con*» eles, senón tamén «*neles*». A alegoría da vide e dos baceiros evoca esta íntima unión entre Cristo e os cristiáns¹¹⁰. En dita alegoría repítese varias veces o verbo «*permanecer*». Xoán Paulo II, aplicando estas palabras á Eucaristía, comentaba así esta permanencia: «*Esta relación de íntima e recíproca ‘permanencia’ permítenos en certo modo o ceo na terra. ¿Non é quizais este o maior anhelo do home? ¿non é isto o que Deus se propuxo realizando na historia o seu designio de salvación? El puxo no corazón do home a ‘fame’ da súa Palabra (cfr. Am.8,11), unha fame que só se satisfará na plena unión con El. Déseno-la comunión eucarística para ‘saciaros’ de Deus nesta terra, á agarda da plena satisfacción no ceo*»¹¹¹.

23. A comunión sepáranos do pecado. O pan de vida que recibimos na Eucaristía é o Corpo entregado por nós e o Sangue derramado por moitos para remisión dos pecados. A Eucaristía únenos a Cristo, purificándonos dos pecados cometidos e preservándonos de futuros pecados¹¹². Na vida normal o alimento corporal serve para restaura-la perda de forzas. De modo análogo a Eucaristía robustece a caridade que, no trato cotián, pode debilitarse. A caridade vivificada pola comunión «*borra os pecados veniais*»¹¹³. Cristo, o noso alimento, reaviva en nós o verdadeiro amor, capacítanos

para rompe-los lazos desordenados que nos atan ás criaturas e arráiganos máis no seu amor. En efecto, «*canto máis participamos na vida de Cristo e máis progresamos na súa amizade, tanto máis difícil farásenos romper con El polo pecado mortal*»¹¹⁴.

24. A unión con Cristo implica a unidade do Corpo místico. Os dous discípulos de Emaús, cando descubren e recoñecen o rostro do Resucitado ó parti-lo pan, «*naquel mesmo intre puxéronse en camiño e regresaron a Xerusalén, onde atoparon reunidos ós once e a tódolos demais*»¹¹⁵. O encontro co Resucitado impide a dispersión e vólveos ó lugar da unidade. Na mesma alegoría da vide e dos bacelos, o Señor preséntano-lo mandamento novo: «*O meu mandamento é este: Amádevo-los uns ós outros como eu vos ameí. Non existe maior amor que da-la vida polos amigos*»¹¹⁶. Non é posible estar unidos á Vide verdadeira, senón estamos en comunión cos demais membros do Corpo de Cristo. Mediante o sacramento da Eucaristía vaíse edificando a Igrexa como misterio de comunión. Non me deteño na análise deste froito concreto da Eucaristía; fareino no capítulo seguinte, ó tratar da relación entre Eucaristía e Igrexa.

25. Na Carta de convocatoria do ano da Eucaristía Xoán Paulo II mencionaba con forza o carácter de compromiso cos máis pobres que agroma da celebración deste sacramento. A viva tradición da Igrexa lembra dende sempre esta dimensión do misterio da Eucaristía. De modo moi claro e preciso fáinolo sabe-lo Catecismo da Igrexa Católica: «*A Eucaristía entraña un compromiso a favor dos pobres: para recibir na verdade o Corpo e o Sangue de Cristo entregados por nós debemos recoñecer a Cristo nos máis pobres, os seus irmáns (cfr. Mt. 25,40)*»¹¹⁷. Como di Xoán Paulo II, «*trátase do seu impulso para un compromiso activo na edificación dunha sociedade máis equitativa e fraterna*»¹¹⁸. No último capítulo desta Carta abordarei esta temática, ó falar da espiritualidade de comunión.

26. A Eucaristía é prenda da gloria futura. «*Se a Eucaristía é o memorial da Pascua do Señor e se pola nosa comunión no altar somos colmados 'de gracia e bendición', a Eucaristía é tamén a anticipación da gloria celestial*»¹¹⁹. Na nosa economía sacramental temos un medio de salvación proporcionado á nosa esperanza de resurrección. O mesmo Señor nos garantiu que a Eucaristía é fonte auténtica de resurrección: «*O que come a miña carne e bebe o meu sangue ten vida eterna e eu resucitareino no último día*»¹²⁰. Neste sentido a Eucaristía é «*medicina de inmortalidade, alimento contra a morte, alimento de eterna vida en Xesus Cristo*»¹²¹. Nun mundo de múltiples contradicións como o noso debe brillar con intensidade a esperanza cristiá¹²². Agora ben, Cristo fundamenta a nosa esperanza coa súa resurrección e coa súa promesa da súa vinda gloriosa á terra¹²³. Sen embargo, non pode haber mellor garantía da segunda vinda de Cristo que a súa vinda continúa na Eucaristía¹²⁴. Este sacramento anima dende dentro a esperanza que colma as aspiracións do corazón do home. Ó facerse presente polo Espírito Santo o corpo e o sangue de Cristo anticipan xa a transformación gloriosa que agardamos: «*O Señor deixou ós seus prenda de tal esperanza e alimento para o camiño naquel sacramento da fe no que os elementos da natureza, cultivados polo home, convértense no corpo e no sangue gloriosos coa cea da comunión fraterna e a*

degustación do banquete celestial»¹²⁵. Celebrámo-la Eucaristía, mentres agardámo-la gloriosa vinda do noso Salvador Xesus Cristo.

27. Como se pode deducir de todo o dito, o misterio eucarístico encerra en si mesmo unha pluralidade de aspectos que vos quixen sinalar brevemente nesta ocasión. Recoillo un texto da Instrucción «*Eucharisticum mysterium*» que nos ofrece unha admirable síntese dos aspectos centrais da Eucaristía: «*Por iso a Misa ou Cea do Señor é á vez e inseparablemente: sacrificio no que se perpetúa o sacrificio da cruz; memorial da morte e resurrección do Señor, que dixo: 'Facede isto en memoria de min' (Lc.22,19); banquete sagrado, no que, pola comunión do corpo e do sangue do Señor, o pobo de Deus participa nos bens do sacrificio pascual, renova a nova alianza entre Deus e os homes selada dunha vez para sempre co sangue de Cristo, e prefigura e anticipa na fe e na esperanza o banquete escatolóxico no reino do Pai, anunciando a morte do Señor ata que veña*»¹²⁶.

II.

A EUCARISTÍA E A IGREXA

28. Existe un vínculo estreitísimo entre o misterio da Eucaristía e a Igrexa. Como nos lembraba Xoán Paulo II: «*se a Eucaristía edifica a Igrexa e a Igrexa fai a Eucaristía, dedúcese que hai unha relación sumamente estreita entre unha e outra. Tan verdade é isto, que nos permite aplicar ó Misterio eucarístico o que dixemos da Igrexa cando, no Símbolo niceno-constantinopolitano, confesámola unha, santa, católica e Apostólica*»¹²⁷. Santo Agostiño formulou en toda a súa profundidade no fragor do cisma donatista a íntima relación entre Eucaristía e Igrexa. Chama á Eucaristía «*signo de unidade*» e «*vínculo de caridade*»¹²⁸. Ambas afirmacións aparecen permanentemente na memoria da Igrexa. O noso Salvador na última Cea institúe a Eucaristía que é á vez sacramento de piedade, signo de unidade, vínculo de caridade e banquete pascual¹²⁹. Dentro desta ampla temática fixareime inicialmente nalgúns aspectos.

1) Antecedentes da Asemblea eucarística na historia da salvación

29. A vida e a historia dunha comunidade en marcha convértese, tanto no pobo de Israel como no cristianismo, en símbolo primordial da presenza da divindade como manifestación do misterio. En efecto, «*foi vontade de Deus o santificar e salvar ós homes, non illadamente, sen conexión algunha duns con outros, senón constituíndo un pobo, que o confesase en verdade e o servise santamente*»¹³⁰.

a) A realidade da Asemblea no Antigo Testamento

O Antigo Testamento remítenos ás Asembleas que tiveron lugar nas diversas etapas da historia da salvación. O mesmo pobo de Israel enténdese como unha verdadeira

Asemblea, como pobo convocado e congregado por Deus. Este pobo liberado da escravitude de Exipto, celebra a Alianza no Sinaí¹³¹. O acontecemento da Pascua e da conseguinte Alianza fai de Israel o pobo de Deus, a congregación dos elixidos, unha Asemblea adornada con estas connotacións: Convocada por iniciativa de Deus, a través de Moisés¹³². Presencia de Deus no medio do pobo reunido, expresada pola teofanía. Deus comunícase co pobo en Asemblea e exprésalle a súa vontade nas táboas da Lei¹³³. Resposta da Asemblea, como aceptación do compromiso e profesión de fe: «*Nós faremos todo canto dixo Yahvé*»¹³⁴. Rito sacrificial da alianza¹³⁵.

As reunións cultuais posteriores serán conmemoración do acontecemento pascual. A Asemblea anual da Pascua é unha reunión familiar e relixiosa da que os seus ritos, postos en relación coa liberación da escravitude de Exipto, son como o memorial, a expresión da salvación concedida por Yahvé ó seu pobo¹³⁶. Nesta celebración, ademais do rito, é importante o diálogo, lembrando as marabillas do Deus liberador. Nos libros do Antigo Testamento descríbese a relación de Deus co pobo escollido con categorías que, dalgunha forma, expresan a comunión. Utilízanse termos como palabra, alianza, fidelidade, misericordia, xustiza, amor. Para concretar tal relación, Deus «*elixiu ó pobo de Israel como pobo seu, pactou con el unha alianza e instruíuno gradualmente, revelándose a Si mesmo e os designios da súa vontade a través da historia deste pobo, e santificándoo para Si*»¹³⁷. A Asemblea pascual constitúe ó pobo de Israel como tal pobo.

Na historia da salvación esta Asemblea non será definitiva¹³⁸. Os profetas de modo progresivo anuncian unha futura Asemblea, unha reunión escatolóxica que será máis perfecta e que reunirá en si a tódolos pobos. Do resto fiel de Israel Deus convocará un novo pobo e establecerá con el unha nova Alianza: «*Así di o Señor Yahvé: Velaquí que vou recoller ós fillos de Israel de entre as nacións ás que marcharon. Vou congregalos de tódalas partes para conducirlos ó seu chan (...) Concluirei con eles unha alianza eterna. Establecereinos, multiplicareinos e poñerei o meu santuario en medio deles para sempre. A miña morada estará xunto a eles, serei o seu Deus e eles serán o meu pobo*»¹³⁹. As palabras do profeta indícanos xa os trazos esenciais desta Asemblea definitiva: Deus convoca a esta nova Asemblea ó pobo disperso de Israel e a tódolos pobos. Será a Asemblea definitiva. Con este pobo realizarase un novo pacto ou Alianza. Nela ofrecerase un culto espiritual. Deus estará presente e habitará no seu novo pobo para sempre.

b) A Asemblea no Novo Testamento

30. Toda a actuación de Deus na antiga Alianza «*aconteceu como preparación e figura da Alianza nova e perfecta que había de pactarse en Cristo e da revelación completa que había de facerse polo Verbo de Deus feito carne*»¹⁴⁰. O Novo Testamento preséntanos a Xesús como o que veu dar cumprimento ás promesas. A súa misión é reunir a tódolos homes no reino do Pai. Na vida pública comeza reunindo ós seus discípulos, ós «Doce», á xente que escoita as súas palabras e contempla os seus signos e milagres. Na súa predicación anuncia o Reino. Máis aínda, El é en persoa o Reino.

O signo definitivo de que Cristo é o convocador e fundamento da nova Asemblea será o seu misterio pascual. Cristo é o Salvador que constituíu un novo Pobo, adquiriuno co seu sangue¹⁴¹. Concretamente, a última Cea é a Asemblea culminante de Cristo cos discípulos e a Asemblea cultural referente da comunidade cristiá. Xoán Paulo II describía a analogía entre a alianza do Sinaí e a nova Alianza selada co sangue de Cristo con estas palabras: «*Analogamente á alianza do Sinaí, selada co sacrificio e a aspersión co sangue, os xestos e as palabras de Xesús na Última Cea fundaron a nova comunidade mesiánica, o pobo da nova Alianza*»¹⁴².

San Paulo resalta especialmente a relación que existe entre o corpo eclesial e o corpo eucarístico de Cristo. Ante as divisións e discriminacións incipientes, o Apóstolo corrixe a actuación da comunidade non só porque non se atende ó ben de toda a comunidade e ás esixencias da verdadeira fraternidade, senón tamén porque unha actitude insolidaria cos máis pobres está en evidente contradición coa participación eucarística do corpo e o sangue de Cristo¹⁴³. Existe, polo tanto, unha estreita relación entre a Cea do Señor, que o Apóstolo transmite sendo fiel á tradición recibida, e a comunidade de irmáns que se reúne en Asemblea eucarística para celebrar e conmemorar esta Cea e a participación na mesma Eucaristía expresando a unidade na fe no mesmo Señor.

A primitiva comunidade cristiá ten conciencia de se-lo novo Pobo de Deus. Se a vinda do Espírito no Xordán inaugura a vida pública de Cristo, o acontecemento de Pentecoste representa o inicio da vida pública da Igrexa. A comunidade que agroma de Pentecoste caracterízase por ser: Asemblea universal onde teñen cabida tódolos pobos e razas sen distinción. Asemblea escatolóxica, xa que nela cúmprense as promesas¹⁴⁴. Asemblea que vive intensa e conscientemente a presenza do Espírito que é enviado sobre ela de xeito extraordinario. Asemblea que acolle no seu seo e proclama a tódalas xentes o Evanxeo. Asemblea que celebra os signos de salvación. Esta Asemblea terá como día propio para a reunión o domingo, o día do Señor. Ningunha Asemblea será signo tan real e eficaz da presenza do Señor e da realización da mesma Igrexa como a Asemblea do domingo, cando se reúne para celebra-la Eucaristía.

2) Eucaristía e Igrexa, unha relación constitutiva

31. A Asemblea eucarística e a Igrexa forman, dende os comezos mesmos, unha unidade. Así pois, «*a Igrexa é comunidade eucarística*»¹⁴⁵. Non houbo un tempo inicial da Igrexa no que aínda non existise a Eucaristía. Dende as súas orixes a Igrexa entendeu a si mesma como Asemblea eucarística. Xoán Paulo II sinalaba que «*hai un influxo causal da Eucaristía nas orixes mesmas da Igrexa. Os evanxelistas precisan que foron os Doce, os Apóstolos, os que se reuniron con Xesús na Última Cea (cfr. Mt.26,20; Mc.14,17; Lc.22,14). É un detalle de notable importancia, porque os Apóstolos 'foron a semente do novo Israel, á vez que a orixe da xerarquía sagrada'... Os Apóstolos, aceptando a invitación de Xesús no Cenáculo: 'Tomade, comed... Bebede dela todos...' (Mt.26,26.27), entraron por vez primeira en comunión sacramental con El. Dende aquel momento, e ata o final dos séculos, a Igrexa edifícase a través da comunión sacramental co Fillo de Deus*

inmolado por nós: 'Facede isto en lembranza de min... Cantas veces o beberdes, facédeo en lembranza de min» (I Cor.11, 24-25; cfr. Lc.22, 19)»¹⁴⁶.

Polo bautismo somos incorporados ó Corpo único de Cristo¹⁴⁷. O Apóstolo afirma algo asemellado sobre a participación no único cáliz eucarístico e no único pan eucarístico¹⁴⁸. Desta forma, «*a incorporación a Cristo, que ten lugar polo Bautismo, renóvase e consolídase continuamente coa participación no Sacrificio eucarístico, sobre todo cando esta é plena mediante a comunión sacramental. Podemos dicir que non soamente cada un de nós recibe a Cristo, senón que tamén Cristo nos recibe a cada un de nós...*»¹⁴⁹. A Igrexa está alí onde queira que os cristiáns se achegan para celebra-la Cea do Señor en torno á mesa do Señor. Comunidade eucarística e comunidade eclesial forman unha unidade e non poden ser separadas.

A Igrexa celebra e vive os misterios da nosa fe. Nunha obra clásica do P. Henri de Lubac, do que as súas contribucións axudaron a afondar na relación vital entre Eucaristía e Igrexa, pódese ler: «*É a Igrexa a que fai a Eucaristía; pero é tamén a Eucaristía a que fai a Igrexa. No primeiro caso, é a Igrexa en canto a consideramos no seu sentido activo, no exercicio do seu poder de santificación; no segundo, trátase da Igrexa no seu sentido pasivo, da Igrexa dos santificados. E en virtude desta misteriosa interacción, é o Corpo único, en fin de contas, o que se constrúe, nas condicións da vida presente, ata o día da súa definitiva perfección*»¹⁵⁰. Máis adiante, o P. Henri de Lubac afirma de modo sintético: «*É na Eucaristía onde a esencia misteriosa da Igrexa encontra a súa expresión máis plena e, correlativamente, é na Igrexa, na súa unidade católica, onde florece en froitos efectivos a mesma Eucaristía*»¹⁵¹. A relación entre Eucaristía e Igrexa é tan fonda e tan íntima que nin a Eucaristía podería existir sen a Igrexa, nin pode haber Igrexa sen Eucaristía. Cristo é, na Eucaristía, o corazón da Igrexa. É dicir, Eucaristía e Igrexa conforman o único Corpo de Cristo.

2.1. A Igrexa fai a Eucaristía

32. Xesus Cristo é o único sumo Sacerdote da nova Alianza. El é o gran celebrante da Eucaristía. A través do Espírito Santo faise presente de múltiples maneiras na celebración da Eucaristía: na súa Palabra e baixo as especies do pan e do viño, na persoa do sacerdote e na propia comunidade que celebra¹⁵². A Eucaristía ten, polo tanto, a súa orixe en Cristo e é un don de Deus. Sen embargo, dende un punto visible e externo, a Eucaristía é o sacramento central da Igrexa, no que se manifesta de modo especial a verdadeira natureza, a estrutura ministerial e a acción sacerdotal de todo o pobo de Deus. É a Igrexa enteira a que está dalgún modo presente, como pobo sacerdotal, exercendo a súa universal sacerdocio. Así recoñécese no Misal de Paulo VI, cando se di: «*A celebración da Misa, como acción de Cristo e do pobo de Deus xerarquicamente ordenado, é o centro de toda a vida cristiá para a Igrexa, tanto universal como local e para cada un dos fieis*»¹⁵³.

a) Toda a Igrexa, como Pobo sacerdotal, participa na celebración da Eucaristía

33. O Concilio Vaticano II lembrou de novo a doutrina do sacerdocio común¹⁵⁴, convidando a tódolos fieis presentes na celebración da Eucaristía a participar nela de

forma consciente, piadosa e activa¹⁵⁵. Promover e facilitar esta participación de todos na celebración eucarística é un dos meus grandes desexos como Bispo da querida diocese de Ourense. Participación activa non pode ser entendida dun modo sinxelamente exterior e activista. Ó falar do exercicio do sacerdocio común nos sacramentos, o Concilio describe a participación na Eucaristía con estes termos: «*Participando (os fieis) do sacrificio eucarístico, fonte e cumio de toda a vida cristiá, ofrecen a Deus a Víctima divina e ofrécese a si mesmos xuntamente con ela. E así, sexa pola oblación ou sexa pola sagrada comunión, todos teñen na celebración litúrxica unha parte propia, non confusamente, senón cada un de modo distinto. Máis aínda, confortados co Corpo de Cristo na sagrada liturxia eucarística, amosan dun modo concreto a unidade do pobo de Deus, significada con propiedade e marabillosamente realizada por este augustísimo sacramento*»¹⁵⁶.

A participación na santa Misa implica interrompe-la actividade e a rutina cotiás para loa-la bondade de Deus, da que vivimos e da que temos experiencia día tras día e para darlle grazas a Deus por darnos a Xesus Cristo como Camiño, Verdade e Vida¹⁵⁷. Na celebración eucarística temos tamén a oportunidade de descubri-lo que é esencial para a nosa vida, sobre aquilo que nos sustenta e sostén. Na Eucaristía tomamos conciencia da fonte da que nos alimentamos e do fin para o que vivimos. Está claro que non nos alimentamos de nós mesmos, nin vivimos por nós mesmos nin para nós mesmos. A celebración da Eucaristía non debería ser un acto cerimonioso e triste, senón unha festa leda e viva. Tódolos que nela participan -nenos, mozos, adultos e anciáns- deberían facelo con tódalas dimensións da persoa. O gozo no Señor é a nosa forza¹⁵⁸. O Apóstolo insístenos: «*Estade sempre ledos no Señor; repítovolo, estade ledos. Que todo o mundo vos coñeza pola vosa bondade. O Señor está preto. Que nada vos angustie; ó contrario, en calquera situación presentade os vosos desexos a Deus orando, suplicando e dando grazas*»¹⁵⁹. A Eucaristía ten que ser unha verdadeira celebración festiva chea do gozo máis auténtico.

34. Por outro lado, na celebración da Eucaristía ten que manterse o respecto ante o Deus santo e ante a presenza do noso Señor no sacramento. Debe ser tamén un espazo para o silencio, a meditación, a adoración e o encontro persoal con Deus. Neste sentido, a liturxia nunca é un medio para un fin, senón un fin en si mesma. Contribúe á glorificación de Deus e, por iso mesmo, á salvación do ser humano. É necesario redescubri-la riqueza da Eucaristía e elucidar o seu sentido. A verdadeira formación litúrxica, que chegue ó fondo non só do entendemento, senón do corazón, é imprescindible para unha participación máis proveitosa no don da Eucaristía. Son múltiples os ministerios que os fieis leigos poden e deben asumir na celebración eucarística. Todos eles desempeñan un auténtico ministerio litúrxico que merecen a nosa gratitude e recoñecemento¹⁶⁰. Dende esta perspectiva, a Eucaristía é expresión dunha Asemblea participativa. Todo o pobo de Deus é suxeito participativo da acción litúrxica da Igrexa. De aí que «*as accións litúrxicas non son accións privadas, senón celebracións da Igrexa, que é 'sacramento de unidade', pobo santo congregado e ordenado baixo a guía dos bispos. Por iso, pertencen a todo o corpo da Igrexa,*

maniféstano e implícano; pero cada un dos membros deste corpo recibe un influxo diverso segundo a diversidade de ordes, funcións e participación actual»¹⁶¹. Trátase, como xa dixen, dunha participación que actualiza o sacerdocio universal e que expresa a unidade na diversidade de oficios e ministerios.

b) A Eucaristía e o ministerio ordenado

35. A acción eucarística da Igrexa exprésase e exércese de modo diferenciado, facendo nela cada un todo e só aquilo que lle pertence¹⁶². Non se debe caer, polo tanto, nin nunha confusión de funcións e ministerios, nin nunha absorción dos mesmos. Xesús non só chamou ó pobo en xeral. Ós Doce chamounos e enviounos dun modo especial, confiándolles tamén a celebración da Cea: «*Facede isto en memoria de min*»¹⁶³. A Eucaristía manifesta a participación e comunión de todo o Pobo de Deus na súa estrutura xerárquica. Esta ordenación xerárquica maniféstase sobre todo na Eucaristía presidida polo Bispo, rodeado do presbiterio e coa actuación adecuada de tódolos servizos e ministerios¹⁶⁴. Na Eucaristía dominical, onde se reúne a Asemblea nun determinado lugar, represéntase á Igrexa enteira en comunión co Bispo e coas outras Igrexas¹⁶⁵.

Xoán Paulo II describe con certa amplitude o tema da apostolicidade da Igrexa e da Eucaristía¹⁶⁶. Detereime naqueles aspectos que amosan como a Eucaristía é esencialmente Apostólica. Os Apóstolos están en íntima relación coa Eucaristía, porque Xesús lles confiou este Sacramento e eles e os seus sucesores transmitírono ata nós. «*A Igrexa celebra a Eucaristía ó longo dos séculos precisamente en continuidade coa acción dos Apóstolos, obedientes ó mandato do Señor*»¹⁶⁷. Nun segundo sentido a Eucaristía é Apostólica, pois celébrase en conformidade coa fe dos Apóstolos. Durante a bimilenaria historia do Pobo da nova Alianza, o Maxisterio da Igrexa foi precisando con sumo coidado a doutrina sobre a Eucaristía. Deste modo salvagardouse a fe Apostólica neste Misterio tan excelso. «*Esta fe permanece inalterada e é esencial para a Igrexa que perdure así*»¹⁶⁸. En terceiro lugar, a sucesión Apostólica implica necesariamente o sacramento do Orde. Esta sucesión é esencial para que haxa Igrexa en sentido propio e pleno. Máis aínda, a sucesión dos Apóstolos na misión pastoral afecta esencialmente á celebración eucarística. «*En efecto, como ensina o Concilio Vaticano II, os fieis ‘participan na celebración da Eucaristía en virtude do seu sacerdocio real’, pero é o sacerdocio ordenado quen ‘realiza como representante de Cristo o sacrificio eucarístico e ofréceno a Deus en nome de todo o pobo*»¹⁶⁹.

36. Nin o ministerio sacerdotal nin a Eucaristía poden ser derivados ‘dende abaixo’, a partir da comunidade. Ambos superan radicalmente a potestade da Asemblea. Para a celebración eucarística é irrenunciabile o ministerio do sacerdote ordenado. A Eucaristía, que se funda na previa acción salvífica de Deus, é signo pleno da permanente doazón e condescendencia do Pai por Cristo no Espírito Santo. Esta vinda da salvación ‘dende fóra’ e ‘dende enriba’, cobra expresión simbólico-sacramental no envío do sacerdote á comunidade. É certo que o sacerdote, en canto destinatario da salvación, forma parte da comunidade cristiá. Como calquera outro

cristián depende a diario e sempre de novo do perdón e a misericordia de Deus, da súa axuda e da súa gracia. Sen embargo, no exercicio do seu ministerio sacerdotal atópase fronte á comunidade como representante daquel que é Cabeza da Igrexa e verdadeiro Celebrante primordial. Neste sentido, o sacerdote ordenado «realiza como representante de Cristo o Sacrificio eucarístico»¹⁷⁰. O sacerdote actúa, entón, «in persona Christi Capitis». A palabra autorizada de Xoán Paulo II ofrecíano-lo significado preciso desta expresión: «in persona Christi quere dicir máis que ‘en nome’ ou tamén, ‘en vez’ de Cristo. In ‘persoa’: é dicir, na identificación específica, sacramental co ‘sumo e eterno Sacerdote’, que é o autor e o suxeito principal do seu propio sacrificio, no que, en verdade, non pode ser substituído por ninguén»¹⁷¹.

O ministerio do sacerdote ordenado «é insubstituíble en calquera caso para unir validamente a consagración eucarística ó sacrificio da Cruz e á Última Cea»¹⁷². O ministerio sacerdotal é constitutivo para a celebración eucarística. A Asemblea que é convocada para celebra-la Eucaristía precisa absolutamente un sacerdote ordenado que a presida. A función de presidi-la Eucaristía non consiste só en realizar determinados ritos ou en pronunciar certos textos, senón en actuar permanentemente «na persoa de Cristo», a quen representa, e «no nome da Igrexa», elevando ó Pai a pregaría e a ofrenda do Pobo santo, sendo instrumento dócil nas mans do Señor para a santificación da comunidade eclesial.

37. Se a Eucaristía é centro e cumio da vida da Igrexa, éo tamén do ministerio sacerdotal. A praxe da celebración diaria da Eucaristía ten unha importancia decisiva para a vida espiritual dos presbíteros¹⁷³. A Eucaristía «é a principal e central razón de ser do sacramento do sacerdocio, nado efectivamente no momento da institución da Eucaristía e á vez que ela»¹⁷⁴. Son múltiples e variadas as actividades pastorais do presbítero. Hoxe en día existe na súa vida un serio perigo de dispersión. A caridade pastoral debe se-lo vínculo que dea unidade a toda a vida do presbítero¹⁷⁵. Esta caridade pastoral que ten a súa fonte específica no sacramento do Orde, atopa a súa expresión plena e o seu alimento supremo na Eucaristía. «A alma sacerdotal ten que reproducir en si mesma o que se fai na ara sacrificial»¹⁷⁶. En consecuencia, «a caridade pastoral do sacerdote non só flúe da Eucaristía, senón que atopa a súa máis alta realización na súa celebración, así como tamén recibe dela a gracia e a responsabilidade de impregnar de maneira ‘sacrificial’ toda a súa existencia»¹⁷⁷. Na celebración cotiá da Eucaristía o sacerdote atopa a forza necesaria para afrontar, sen caer na dispersión, os diversos quefaceres pastorais. «Cada xornada será así verdadeiramente eucarística»¹⁷⁸. Neste sentido, «o presbítero ten que ser ante todo adorador e contemplativo da Eucaristía a partir do mesmo momento na que a celebra»¹⁷⁹.

c) A prioridade dunha pastoral vocacional para o ministerio ordenado

38. Da importancia capital da Eucaristía na vida da Igrexa e da necesidade absoluta do ministerio ordenado para celebra-lo sacrificio eucarístico deriva a imperiosa necesidade da pastoral das vocacións sacerdotais. A pastoral vocacional sobre todo para o ministerio sacerdotal é para min unha grande prioridade. En varias

ocasiões pronuncieime sobre elo dende a miña chegada á diocese de Ourense. Unha vez máis desexo urxir ós mozos, pais, educadores e, especialmente, ós sacerdotes neste cometido vocacional. Deus «*sérvese a miúdo do exemplo da caridade pastoral fervente dun sacerdote para sementar e desenvolver no corazón do mozo o xerme da chamada ó sacerdocio*»¹⁸⁰. Eu mesmo escribín ó respecto: «*Cando un mozo atopa a un sacerdote que sendo un verdadeiro home atopou en Cristo Xesús o desenvolvemento máis auténtico da súa intelixencia e a plenitude da súa vida afectiva, a pregunta vocacional queda definitivamente suxerida*»¹⁸¹.

A oración ocupa un lugar de gran importancia na pastoral vocacional, «*porque a pregaria polas vocacións encontra nela (a Eucaristía) a máxima unión coa oración de Cristo sumo e eterno Sacerdote*»¹⁸². Ademais os que rezan fan súa a exhortación de Xesús e oran para que o Señor mande traballadores á súa seitura¹⁸³. A mesma dilixencia e esmero dos sacerdotes no ministerio eucarístico, unido á promoción da participación consciente, activa e frutuosa dos fieis na Eucaristía é un testemuño e un incentivo para a resposta xenerosa dos mozos á chamada de Deus.

Son consciente do gran esforzo que os sacerdotes e os colaboradores leigos están levando a cabo para celebrar con dignidade a Eucaristía. Tódolos que teñen algunha responsabilidade no referente á correcta celebración da liturxia, e en especial da Eucaristía, merecen o meu máis sincero agradecemento. Temos que afondar máis e máis na comprensión da liturxia e tentar que esta sexa fecunda na nosa vida. Deste modo poderemos contaxiar a outras persoas o gozo de celebra-la Eucaristía.

39. Non podemos, sen embargo, pecha-los ollos ante algunhas circunstancias especialmente dolorosas. A participación na Eucaristía, polo que ó número se refire, está descendendo nos derradeiros anos. Ademais, a comprensión que boa parte dos que acoden ás celebracións ten dos textos e símbolos litúrxicos é cada día máis deficiente. Vaise descoñecendo paulatinamente que a Eucaristía é, ante todo, un acontecemento sagrado no que se actualiza «*a obra da nosa salvación*»¹⁸⁴. A numerosos mozos, sobre todo, vailles resultando un tanto estraño a linguaxe e as fórmulas da liturxia. Comeza a notarse xa a escaseza de sacerdotes e xa non é posible celebrar cada Domingo a Eucaristía en cada comunidade parroquial, sendo así que «*a parroquia é unha comunidade de bautizados que expresan e confirman a súa identidade principalmente pola celebración do Sacrificio eucarístico. Pero isto require a presenza dun presbítero, o único a quen compite ofrece-la Eucaristía in persona Christi*»¹⁸⁵. Todas estas circunstancias preocupánme fondamente, xa que son realidades que afectan esencialmente á vida diocesana. Urxe unha comprensión máis fonda da Eucaristía, para avanzar na vivencia da fe cristiá.

2.2. A Eucaristía fai a Igrexa

40. A relación entre o misterio da Eucaristía e a Igrexa implica tamén o efecto da Eucaristía na Igrexa. A influencia da Eucaristía é tal que pode dicirse que a Igrexa é obxecto da Eucaristía ou, con outras palabras, «a Eucaristía fai a Igrexa». Desta forma a Igrexa é obxecto principal da Eucaristía que ela 'fai'; é beneficiaria primeira

do acontecemento que celebra. Mediante a Eucaristía «*a Igrexa vive e medra continuamente*»¹⁸⁶. A significación da Eucaristía para a vida de cada Igrexa particular é tal que «*non se constrúe ningunha comunidade cristiá se non ten a súa raíz e couzón na celebración da santísima Eucaristía, pola que debe, conseguintemente, empezar toda a formación no espírito de comunidade*»¹⁸⁷.

a) Na Eucaristía a Igrexa toma conciencia da súa identidade e da súa misión

41. Mentres peregrina na terra, a Igrexa está chamada a manter e promover tanto a comunión co Deus trinitario como a comunión entre os homes¹⁸⁸. A Eucaristía fai e significa á Igrexa como comunión. Non é casualidade que o termo «comunión» sexa un dos nomes específicos do Santísimo Sacramento. Chámase «*comunión, porque por este sacramento nos unimos a Cristo que nos fai partícipes do seu Corpo e do seu Sangue para formar un só corpo*»¹⁸⁹. Na Eucaristía a Igrexa toma conciencia da súa identidade e da súa misión. Pódese afirmar que a Eucaristía é o lugar máis privilexiado de expresión, realización e identificación da Igrexa, o momento decisivo do seu crecemento en verdadeiro Corpo de Cristo, ó servicio de toda a humanidade. O misterio enteiro da Igrexa, no seu ser, o seu aparecer e os seus signos máis auténticos, manifestase de modo especial na Eucaristía¹⁹⁰. Como nos indica o Santo Pai, «*a Eucaristía podería considerarse tamén como unha 'lente' mediante a cal comprobar continuamente o rostro e o camiño da Igrexa, que Cristo fundou para que todo home puidese coñece-lo amor de Deus e atopar nel plenitude de vida*»¹⁹¹.

Por se-la persoa de Cristo, a Eucaristía pode considerarse como fundamento e base da Igrexa. Como ensina o Concilio de Trento, os outros sacramentos posúen a forza de santificar; na Eucaristía, en cambio, está presente o mesmo autor da santificación. Máis aínda, ensina o Concilio Vaticano II: «*Na sagrada Eucaristía contense todo o ben espiritual da Igrexa, é dicir, Cristo en persoa, a nosa pascua e pan vivo, que, pola súa carne vivificada e vivificante polo Espírito Santo, dá vida ós homes, que desta forma son convidados e estimulados a ofrecerse a si mesmos, os seus traballos e tódalas cousas creadas, xuntamente con el*»¹⁹². Na Eucaristía actualízase o misterio pascual de Cristo. A Igrexa celebra na Eucaristía o sacrificio mesmo de Cristo, que é orixe e fonte da comunidade cristiá. Cristo é o redentor da Igrexa, que se entregou por ela para acollela como Esposa santa e inmaculada¹⁹³. Este amor ata o extremo do Esposo á súa Esposa perpetúase ata o final dos tempos na celebración eucarística. Compenetrándose plenamente co misterio pascual, a Igrexa realiza na Eucaristía a plenitude do seu ser.

b) Na Eucaristía vaixe xerando o misterio da Igrexa

42. A Eucaristía é xeradora de Igrexa que agroma e nace cada día do misterio eucarístico como fonte inesgotable de comunión. É na Eucaristía onde unha multitude de seres humanos chegan a se-lo Corpo de Cristo, ó participar da súa persoa -do seu Corpo e Sangue- e incorporarse a ela. A Eucaristía é «*a suprema manifestación sacramental da comunión na Igrexa*»¹⁹⁴. A Eucaristía á vez que actualiza a obra da nosa redención, representa e realiza a unidade da Igrexa: «*A unidade dos fieis, que constitúen*

un só corpo en Cristo, está representado e realízase polo sacramento do pan eucarístico (cfr. I Cor. 10,17). Tódolos homes están chamados a esta unión en Cristo, luz do mundo, de quen procedemos, por quen vivimos e cara quen camiñamos»¹⁹⁵.

A unión con Cristo implica a unión cos irmáns. Os dous discípulos de Emaús, cando descubren o rostro do Resucitado ó parti-lo pan, voltan a Xerusalén xunto ós demais: «Naquel mesmo intre puxéronse en camiño e regresaron a Xerusalén, onde atoparon reunidos ós once e a tódolos demais»¹⁹⁶. Na mesma alegoría da vide e dos baceiros, o Señor lémbra-nos o mandamento novo: «O meu mandamento é este: Amádevo-los uns ós outros como eu vos ameí»¹⁹⁷. Non é posible permanecer unidos á Vide verdadeira, senón estamos en comunión cos demais membros do Corpo de Cristo.

No misterio eucarístico témo-la oportunidade de participar do único Pan de vida: «Eu son o pan vivo, baixado do ceo. Se un come deste pan, vivirá para sempre... o que come a miña Carne e bebe o meu Sangue, ten vida eterna... permanece en min e eu nel»¹⁹⁸. A participación no único Pan e no único Sangue fainos un só Corpo: «O cáliz de bendición que bendicimos, ¿non nos fai entrar en comunión co sangue de Cristo? E o pan que partimos, ¿non nos fai entrar en comunión co sangue de Cristo? Pois se o pan é un só e todos participamos dese único pan, todos formamos un só corpo»¹⁹⁹. No sacramento da Eucaristía vaíse edificando a Igrexa como misterio de comunión. Santo Agostiño comenta admirablemente o texto do Apóstolo: «Se vós mesmos sodes Corpo e membros de Cristo, sóde-lo sacramento que é posto sobre a mesa do Señor, e recibides este sacramento voso. Respondedes ‘amén (é dicir, ‘si’, ‘é verdade’) ó que recibides, co que, respondendo, o reafirmades. Oes dicir ‘o Corpo de Cristo’, e respondes ‘amén’. Polo tanto, se ti verdadeiro membro de Cristo para que o teu ‘amén’ sexa tamén verdadeiro»²⁰⁰.

43. A reflexión cristiá que arrinca sobre todo da mensaxe paulina, utilizou constantemente a coñecida comparación do pan formado por moitos grans de trigo, moídos, convertidos en fariña, amasados pola auga do bautismo e cocidos polo lume do Espírito, para amosa-las raíces da unidade da Igrexa e para exhortar ós cristiáns á convivencia concorde e pacífica. A Constitución «*Lumen Gentium*» sintetiza a doutrina paulina nos seguintes termos: «Na fracción do pan eucarístico compartimos realmente o corpo do Señor, que nos eleva á comunión con El e entre nós. Porque o pan é un, aínda que moitos, somos un só corpo tódolos que participamos dun mesmo pan (I Cor. 10,17). Así todos somos membros do seu corpo (cfr. I Cor. 12,27) e cada un membro do outro (Rom. 12,5)»²⁰¹.

É evidente, indicábanos Xoán Paulo II que «a Eucaristía crea comunión e educa á comunión»²⁰². As divisións que poidan existir entre os fieis cristiáns contradín abertamente as esixencias radicais da Eucaristía. Na celebración eucarística o día do Señor ten que converterse tamén no día da Igrexa: «Precisamente a través da participación eucarística, o día do Señor convértese tamén no día da Igrexa, que pode desempeñar así de maneira eficaz o seu papel de sacramento de unidade»²⁰³. En cada Eucaristía sentímonos urxidos a reproducir entre nós aquel mesmo ideal de comunión que animaba ós primeiros cristiáns. Aquela Igrexa, congregada en torno ós

Apóstolos e convocada pola Palabra de Deus para a fracción do pan, vive en profundidade a comunión entre tódolos seus membros²⁰⁴. O Santo Pai fálanos da Eucaristía como fonte de comunión con Cristo e entre nós con estas palabras: «*Na Eucaristía, o Señor dásenos co seu corpo, coa súa alma e a súa divindade, e nós convertémonos nunha soa cousa con el e entre nós*»²⁰⁵.

3) *María, muller «eucarística»*

44. Vimos como a Igrexa fai a Eucaristía, pero tamén como a Eucaristía fai a Igrexa. Alí onde está a Eucaristía, alí está a Igrexa. Agora ben, ensinaba Xoán Paulo II, «*se queremos descubrir en toda a súa riqueza a relación íntima que une Igrexa e Eucaristía, non podemos esquecer a María, Nai e modelo da Igrexa*»²⁰⁶. Ó se-la Virxe o membro humano máis excelso da Igrexa, é obvio que se pode falar dela como muller «eucarística». Na Carta Apostólica «*Rosarium Virginis Mariae*», Xoán Paulo II, ó falar da Virxe como Mestra na contemplación do rostro de Cristo, incluíu entre os misterios de luz a «*institución da Eucaristía*». María pode guiarnos na contemplación do rostro eucarístico de Cristo, porque ten unha relación moi estreita con el: «*A primeira vista, o Evanxeo non fala deste tema. No relato da institución, a tarde do Xoves Santo, non se menciona a María. Sábese, sen embargo, que estaba xunto ós Apóstolos, ‘concordes na oración’ (cfr. Hech. 1, 14), na primeira comunidade reunida despois da Ascensión agardando Pentecoste. Esta presenza súa non puido faltar certamente nas celebracións eucarísticas dos fieis da primeira xeración cristiá, ‘asiduos na fracción do pan’ (Hech. 2, 42)*»²⁰⁷.

a) María, muller eucarística en tódalas dimensións da súa vida

45. A relación de María coa Eucaristía pódese amosar indirectamente a partir da súa actitude interior. María é muller eucarística en toda a súa vida. A Eucaristía é misterio de fe que supera totalmente a luz do noso entendemento. É necesaria a luz da fe. María pode ser apoio e guía en toda actitude crente²⁰⁸. En efecto, «*María é a ‘Virxe oínte’, que acolle con fe a palabra de Deus: fe, que para ela foi premisa e camiño cara a Maternidade divina*»²⁰⁹. Ante a proposta do Arcanxo, a Virxe responde: «*Velaquí a escrava do Señor, fágase en min segundo a túa palabra*»²¹⁰. A Igrexa dende o día da institución da Eucaristía non deixou de cumprilo mandato do Señor: «*Facede isto en memoria de min*». Estas palabras lémbrennos aquelas da Virxe que nos convidan a obedecer ó seu Fillo sen titubeos: «*Facede o que El vos diga*»²¹¹. Xoán Paulo II comentaba a relación entre ambas expresións con estas palabras: «*Coa solicitude materna que amosa nas vodas de Caná, María asemella dicirnos: ‘non dubidedes, fiarvos da Palabra do meu Fillo. El, que foi capaz de transforma-la auga en viño, é igualmente capaz de facer do pan e do viño o seu corpo e o seu sangue, entregando ós crentes neste misterio a memoria viva da súa Pascua, para facerse así pan de vida*»²¹².

Ó longo da súa vida, a Virxe viviu unha permanente actitude eucarística, incluso antes da institución deste sacramento. En primeiro lugar «*polo feito mesmo de ofrecer o seu seo virxinal para a encarnación do Verbo de Deus*»²¹³. Con timidez humilde,

pero con fe confiada, a Virxe pronuncia o seu «Si». A Virxe amósanos no seu «Si» un corazón xenerosamente obediente. A morada dun peito casto faise de repente templo de Deus. Na «comuñón» de María xestante, Xesús vive nela día e noite durante nove meses. Así pois, «*María concibiu na encarnación ó Fillo divino, incluso na realidade física do seu corpo e do seu sangue, anticipando en si o que en certa medida se realiza sacramentalmente en todo crente que recibe, nas especies do pan e do viño, o corpo e o sangue do Señor*»²¹⁴. A Virxe «*non foi un instrumento puramente pasivo nas mans de Deus, senón que cooperou á salvación dos homes con fe e obediencia libres*»²¹⁵. Temos que segui-las pegadas da fe de María: unha fe xenerosa que se abre á Palabra de Deus e que acolle a vontade de Deus. Cada un de nós debe estar pronto a responder así, como Ela, na fe e na obediencia, para cooperar, cada un na propia esfera de responsabilidade, á edificación do Reino de Deus. Neste sentido existe unha notable analoxía entre o «fiat» pronunciado por María ás palabras do anxo e o «amén» que cada fiel pronuncia cando recibe o Corpo do Señor²¹⁶.

46. Despois do seu «fiat», María sentiu que o Verbo se fixo carne no seu seo. Chea de Deus ponse en camiño para visitar e axudar á súa curmá, Sabela. Desta forma convértese na Arca da nova Alianza. É a primeira Custodia que preside a primeira procesión do Corpus Christi. Xoán Paulo II ofrecíanos un comentario de tintura eucarística do encontro de María con Sabela: «*Cando na Visitación, leva no seu seo o Verbo feito carne, convértese dalgún modo en ‘tabernáculo’ -o primeiro ‘tabernáculo’ da historia- onde o Fillo de Deus, aínda invisible ós ollos dos homes, ofrécese á adoración de Sabela, como ‘irradiando’ a súa luz a través dos ollos e a voz de María*»²¹⁷. Máis tarde, María ó contemplar engaiolada o rostro do seu Fillo recién nado, convértese en modelo de amor no que ten que inspirarse cada comuñón eucarística.

María durante toda a súa vida fai súa a dimensión sacrificial da Eucaristía. Na presentación do neno Xesús no templo, Simeón e Ana representan a tódalas xentes expectantes que saen ó encontro do Salvador. Xesús é recoñecido como «luz das nacións» e «gloria de Israel», pero tamén como «signo de contradicción»²¹⁸. Precisamente a espada de dor anunciada a María, a súa Nai, profetiza outra oblación perfecta e única, a da Cruz que dará a salvación a tódolos pobos²¹⁹. O ancián Simeón diríxese a María con estas palabras: «*Este está posto para caída e elevación de moitos en Israel, e para ser sinal de contradicción...a fin de que queden ó descuberto as intencións de moitos corazóns. E a ti mesma unha espada atravesarache a alma*»²²⁰. Nestes termos descríbese a concreta dimensión histórica na cal o Fillo de Deus cumprirá a súa misión, é dicir, na incompreensión e na dor. María ten que vivir no sufrimento a súa obediencia de fe ó lado do Salvador que sofre²²¹.

A profecía de Simeón vaise cumprindo e «*María vive unha especie de ‘Eucaristía anticipada’ poderíase dicir, unha ‘comuñón espiritual’ de desexo e ofrecemento, que culminará na unión co Fillo na paixón e manifestarase despois, no período postpascual, na súa participación na celebración eucarística, presidida polos Apóstolos, como ‘memorial’ da paixón*»²²². As palabras da institución da Eucaristía «*Isto é o meu corpo que é entregado por vós*» teñen un eco especial no corazón de

María, pois «*aquel corpo entregado como sacrificio e presente nos signos sacramentais, jera o mesmo corpo concibido no seu seo!*»²²³. Na Eucaristía Xesús dásenos como «Pan de vida» na comunión. Este momento da celebración eucarística tivo na vida da Virxe unha intensidade especial e única: «*Recibi-la Eucaristía debía significar para María como se acollese de novo no seu seo o corazón que latexara ó unísono co seu e revivir o que experimentara en primeira persoa ó pe da Cruz*»²²⁴. Na Eucaristía actualizámo-lo misterio pascual de Cristo. No trazo fundamental da súa vida histórica Xesús pon en evidencia un novo vínculo entre Nai e Fillo. A maternidade espiritual emerxe da definitiva maduración do misterio pascual de Cristo. María é entregada ó home (Xoán) como nai de tódolos homes.

b) A Eucaristía é toda ela un 'Magnificat'

47. Este sacramento chámase «*Eucaristía porque é acción de gracias a Deus*»²²⁵. No cántico do «*Magnificat*» María dá gracias polas marabillas que Deus realizou nela e en toda a humanidade. Neste cántico verteu, como nunha ánfora, os secretos do seu corazón e as máis íntimas efusións da súa alma. O «*Magnificat*» reflexa o interior de María. «*A Eucaristía, en efecto, como o canto de María, é ante todo loanza e acción de gracias... María rememora as marabillas que Deus fixo na historia de salvación... María canta o 'ceo novo' e a 'terra nova' que se anticipan na Eucaristía ¡A Eucaristía déusenos para que a nosa vida sexa, como a de María, toda ela un Magnificat!*»²²⁶. No proceso da nosa configuración con Cristo temos que aprender da súa Nai, deixándonos acompañar por Ela. Así como Igrexa e Eucaristía son un binomio inseparable, o mesmo se pode dicir do binomio María-Eucaristía. «*Por iso, a lembranza de María na celebración eucarística é unánime, xa dende a antigüidade, nas Igrexas de Oriente e Occidente*»²²⁷.

III

A EUCARISTÍA E A MISIÓN DA IGREXA

48. Abonda con le-los Evanxeos para percibir que Xesús non se conformou con ser, coas súas palabras e coas súas obras, o signo vivo do Reino que anunciaba. É un dato incontestable que reuniu en torno a si a un grupo de discípulos, para que testemuñasen publicamente a súa chamada universal á salvación e o Reino de amor que viña a instaurar. Aínda hoxe, corenta anos despois do Concilio Vaticano II, resoan con forza aquelas palabras de Paulo VI: «*A Igrexa sitúase entre Cristo e a humanidade, pero non engaiolada de si mesma..., non como constituíndose no seu propio fin, senón moi ó contrario, constantemente preocupada por ser toda de Cristo, en Cristo e para Cristo; por ser toda dos homes, entre os homes, para os homes, humilde e gloriosa intermediaria, traendo, conservando e difundindo dende Cristo á humanidade a verdade e a gracia da vida sobrenatural*»²²⁸. A Igrexa existe para a misión. A Igrexa séntese enviada polo Deus

Un e Trino. Na Eucaristía ofrece ó Pai o sacrificio de Cristo, gracias á invocación do Espírito. Antes de amosa-la relación entre a Eucaristía e a misión da Igrexa, quero lembrar algunhas dimensións básicas da Igrexa como misterio de comunión e de misión.

1) *A Igrexa, misterio de comunión*

49. A Igrexa atópase inserida no desingio de Deus Pai de comunicarse ós homes por Xesus Cristo no Espírito Santo. A reflexión eclesiolóxica non pode disociar-la fonte trinitaria da Igrexa da súa manifestación na vida dos homes²²⁹. A Igrexa é como «un pobo reunido en virtude da unidade do Pai e do Fillo e do Espírito Santo»²³⁰.

a) *A Igrexa é froito do amor gratuito de Deus*

A Igrexa non existe como tal máis que no 'Abba' incesante que dirixe ó Pai polo Fillo no Espírito Santo. Nada do amor do Pai, a comunidade eclesial séntese froito do seu amor gratuito. O Pai «estableceu convoca-los que cren en Cristo na santa Igrexa, que xa foi prefigurada dende a orixe do mundo, preparada admirablemente na historia do pobo de Israel e na Antiga Alianza, constituída nos tempos definitivos, manifestada pola efusión do Espírito e que se consumará gloriosamente ó final dos tempos»²³¹.

Dende a raíz da iniciativa do Pai, ó Fillo perténcelle poñer en execución o plano de salvación do seu Pai. Este é o motivo da súa «misión». En efecto, «o misterio da santa Igrexa maniféstase na súa fundación. Pois o noso Señor Xesús deu comezo á Igrexa predicando a boa nova, é dicir, a chegada do reino de Deus prometido dende séculos na Escritura: 'Porque o tempo está cumprido, e achegouse o reino de Deus' (Mc.1,15; Cfr. Mt.4,17)»²³². Para cumprir-la vontade do Pai, Cristo inaugura o Reino dos ceos na terra. A Igrexa é o Reino de Cristo «presente xa en misterio»²³³. Agora ben, a Igrexa non é só memoria e fidelidade ás orixes. Edifícase gracias á acción do Señor resucitado.

50. O Espírito Santo inflúe permanentemente na marcha da Igrexa pola historia dende unha triple perspectiva. A terceira Persoa divina santifica á Igrexa. Así ensínano-lo o Concilio: «Consumada, pois, a obra que o Pai confiou ó Fillo na terra, foi enviado o Espírito Santo no día de Pentecoste, para que indeficientemente santifícase á Igrexa»²³⁴. O mesmo Espírito que é fonte de comunión na relación trinitaria, é tamén fonte de comunión na relación eclesial: «o mesmo na Cabeza e nos membros»²³⁵. El é, tamén a novidade creadora da historia, na espera activa do Reino escatolóxico. En síntese, pódese afirmar que o Pai orixina a Igrexa mediante a misión conxunta do Fillo que a institúe e do Espírito que a constituíe. De modo moi conciso sostén Tertuliano: «Onde os tres, é dicir, o Pai e o Fillo e o Espírito Santo, alí está a Igrexa que é o corpo dos tres»²³⁶. Neste sentido «A Igrexa é unha misteriosa extensión da Trindade no tempo, que non soamente nos prepara á vida unitiva, senón que nos fai xa partícipes dela. Proven da Trindade e está chea da Trindade»²³⁷.

b) *A Igrexa reconécese como misterio de comunión*

51. O concepto de comunión verteбра a eclesiología do Concilio Vaticano II. Esta noción impregnou durante o primeiro milenio a conciencia da Igrexa. No Sínodo

extraordinario de 1985 recoñécese que «*a eclesioloxía de comunión é unha idea central e fundamental nos documentos do Concilio*»²³⁸. No seu primeiro artigo a Carta «*Communio notio*» afirma: «*O concepto de comunión (koinonía), xa posto de relevo nos textos do Concilio Vaticano II, é moi adecuado para expresa-lo núcleo profundo do misterio da Igrexa, e certamente, pode ser unha clave de lectura para unha renovada eclesioloxía católica*»²³⁹. A teoloxía está emprestando unha gran atención a esta contribución conciliar. O Secretario especial da primeira Asemblea extraordinaria do Sínodo de Bispos de 1969, escribía: «*A innovación do Vaticano II de maior transcendencia para a eclesioloxía e para a vida da Igrexa foi o centra-la teoloxía do misterio da Igrexa sobre a noción de comunión*»²⁴⁰. Fai anos sostiña tamén, con toda claridade, o teólogo alemán, Walter Kasper que «*Unha das ideas fundamentais da eclesioloxía do Concilio, a idea fundamental máis ben, é a de 'comunión'... Os textos conciliares e a súa eclesioloxía de comunión en modo algún están superados. Podería incluso dicirse que a súa recepción non fixo máis que comezar*»²⁴¹.

c) Dimensións básicas do misterio da Igrexa como comunión

52. O Deus cristián non é soidade, é comunión. O modelo rematado de comunión atópa a Igrexa no misterio da Santísima Trindade²⁴². O pobo de Deus está incardinado no movemento de autocomunicación e automanifestación de Deus Pai por Xesus Cristo no Espírito Santo²⁴³. O misterio trinitario de Deus reflíctese en tres imaxes eclesiolóxicas básicas: Pobo de Deus, Corpo de Cristo e Templo do Espírito. Estas tres imaxes son prioritarias, porque expresan o misterio máis fundamental e máis vital da Igrexa. No pobo de Deus que vive como Corpo de Cristo todos son suxeitos de comunión: «*Esta comunión comporta unha solidariedade espiritual entre os membros da Igrexa, en canto membros dun mesmo Corpo, e tende á súa efectiva unión na oración, inspirada en todos por un mesmo Espírito, o Espírito Santo que enche e une toda a Igrexa*»²⁴⁴. É connatural ó ser cristián actuar corresponsablemente 'pro sua parte' na comunión e misión da Igrexa. Esta é comunión en 'igualdade diferenciada'.

A comunión eclesial ten unha auténtica base sacramental²⁴⁵. Máis concretamente, a comunión eclesial e a Eucaristía son realidades inseparables: «*A participación do corpo e sangue de Cristo fai que pasemos a ser aquilo que recibimos*»²⁴⁶. En consecuencia, «*a expresión paulina: a Igrexa é o Corpo de Cristo, significa que a Eucaristía, na que o Señor nos entrega o seu Corpo e nos transforma nun só Corpo, é o lugar onde permanentemente a Igrexa se expresa na súa forma máis esencial: presente en todas partes e, sen embargo, só unha, así como un é Cristo*»²⁴⁷. A celebración da Eucaristía é, en canto mesa do Señor compartida, fogar de fraternidade cristiá, fermento da solidariedade con tódolos homes e fundamento e esixencia que clama pola efectiva comunicación.

A Igrexa católica, unha e única constitúese en e, a base das Igrexas particulares, e subsiste en elas²⁴⁸. A Igrexa non se fragmenta en sucursais nin resulta da organización internacional con entidades administrativas en determinados lugares. A Igrexa non é suma de partes, senón comunión de totalidades. A universalidade da Igrexa realízase localmente. A Igrexa é o Corpo das Igrexas²⁴⁹.

53. A comunión eclesial é un regalo da familia divina. A realidade da Igrexa-Comunión forma parte integrante do designio divino de salvación. É o Espírito vivificador quen realiza a admirable unión dentro da Igrexa²⁵⁰. Con estas palabras precisas descríbese esta acción do Espírito: «*Aquel Espírito que dende a eternidade abraza a única e indivisa Trindade, aquel Espírito que 'na plenitude dos tempos' (Gál.4,4) uniu indisolublemente a carne humana ó Fillo de Deus, aquel mesmo e idéntico Espírito é, ó longo de tódalas xeracións cristiás, o inesgotable manancial do que agroma sen cesa-la comunión na Igrexa e da Igrexa*»²⁵¹. A comunión é froito tamén da Palabra e dos Sacramentos, especialmente da Eucaristía. Non é, polo tanto, fundamentalmente o resultado de esforzos humanos. Agora ben, esta comunión ten un carácter dinámico. Está esixindo unha expansión e un afondamento persoal e comunitario. A comunión iniciada como don de Deus reclama a colaboración de cada crente e de cada comunidade. A comunión vaise configurando como comunión 'orgánica'. Está caracterizada pola simultánea presenza da diversidade e da complementariedade das vocacións e condicións de vida, dos ministerios e carismas²⁵².

2) A Igrexa, misterio de comunión e de misión

54. Vimos como a eclesiología de comunión representa o corazón da doutrina conciliar sobre a Igrexa. Agora ben, a Igrexa, misterio de comunión, naceu para a misión. Comunión e misión son dúas dimensións inseparables do único misterio da Igrexa. Pola súa natureza, a Igrexa durante a súa peregrinación na terra é misioneira, xa que ela mesma deriva a súa orixe da misión do Fillo e da misión do Espírito Santo segundo o designio de Deus Pai²⁵³. A misión, pois, garda un significado trinitario e teoloxal. Nace da caridade do Pai²⁵⁴, actualiza en cada momento da historia a misión de Xesús, o Fillo de Deus²⁵⁵ e faise posible polo Espírito Santo²⁵⁶.

a) A Igrexa existe para a misión

55. A misión abarca tamén á enteira existencia da Igrexa. Neste sentido, a misión significa moito máis que unha tarefa da Igrexa. É a expresión mesma do seu ser. A Igrexa existe para a misión. Paulo VI declaraba con palabras lapidarias que a evanxelización representa a vocación propia da Igrexa: «*Evanxelizar constitúe, en efecto, a dita e vocación propia da Igrexa, a súa identidade máis fonda. Ela existe para evanxelizar, é dicir, para predicar e ensinar, ser canle do don da gracia, reconciliar ós pecadores con Deus, perpetua-lo sacrificio de Cristo na Santa Misa, memorial da súa Morte e Resurrección*»²⁵⁷. Os que se senten discípulos de Xesús, fillos de Deus e irmáns entre si, son constituídos pola forza do Espírito Santo en comunidade evanxelizadora²⁵⁸. A Igrexa xorde da persoa e da misión evanxelizadora de Xesús e é enviada polo Señor Resucitado a evanxelizar ata a súa segunda vinda. A comunidade Apostólica continúa a presenza e a acción salvadora de Xesús de Nazaret morto e resucitado. No libro dos Feitos dos Apóstolos ponse de manifesto o dinamismo misionero das primeiras comunidades cristiás.

O envío de Cristo ‘ata os confíns do mundo’ segue sendo tan actual como na era Apostólica. Xoán Paulo II asumía moi en primeira persoa aquel berro do Apóstolo: «*¿Ai de min se non predicase o Evanxeo!*»²⁵⁹. O testemuño apostólico apoia-se en catro aspectos que non se esvaeceron co paso do tempo. Unha certeza: a de Cristo resucitado que segue estando vivo, «*exaltado pola destra de Deus*»²⁶⁰; un envío: «*Ide, pois, e facede discípulos a tódalas xentes*»²⁶¹; unha seguridade: «*Sabede que eu estou con vós tódolos días ata a fin do mundo*»²⁶²; e unha forza interior: «*Recibiréde-la forza do Espírito Santo*»²⁶³.

b) O centro da mensaxe é a salvación en Xesus Cristo

56. A única misión da Igrexa e o seu carácter progresivo descríbela o Apóstolo con estas palabras: «*Capacita así ós crentes para a tarefa do ministerio e para construí-lo Corpo de Cristo, ata que cheguemos todos á unidade da fe e do pleno coñecemento do Fillo de Deus, ata que sexamos homes perfectos, ata que alcancemos en plenitude a talla de Cristo*»²⁶⁴. Na oración sacerdotal Xesús manifesta o contido esencial da evanxelización: «*Pai, esta é a vida eterna: que te coñezan a ti, o único Deus verdadeiro, e ó teu enviado Xesus Cristo*»²⁶⁵. A evanxelización manifesta o amor gratuíto e universal de Deus comunicado na persoa de Xesus Cristo pola acción do Espírito Santo. O nuclear da mensaxe evanxelizadora é a salvación en Xesus Cristo. En consecuencia, «*Non hai evanxelización verdadeira mentres non se anuncie o nome, a doutrina, a vida, as promesas, o reino, o misterio de Xesús de Nazaret Fillo de Deus*»²⁶⁶. El fainos presente a proximidade de Deus, a súa misericordia entrañable, dáno-la filiación divina e prométeno-la vida que non ten fin. A mensaxe cristiá afecta a todo o home e a tódolos homes. A tarefa evanxelizadora «*é única e idéntica en todas partes e en toda situación, se ben non se exerce do mesmo modo segundo as circunstancias*»²⁶⁷. Os inmensos horizontes xeográficos da misión non deben ocultalos novos espazos humanos que marcan as mentalidades e as opcións dos nosos contemporáneos: «*Existen outros moitos areópagos do mundo moderno (ademais do da comunicación) cara os cales debe orientarse a actividade misioneira da Igrexa. Por exemplo, o compromiso pola paz, o desenvolvemento e a liberación dos pobos; os dereitos do home e dos pobos, sobre todo os do neno; a salvagarda da creación... Hai que lembrar, ademais, o vastísimo areópago da cultura, da investigación científica, das relacións internacionais...*»²⁶⁸. A misión da Igrexa é única, pero realízase en tarefas diversas. Isto dá á evanxelización unha gran riqueza de formas e de vieiros.

57. O anuncio do Evanxeo incumbe a todo cristián consciente da súa vocación de bautizado. A Igrexa enteira é a que recibiu de Cristo o mandato de ir por todo o mundo e anuncia-lo Evanxeo. A todo o pobo de Deus incumbe este mandato²⁶⁹. Polo tanto, «*non se dá, por ende, membro algún que non teña parte na misión de Cristo*»²⁷⁰. Por conseguinte, «*non hai lugar para o ocio: tanto é o traballo que a todos agarda na viña do Señor*»²⁷¹. Evanxelizar é un acto ‘eclesial’ que ten que se realizar en comunión coa Igrexa e no nome dela²⁷². Agora ben, a Igrexa universal faise presente en cada unha das Igrexas particulares con tódolos seus elementos constitutivos. A Igrexa universal maniféstase como ‘Corpo de Igrexas’²⁷³.

3) *O Espírito Santo, protagonista da misión*

58. Sen o Espírito Santo nin se realiza nin se produce o seu efecto en nós a salvación que Cristo nos trouxo²⁷⁴. O don do Espírito Santo é o don constante; é expresión da perennidade da acción salvadora de Deus cumprida dunha vez para sempre en Cristo, pero que o Espírito Santo constantemente universaliza, actualiza e interioriza²⁷⁵.

a) *O Espírito Santo, principio vital da Igrexa*

A Igrexa é dalgún modo o lugar 'natural' do Espírito, como o foi a humanidade de Xesús no tempo da súa vida mortal. San Ireneo formula así esta realidade: «*Onde está a Igrexa alá está o Espírito de Deus, e onde está o Espírito de Deus alá está a Igrexa e toda gracia, pois o Espírito é a verdade*»²⁷⁶. Máis tarde, San Xoán Crisóstomo sostén con toda claridade que «*se o Espírito Santo non estivese presente non existiría a Igrexa; se existe a Igrexa, isto é un signo aberto da presenza do Espírito*»²⁷⁷. O Espírito santifica constantemente á Igrexa, mora nela, introdúcea na plenitude da verdade, unificaa e diríxea, enriqueceaa con diversos dons xerárquicos e carismáticos e lévaa á perfección²⁷⁸. Constitúe como o principio vital da Igrexa, a súa alma²⁷⁹.

No Cenáculo, a véspera da súa paixón, Xesús promete ós seus discípulos o envío do Espírito Santo²⁸⁰. Deus cumpre sempre as súas promesas. O día de Pentecoste foi enviado o Espírito Santo sobre os Apóstolos e sobre a primeira comunidade dos discípulos do Señor que no Cenáculo «*perseveraban na oración, cun mesmo espírito*», en compañía de María, a nai de Xesús²⁸¹. No relato deste acontecemento recóllense tres elementos externos: o ruído do vento, as linguas de lume e o carisma da linguaxe. Todos eles indican non só a presenza do Espírito Santo, senón tamén a súa particular vinda sobre os presentes, o seu doarse que provoca neles unha verdadeira transformación²⁸². Pentecoste supuxo unha efusión de vida divina. Xunto coa Pascua, Pentecoste constitúe o coroamento da economía salvífica da Trindade divina nas historia humana. No evento de Pentecoste revélalle ó mundo a Igrexa, o novo Pobo de Deus. A relación entre o Espírito Santo e a Igrexa non é de tipo externo, senón de carácter fondo e vital: «*Á Igrexa, de feito, foille confiado o Don de Deus, como sopro á criatura formada, a fin de que tódolos membros, participando nel, sexan vivificados; e nela foi depositada a comunión con Cristo, é dicir, o Espírito Santo, prenda de incorruptibilidade, confirmación da nosa fe e escaleira da nosa subida a Deus*»²⁸³.

O decreto conciliar «*Ad xentes*» destaca a relación da terceira Persoa divina coa misión da Igrexa. O decreto lembra que «*o Señor Xesús, antes de dar voluntariamente a súa vida para salva-lo mundo, de tal maneira organizou o ministerio apostólico e prometeu envia-lo Espírito Santo, que ambos están asociados na realización da obra da salvación en todas partes e para sempre*»²⁸⁴. A misión da Igrexa non é só froito da obediencia ó 'mandato de Cristo', senón que se fai presente en tódolos pobos e nacións impulsada «*pola caridade e gracia do Espírito Santo*»²⁸⁵. Ademais, a presenza e acción do Espírito é imprescindible para que a palabra da predicación sexa acollida polas persoas nos seus corazóns²⁸⁶.

b) O Espírito Santo, axente principal da evanxelización

59. Paulo VI na exhortación Apostólica «*Evangelii nuntiandi*» (1975) dedica todo o número 75 para amosa-la relación entre a terceira Persoa divina e a evanxelización. Comeza sentando este principio básico: «*Non haberá nunca evanxelización posible sen a acción do Espírito Santo*»²⁸⁷. A continuación describe a grandes trazos a presenza activa do Espírito na vida pública de Xesús de Nazaret. O mesmo Espírito, despois de Pentecoste inflúe tan decisivamente na vida dos Apóstolos que sen El non sería posible a gran obra da evanxelización. Máis aínda, «*o Espírito que fai falar a Pedro, a Paulo e ós Doce, inspirando as palabras que eles deben pronunciar, descende tamén 'sobre os que escoitan a Palabra*»²⁸⁸. Por elo, «*gracias ó apoio do Espírito Santo, a Igrexa medra*»²⁸⁹. El anima dende dentro toda a actividade Apostólica da Igrexa. El actúa en cada evanxelizador.

É necesario lembrar que as habilidades persoais, os medios técnicos e os recursos humanos non suplen a acción do Espírito Santo que é quen eleva os corazóns á gracia, mantén a comunión eclesial e alenta a vida evanxélica. O evanxelizador que é dócil á acción do Espírito Santo vive con ilusión, ledicia e esperanza. Paulo VI, despois de resalta-la bondade das técnicas da evanxelización, sinala con toda claridade que «*nin as máis perfeccionadas poderían substituí-la acción discreta do Espírito. A preparación máis refinada do evanxelizador non consegue absolutamente nada sen El. Sen El, a dialéctica máis convincente é impotente sobre o espírito dos homes. Sen El, os esquemas máis elaborados sobre bases sociolóxicas ou psicolóxicas revélanse pronto desprovistos de todo valor*»²⁹⁰. Sen temor algún pode «*dicirse que o Espírito Santo é o axente principal da evanxelización*»²⁹¹.

60. Todo o dito amosa que, cando a Encíclica «*Redemptoris missio*» (1990) de Xoán Paulo II trata do Espírito como protagonista da misión, está seguindo as pegadas da viva Tradición da Igrexa. Mentres que a «*Evangelii nuntiandi*» fala do Espírito como «*axente principal*», a Encíclica «*Dominum et vivificante*» (1986) preséntao como «*protagonista transcendente desta obra salvífica*»²⁹², de aquí pasou este título ó capítulo terceiro da «*Redemptoris missio*». Xoán Paulo II non dubida en afirmar que «*o Espírito Santo é en verdade o protagonista de toda misión eclesial*»²⁹³.

Mediante a acción do Espírito, o Evanxeo vai tomando corpo nas consciencias e nos corazóns das persoas e vaise difundindo na historia. En toda actividade eclesial está presente o Espírito que dá a vida. Despois de Pascua, «*os Apóstolos viven unha fonda experiencia que os transforma: Pentecoste*»²⁹⁴. O Espírito capacítaos para ser testemuñas de Xesús con toda liberdade. Tralo primeiro anuncio de Pedro e as conversións conseguintes, fórmase a primeira comunidade²⁹⁵. É o Espírito o que fai misioneira a toda a Igrexa. As primeiras comunidades eran dinamicamente abertas e misioneras. Nelas cúmprese este principio tan saudable: «*Aínda antes de ser acción, a misión é testemuño e irradiación*»²⁹⁶.

O Espírito está presente e operante en todo tempo e lugar. É verdade que o Espírito maniféstase de maneira especial na Igrexa, sen embargo a súa presenza e acción non quedan circunscritas de modo exclusivo ó ámbito eclesial. O Concilio Vaticano II recalcou esta realidade. Ensina que o Espírito actúa no corazón do home, mediante

as «sementes da Palabra», «*incluso nas iniciativas relixiosas, nos esforzos da actividade humana encamiñados á verdade, ó ben e a Deus*»²⁹⁷. O Espírito actúa realmente na sociedade, na historia, nas culturas e nas relixións. El que «*sopra onde quere*»²⁹⁸ convidanos a considera-la súa acción presente en todo tempo e lugar. Como Igrexa particular, a nosa Diocese ten que prestar atención á presenza e á voz do Espírito. Ten que afronta-las tarefas evanxelizadoras, confiando plenamente no Espírito «*¡El é o protagonista da misión!*»²⁹⁹.

4) *A Eucaristía, un eficaz descendemento do Espírito Santo*

61. Hai que recoñecer que na liturxia é toda a Santísima Trindade a que actúa: O Fillo encarnado é o centro vivente, o Pai é a orixe primeira e o fin último e o Espírito Santo é o que fai presente a Cristo no hoxe da Igrexa. O Catecismo da Igrexa Católica da Igrexa Católica destaca o papel activo do Espírito como pedagogo, preparador, memoria, animador e actualizador do misterio de Cristo na celebración litúrxica³⁰⁰.

a) A presenza activa do Espírito Santo na Liturxia

A Liturxia é chamada 'o sacramento do Espírito', porque, como no día de Pentecoste, enche de si mesmo as accións litúrxicas. Máis aínda, «*a gracia do Espírito Santo tende a suscita-la fe, a conversión do corazón e a adhesión á vontade do Pai*»³⁰¹. Pola presenza do Espírito na liturxia os misterios da vida de Cristo chegan a ser para o crente actuais e eficaces. O Espírito Santo operante no tempo da Igrexa é o que fai a Cristo novamente vivo en medio dos seus. A Palabra de Deus, proclamada e escoitada na liturxia, posúe unha particular vitalidade e unha eficacia real. En síntese pódese dicir que «*a finalidade da misión do Espírito Santo en toda acción litúrxica é poñer en comunión con Cristo para forma-lo seu Corpo*»³⁰².

Os Pais da Igrexa puxeron de manifesto a presenza activa do Espírito Santo na vida sacramental da Igrexa. «*Os nosos misterios, sostén San Xoán Crisóstomo, non son accións teatrais: aquí todo está regulado polo Espírito*»³⁰³. San Cirilo de Xerusalén ensina que o Espírito «*transforma sempre o que toca*»³⁰⁴. «*Só na Igrexa, afirma San Isidoro de Sevilla, celébranse fructuosamente os sacramentos; de feito, é o Espírito Santo o que habita nela e opera secretamente o efecto*»³⁰⁵.

b) O Espírito Santo e a Eucaristía

62. Ben sabemos que na Eucaristía «*contense todo o ben espiritual da Igrexa, a saber, Cristo mesmo, a nosa Pascua*»³⁰⁶. Dada a riqueza da Eucaristía, é evidente que a acción do Espírito nela é moi destacada. Dalgún modo pódese afirmar que a presenza do Espírito na Eucaristía fai que a celebración deste sacramento sexa un Pentecoste, un eficaz descendemento do Espírito. Xoán Paulo II lembrábanos como a Igrexa pide a presenza do Espírito na celebración eucarística: «*A Igrexa pide este don divino (o Espírito Santo), raíz de tódolos outros dons, na epiclesis eucarística. Lese, por exemplo, na 'Divina Liturxia' de San Xoán Crisóstomo: 'Invocámoste, rogámoste e suplicámoste: manda o teu Santo Espírito sobre nós e sobre estes dons...para que sexan purificación da alma,*

remisión dos pecados e comunicación do Espírito Santo para cantos participan deles'. E, no Misal Romano, o celebrante implora que: 'Fortalecidos co Corpo e a Sangue do teu Fillo e cheos do seu Espírito Santo, formemos en Cristo un só corpo e un só espírito'. Así, co don do seu corpo e o seu sangue, Cristo acrecenta en nós o don do seu Espírito, infundido xa no Bautismo e impreso como 'selo' no sacramento da Confirmación»³⁰⁷.

O mesmo Espírito que obrou a encarnación do Fillo de Deus é o que realiza agora o misterio eucarístico. O sacerdote, impondo as mans sobre o pan e o viño, pronuncia a epiclesis anteconsecratoria: «*Suplicámosche que santifiques polo mesmo Espírito estes dons que preparamos para ti, de maneira que sexan Corpo e Sangue de Xesus Cristo*»³⁰⁸. Na epiclesis de despois da consagración invócase a acción do Espírito sobre a comunidade que vai participar na comunión. Pídese a Deus que, por medio do seu Espírito, conceda á comunidade, que está celebrando o memorial da pascua de Cristo e que vai participar da súa doazón sacramental, os froitos do sacramento: o amor, a vida, a unidade. Como en Pentecoste o Espírito encheu de vitalidade á Igrexa nacente, agora, ó celebra-la Eucaristía, a comunidade desexa ser transformada no Corpo de Cristo: «*Dáno-lo teu Espírito de amor ós que participamos nesta comida, para que vivamos cada día máis unidos na Igrexa*»³⁰⁹.

5) A Eucaristía, fonte e cumio da misión da Igrexa

63. A Eucaristía é xeradora de Igrexa, que agroma e nace cada día do misterio eucarístico. É na Eucaristía onde unha multitude de persoas faise Corpo de Cristo³¹⁰. En virtude desta misteriosa interacción é o Corpo único o que se vai construíndo nas condicións da vida presente, ata alcanza-la perfección definitiva ó final dos tempos. Non existe auténtica celebración e adoración da Eucaristía que non conduza á misión. De feito, «*a Eucaristía é fonte de misión*»³¹¹. A súa vez, a misión presupón outro trazo eucarístico esencial, a unión dos corazóns. Toda a tarefa evanxelizadora da Igrexa nace e tende á Eucaristía: «*Así, a Eucaristía é a fonte e, ó mesmo tempo, a cumio de toda a evanxelización, posto que o seu obxectivo é a comunión dos homes con Cristo e, nel, co Pai e co Espírito Santo*»³¹². O Santo Pai Benedicto XVI lémbra-nos o perfil evanxelizador da Eucaristía. Velaquí as súas palabras: «*A Eucaristía fai presente constantemente a Cristo resucitado, que se segue entregando por nós, chamándonos a participar na mesa do seu Corpo e o seu Sangue. Da comunión plena con el agroma cada un dos elementos da vida da Igrexa, en primeiro lugar a comunión entre tódolos fieis, o compromiso do anuncio e de testemuño do Evanxeo e o ardor da caridade cara todos, especialmente cara os pobres e os pequenos*»³¹³.

a) Fundamento eucarístico da misión

64. Da Igrexa como comunión á misión da Igrexa, gracias ó misterio da Eucaristía, porque «*a liturxia na que se realiza o misterio da salvación remátase co envío dos fieis ('missio') a fin de que cumpran a vontade de Deus na súa vida cotiá*»³¹⁴. Mediante a participación activa na Eucaristía, alimentámonos do zume da Vide verdadeira que é Cristo. Unidos especialmente á Vide, os bacelos son chamados a dar froito³¹⁵. Durante o encontro do Señor resucitado cos discípulos de Emaús, o Señor

explícalle-lo acontecemento da súa morte e resurrección e, ‘ó parti-lo pan’ recoñéceno. Entón séntense impulsados a volver a Xerusalén para anunciar ós Once a nova: «E, levantándose ó momento, volvéronse a Xerusalén e atoparon reunidos ós Once e ós que estaban con eles, que dicían: ‘¡É verdade, o Señor resucitou e apareceuse a Simón!’». Eles, pola súa parte, contaron o que pasara no camiño e como o recoñeceran no parti-lo pan»³¹⁶. Isto pon de manifesto, ó menos en parte, que á Eucaristía se lle chame tamén, con razón, a «Misa». Xoán Paulo II falaba da «Misa á misión»³¹⁷. O discípulo de Cristo séntese debedor para cos irmáns de todo o que recibiu na celebración da Eucaristía. Todo aquel que, na Santa Misa, recoñeceu a presenza do Señor, séntese urxido a transmitir ós demais o Evanxeo. O crente escoita dentro de si o mandato do Señor: «*Ide e anunciade ós meus irmáns*»³¹⁸.

65. Rematada a celebración eucarística, o fiel cristián volta ó seu ambiente habitual co compromiso de facer de toda a súa vida un don, un sacrificio espiritual agradable a Deus³¹⁹. A Asemblea dispérsase para cumprir unha misión ou tarefa e non precisamente por conta propia ou en solitario, senón por encargo de Cristo en solidariedade eclesial e coa bendición do Pai, do Fillo e do Espírito Santo. A mesma oración despois da comunión insiste normalmente na responsabilidade e no compromiso que agroma da Santa Misa. É imposible que a Eucaristía alimente a fe e non leve a comunicala; converta o corazón e non mova a predica-la conversión; realice a unidade e non impulse a supera-las divisións da vida.

Ó lembrar con palabras solemnes a institución da Eucaristía, San Paulo advírtenos: «*Sempre que comedes deste pan e bebedes desta copa, anunciáde-la morte do Señor ata que El veña*»³²⁰. Nestes termos o Apóstolo refire a dinámica misioneira da Eucaristía. Despois da consagración o sacerdote proclama ante os fieis: «*Este é o Sacramento da nosa fe*». O pobo fiel responde: «*Anunciámo-la túa morte, proclamámo-la túa resurrección. ¡Ven, Señor Xesús!*». A comunidade crente é convocada para celebrar e proclamar ante o mundo a Pascua do Señor. Na súa vida pública Xesús asociou pronto ós Doce e ós setenta e dous á súa misión³²¹. Resucitado de entre os mortos, enviounos para que fixesen discípulos de tódalas xentes³²². Antes da súa Ascensión á dereita do Pai, comunicoulles: «*Vós recibiréde-la forza do Espírito Santo, que virá sobre vós, e seréde-las miñas testemuñas en Xerusalén, en toda Xudea, en Samaria e ata os confíns da terra*»³²³. Co Corpo e o Sangue do Resucitado, os que participan no banquete eucarístico, reciben o Espírito Santo que os capacita para o testemuño público.

A Asemblea eucarística é misioneira, xa que actualiza o dinamismo profundo da comunión. Esta comunión fai posible que o mundo crea e recoñeza a Xesús como enviado do Pai. Así exprésao Xesús no Cenáculo na oración ó Pai, impetrando para os seus discípulos o don da unidade: «*Pídoche que todos sexan un. Pai, o mesmo que ti estás en min e eu en ti, que tamén eles estean unidos a nós; deste modo, o mundo poderá crer que ti me enviaches...*»³²⁴. Dende esta perspectiva, a comunión é fonte e meta da misión.

Por outra parte, a celebración eucarística é proclamación pública da morte e resurrección do Señor ata a súa vinda gloriosa. Os fieis cristiáns reunidos en Asemblea

anuncian a súa fe, esperanza e determinación de vivir no amor. Deus revelou-se como amor e a comunidade eucarística dá a coñecer esta boa nova: «*Deus é amor... O amor non consiste en que nós amemos a Deus, senón en que el nos amou a nós, e enviou ó seu Fillo para librarnos dos nosos pecados*»³²⁵. Os cristiáns, reunidos en torno ó altar do sacrificio onde se consuma o amor ata o extremo, celebran e convidan a todos ó banquete do amor, a comungar co corpo e o sangue do Primoxénito da nova creación.

66. A Eucaristía é prenda da gloria futura. Imprime á Igrexa unha tensión escatolóxica. O pan e o viño eucarísticos están transidos do poder da resurrección que empeza a obrar xa en nós: «*O que come a miña carne e bebe o meu sangue ten vida eterna e eu resucitareino no derradeiro día...o que coma deste pan vivirá para sempre*»³²⁶. A súa vez, a Eucaristía é alimento do Pobo peregrino³²⁷. É fonte de esperanza activa e comprometida coa historia concreta. O Concilio Vaticano II, tras indicar que a actividade humana encontra a súa perfección no misterio pascual e que é preciso entregarse ó servizo temporal dos homes, conclúe: «*O Señor deixou ós seus unha prenda desta esperanza e un alimento para o camiño naquel sacramento da fe, no que os elementos da natureza, cultivados polo home, convértense no seu corpo e sangue gloriosos na cea da comunión fraterna e a pregustación do banquete celestial*»³²⁸. A comunidade cristiá réunese para celebra-la Eucaristía e así poder percorre-la historia con Cristo no seu paso cara o Pai. A Eucaristía é fonte de reconciliación e dános forza para ir en busca dos ausentes.

b) A Eucaristía, fonte de renovación da misión

67. Da Eucaristía nace o deber de cada cristián de cooperar ó crecemento do Corpo de Cristo, para levalo canto antes á plenitude³²⁹. En efecto, «*mediante a Eucaristía a Igrexa vive e medra continuamente*»³³⁰. Da fonte eucarística debe agromar un renovado compromiso pola misión eclesial. A Eucaristía é un verdadeiro lugar de renovación na misión da Igrexa por varias razóns.

A Eucaristía inflúe positivamente nos fieis que participan nela. O suxeito da celebración da Eucaristía é a persoa iniciada na vida de Cristo e da Igrexa a través dos sacramentos. O Concilio Vaticano II descríbennos como cada fiel vai exercitando o sacerdocio común na vivencia dos sacramentos³³¹. O bautismo incorpora os fieis á Igrexa e «*quedan destinados polo carácter ó culto da relixión cristiá, e, rexenerados como fillos de Deus, están obrigados a confesar diante dos homes a fe que recibiron de Deus mediante a Igrexa*»³³². O sacerdocio común non é, pois, soamente espiritual, senón comunitario e público. A confirmación fortalece o lazo de unión coa Igrexa; o confirmando recibe dun modo especial o don do Espírito Santo para dar testemuño de Cristo no mundo e o confirmado convértese nun cristián adulto capaz de defender e de protexe-la fe. Quen, dende esta realidade de confirmado na fe, participa na Eucaristía non pode menos de renova-la misión que xa recibiu ó ser iniciado e que expresa e celebra permanentemente na cea do Señor. A Eucaristía é a fonte e o cumio de toda a vida cristiá³³³. Esta vida agroma do altar e a el volve como ó seu punto máis alto. A Eucaristía é centro e culmen da evanxelización, porque é centro do Evanxeo,

da Igrexa, da vida cristiá e da misión. Neste sentido, a Santa Misa constitúese como o espacio de revisión e renovación da misión, en momento oportuno para unha auténtica toma de conciencia sobre o dereito e o deber de participar nas tarefas de edificación da Igrexa no mundo³³⁴.

68. A Eucaristía é tamén causa de renovación da misión, porque nela celébrase o misterio do cal arrinca e no que se funda a misión da mesma Igrexa. En efecto, o novo Pobo de Deus e os sacramentos nacen do Misterio Pascual: morte e resurrección, ascensión e envío do Espírito. Neste momento é cando o Señor Xesús transmite o Espírito e a misión, o poder de perdoar e bautizar, encoméndaa de predicar-lo Evanxeo e de se-las súas testemuñas «*ata os confines da terra*»³³⁵. A actualización do Misterio Pascual na Eucaristía implica o compromiso pola misión que arrinca da Pascua. «*A Eucaristía, en efecto, é o centro propulsor de toda a acción evanxelizadora da Igrexa, un pouco como o corazón no corpo humano. As comunidades cristiás, sen a celebración eucarística, na que se alimentan na dobre mesa da Palabra e do Corpo de Cristo, perderían a súa natureza auténtica: só ó ser 'eucarísticas' poden transmitir ó propio Cristo ós homes, e non só ideas ou valores, todo o nobres e importantes que se queira. A Eucaristía forxou insignes apóstolos misioneiros, en todo estado de vida: bispos, sacerdotes, relixiosos, leigos; santos de vida activa e contemplativa*»³³⁶. Dende esta perspectiva, a Eucaristía representa a chamada, o memorial da misión pascual de Cristo na súa visibilidade histórica. A comunidade que celebra conscientemente a Eucaristía, sitúase de cara ás esixencias e implicacións da Alianza nova e definitiva.

A Eucaristía rexuenece incesantemente á Igrexa. Por este motivo é causa de renovación da misión de todo o Pobo de Deus. A Eucaristía esixe a evanxelización e é á vez evanxelizadora. A Asemblea eucarística é epifanía da Igrexa, xa que é «*o centro de toda a vida cristiá para a Igrexa, universal e local, e para tódolos fieis individualmente*»³³⁷. A Eucaristía, como todo sacramento, estrutúrase sobre unha articulación de palabra e signo, anuncio e xesto, verbo e acción. Na Eucaristía culminan a evanxelización, a catequese, o ministerio sacerdotal e a caridade. Pero, ó mesmo tempo, da Eucaristía dimanan a nova forza e o novo compromiso da comunidade enteira e de cada fiel concreto para seguir realizando con empeño e audacia a misión recibida e celebrada³³⁸. Trátase, polo tanto, dunha evanxelización que garda tres momentos integrantes: implica unha preparación antecedente do presbítero, os servicios e ministerios, a comunidade enteira, inclúe, ademais, unha verdadeira mistagoxía eucarística no desenvolvemento e realización elocuente das palabras e signos e, por último, un compromiso consecuente para a vida ordinaria. A realización do triple ministerio profético, sacerdotal e real dentro da Eucaristía é para a Igrexa como memorial permanente dos obxectivos da súa misión: suscita-la fe pola Palabra, compartí-la vida pola caridade, dar grazas e anima-la esperanza polo culto.

Estou firmemente persuadido de que, se a nosa diocese de Ourense celebra e vive o misterio eucarístico nas súas dimensións fundamentais, responderá adecuadamente á chamada urxente que supón a Nova Evanxelización³³⁹.

IV

OS CRISTIÁNS, TESTEMUÑAS DO AMOR NO MUNDO

69. Xoán Paulo II sinalaba que *«o Bispo é o primeiro que, no seu camiño espiritual, ten o cometido de ser promotor e animador dunha espiritualidade de comunión, esforzándose incansablemente para que esta sexa un dos principios educativos de fondo en tódolos ámbitos nos que se modela ó home e ó cristián»*³⁴⁰. Todo o ministerio episcopal debe estar animado pola espiritualidade de comunión. Como sucesor dos apóstolos teño o deber de promover e anima-las diversas tarefas diocesanas cunha auténtica espiritualidade de comunión. Neste sentido, as institucións eclesiais teñen que actuar impregnadas pola comunión. Son consciente de que *«a comunión maniféstase sempre na misión, que é o seu froito e consecuencia lóxica»*³⁴¹. No capítulo precedente amosei como a comunión é a forma de existencia, de vida e de misión da Igrexa. O ser cristián está radicalmente modelado pola fraternidade e a comunión. O Concilio Vaticano II *«insiste na comunión, converténdoa na súa idea inspiradora e no eixo central de tódolos seus documentos»*³⁴². A comunión encarna e manifesta a entraña mesma do misterio da Igrexa. A fidelidade ó desingnio divino e o anhelo de responder á fonda esperanza do mundo nos impelen neste comezo de milenio a levar a cabo un grande desafío: *«facer da Igrexa a casa e a escola da comunión»*³⁴³. Antes de expoñer algunhas consecuencias concretas que derivan da espiritualidade de comunión, tentarei amosa-los seus trazos esenciais.

1) Trazos esenciais da espiritualidade de comunión

70. A espiritualidade de comunión está enraizada no misterio da Santísima Trindade. Desta forma *«a Igrexa aparece como un pobo reunido en virtude da unidade do Pai e do Fillo e do Espírito Santo»*³⁴⁴. A Igrexa procede do misterio trinitario. O desingnio salvífico universal do Pai, a misión do Fillo e a obra santificadora do Espírito fundan a Igrexa como misterio de comunión³⁴⁵.

A espiritualidade de comunión significa tamén *«capacidade de sentir ó irmán da fe na unidade profunda do Corpo místico»*³⁴⁶. Existe fraternidade porque Xesús, o Fillo, fainos partícipes da filiación divina e da comunión co Pai. A condición filial do Primoxénito vaise ensanchando nunha multitude de irmáns seus e fillos do Pai. Deus chámamos a *«reproducí-la imaxe do seu Fillo, para que fora o primoxénito entre moitos irmáns»*³⁴⁷. Xesus Cristo é a pedra angular sobre a que se levanta o templo de Deus no Espírito³⁴⁸. El é tamén a Cabeza do corpo da Igrexa³⁴⁹. A porta de entrada á fraternidade eclesial é o bautismo, polo que somos fillos de Deus. Un novo nacemento introdúcenos no seno dunha nova familia. O cristián é en realidade ‘co-cristián’. Invocamos ó noso Deus como ‘o noso Pai’. A oración cristiá por excelencia expresa e afonda a relación con Deus como Pai e a relación fraternal cos seus fillos. No seo da Igrexa non teñen sentido as barreiras que impiden a existencia fraterna: *«Os que vos bautizastes en Cristo revestístesvos de Cristo: xa non hai xudeu nin grego, nin escravo nin libre, nin home nin muller, xa que todos vós sodes un en Cristo*

Xesús»³⁵⁰. San Pedro exhortaba ós primeiros cristiáns con estas palabras: «*Amade ós irmáns*»³⁵¹. A comunión, pois, «*é saber 'dar espacio' ó irmán, levando mutuamente a carga dos outros (cfr. Gál.6,2) e rexeitando as tentacións egoístas*»³⁵².

A Igrexa é en Cristo un corpo de irmáns que se alimenta e medra participando no mesmo Corpo eucarístico do Señor. O sacramento da Eucaristía é fonte e expresión permanente da fraternidade cristiá. Ó recibi-la Eucaristía, o cristián non comunga soamente con Cristo; por Cristo recibe tamén ós seus irmáns cristiáns.

A espiritualidade de comunión é como un principio educativo onde día a día vaise formando a persoa humana e o cristián. Esténdese, polo tanto, a tódalas persoas e actividades eclesiais. Esta espiritualidade ten que estar presente nos distintos espazos eclesiais. A armazón da vida de cada Igrexa debe ser informada pola comunión³⁵³. Ademais, advertíanos Xoán Paulo II que «*non nos fagamos ilusións: sen este camiño espiritual, de pouco servirían os instrumentos externos da comunión. Converteríanse en medios sen alma, máscaras de comunión máis que os seus modos de expresión e crecemento*»³⁵⁴.

O capítulo cuarto da exhortación Apostólica «*Novo Millennio Ineunte*» leva por título: «*Testemuñas do amor*». Seguindo de preto o seu contido, desexo expoñer sinteticamente os aspectos básicos que configuran a espiritualidade de comunión. Cada un destes aspectos relaciónase estreitamente co misterio eucarístico.

2) *Variedade de vocacións*

71. A Igrexa é unha comunión orgánica, análoga á dun corpo vivo e operante. En consecuencia, «*está caracterizada pola simultánea presenza da diversidade e da complementariedade das vocacións e condicións de vida, dos ministerios, dos carismas e das responsabilidades*»³⁵⁵. Dende esta perspectiva cada fiel cristián atópase en relación con todo o Corpo místico de Cristo e bríndalle a súa propia colaboración. A comunidade cristiá ten que acoller tódolos dons do Espírito. En efecto, «*a unidade da Igrexa non é uniformidade, senón integración orgánica das lexítimas diversidades*»³⁵⁶.

É o único e idéntico Espírito o principio dinámico da variedade e da unidade na Igrexa e da Igrexa. Os diversos ministerios e carismas son para a edificación da Igrexa e para o cumprimento da súa misión salvadora no mundo. «*Servir ó Evanxeo da esperanza mediante unha caridade que evanxeliza é un compromiso e unha responsabilidade de todos*»³⁵⁷. Para levar a cabo a nova evanxelización é imprescindible seguir espertando o sentido da corresponsabilidade de tódolos bautizados.

O momento actual estanos urxindo un xeneroso esforzo na promoción das vocacións ó sacerdocio e á vida de especial consagración. «*Non se pode pasar por alto a preocupante escaseza de seminaristas e de aspirantes á vida relixiosa, sobre todo na Europa occidental*»³⁵⁸. É necesario pedir insistentemente ó Dono da seitura que mande operarios á súa seitura³⁵⁹. A pastoral vocacional adquire entre nós unha dimensión dramática «*debido ó contexto social cambiante e ó arrefriamento relixioso causado polo consumismo e o secularismo*»³⁶⁰. Como dixen na Carta «*Un Seminario para a Nova Evanxelización*»: «*Neste traballo pastoral, marcado por esta urxencia eclesial,*

temos que traballar con ilusión, unidos todos como a familia do Señor»³⁶¹. Se existe unha resposta positiva por parte de todos, será posible levar a cabo unha pastoral ampla e capilar que se faga presente nas familias, nas parroquias e nos centros educativos. É imprescindible leva-lo anuncio vocacional ó terreo da pastoral ordinaria.

a) O ministerio ordenado

72. Entre os diversos ministerios que existen na comunidade eclesial, hai un que posúe unha característica especial: o ministerio ordenado. Os ministros ordenados reciben de Cristo Resucitado o carisma do Espírito Santo, mediante o sacramento do Orde. Desta forma reciben a autoridade e o poder sagrado para servir á Igrexa, personificando a Cristo Cabeza e para congregala no Espírito Santo por medio do anuncio do Evanxeo e da celebración dos sacramentos³⁶². No exercicio do seu ministerio están «*chamados a prolonga-la presenza de Cristo, único e supremo Pastor, seguindo o seu estilo de vida e sendo como unha transparencia súa en medio do rabaño que lles foi confiado*»³⁶³. Considero que «*o exercicio do sagrado ministerio encontra hoxe moitas dificultades, ben debidas á cultura imperante, ben debido á diminución numérica dos presbíteros, co aumento da carga pastoral e de cansazo que isto pode comportar. Por iso son máis dignos aínda de estima, gratitude e proximidade os sacerdotes que viven con admirable dedicación e fidelidade o ministerio que se lles confiou*»³⁶⁴. Os ministros ordenados son ante todo unha gracia para a Igrexa enteira. O sacerdocio ministerial está esencialmente finalizado ó sacerdocio común de tódolos bautizados e a este ordenado³⁶⁵.

b) A vida consagrada

73. A vida consagrada non é froito da vontade humana. Ó contrario, «*enraizada fondamente nos exemplos e ensinanzas de Cristo o Señor, é un don de Deus Pai á súa Igrexa por medio do Espírito*»³⁶⁶. Ó longo da historia nunca faltaron homes e mulleres que, dóciles á chamada divina, elixiron libremente un camiño de especial seguimento de Cristo, para dedicarse a el con corazón 'indiviso'³⁶⁷. A vida consagrada é, pois, «*unha planta de moitas pólas, que afunde as súas raíces no Evanxeo e produce abundantes froitos en toda estación da Igrexa*»³⁶⁸. O bautismo é a terra fértil de onde agroman ulteriores compromisos e consagracións. Como se dixo máis enriba, é o Espírito o que establece a igual dignidade básica, pero tamén a pluriformidad de vocacións, carismas e consagracións³⁶⁹.

A consagración, como signo das realidades definitivas, convértese en profecía e en testemuño sobre todo polos desafíos lanzados pola vida consagrada ó hedonismo, ó materialismo e á liberdade exacerbada³⁷⁰. A práctica da pobreza, castidade e obediencia van configurando á persoa consagrada co Señor Xesús. Hai que recoñecer que unha Igrexa particular sen persoas de vida consagrada, atoparíase fortemente debilitada. Toda familia de vida consagrada recibe sentido en canto edifica o Corpo de Cristo na unidade das súas diversas funcións e actividades. A Igrexa particular constitúe o espacio histórico no que unha vocación se expresa na realidade e no que

se efectúa o seu comportamento apostólico. A solicitude para coas persoas de vida consagrada forma parte esencial do meu ministerio episcopal. En efecto, *«o Bispo deberá de estimar e promove-la vocación e misión específicas da vida consagrada, que pertence estable e firmemente á vida e á santidad da Igrexa»*³⁷¹.

c) A vocación específica dos fieis cristiáns leigos

74. A riqueza da vida nova recibida no Bautismo inclúe, ademais do ministerio ordenado e da vida consagrada, a vocación propia dos leigos. *«Estes, en virtude da súa condición bautismal e da súa específica vocación, participan no oficio sacerdotal, profético e real de Xesucristo, cada un na súa propia medida»*³⁷². A contribución dos leigos á misión eclesial é irrenunciable. Os pastores deben, polo tanto, recoñecer e promove-los ministerios, oficios e funcións dos fieis leigos, que teñen a súa base sacramental no Bautismo e na Confirmación, e para moitos deles, no Matrimonio.

Ademais, por medio dos fieis leigos, o Pobo de Deus faise presente nos máis variados sectores do mundo. É verdade que toda a Igrexa ten unha auténtica dimensión secular, inherente á súa natureza e á súa misión, que afunde as súas raíces no misterio do Verbo Encarnado. A Igrexa vive no mundo, aínda que non é do mundo³⁷³. É enviada a continua-la obra salvadora de Cristo, a cal *«ó mesmo tempo que olla de seu á salvación dos homes, abarca tamén a restauración de todo o orde temporal»*³⁷⁴. Agora ben, *«o carácter secular é propio e peculiar dos leigos»*. A eles *«corresponde, por propia vocación, tratar de obte-lo reino de Deus xestionando os asuntos temporais e ordenándoos segundo Deus»*³⁷⁵. Os fieis leigos son chamados por Deus para contribuír dende dentro, a modo de fermento, á santificación do complexo e dilatado mundo da realidade social, da política, da familia, da cultura, da educación e do traballo. Ós fieis leigos compete de modo especial a animación cristiá das realidades temporais³⁷⁶.

É de gran importancia para a comunión a tarefa de promover e favorece-lo fenómeno asociativo laical que na vida actual da Igrexa estase caracterizando por unha particular variedade e vivacidade³⁷⁷. A razón fonda que xustifica e esixe a asociación dos fieis leigos é de orde teolóxico. Así o recoñece o Concilio Vaticano II, cando contempla o apostolado asociado como un *«signo da comunión e da unidade da Igrexa en Cristo»*³⁷⁸. A liberdade de asociación dos fieis leigos na Igrexa é un verdadeiro e propio dereito. Trátase dunha liberdade recoñecida e garantida pola autoridade eclesiástica e que debe exercerse sempre na comunión da Igrexa³⁷⁹.

75. Un campo de exercicio do sacerdocio común é o matrimonio e a familia. A unión sacramental do esposo e a esposa participa na alianza de Deus coa humanidade a través do sangue de Cristo. Na visión cristiá do matrimonio, a relación entre un home e unha muller (unidade e indisolubilidade) responde ó plano orixinal de Deus. Cristo eleva o matrimonio á dignidade de sacramento e así é signo do amor esponsal de Cristo á súa Igrexa³⁸⁰. A pastoral familiar adquire hoxe día unha urxencia especial, xa que *«se está constatando unha crise xeneralizada e radical desta institución fundamental»*³⁸¹. Tratándose dunha realidade tan básica, a Igrexa non pode ceder ás presións dunha cultura que contradí abertamente a visión cristiá do matrimonio.

Nunca se ponderará demasiado a transcendencia da familia tanto para a sociedade como para a Igrexa. A familia cristiá é, ademais, célula da Igrexa, unha Igrexa en pequeno. O fogar, comunidade de vida e amor, é o ámbito en que a vida se transmite, os fillos son agardados e non temidos e son acollidos como regalo de Deus. Na familia, escola do máis rico humanismo, fraguase a persoa e o cristián, xa que non abonda o xeramento sen os desvelos, a compañía, o amor, a educación, a sementeira das virtudes e dos valores humanos e cristiáns.

Os pais de familia recibiron o encargo inestimable de se-los primeiros transmisores da fe cristiá ós fillos. Dende o seo dun fogar cristián, os fillos acoden á parroquia que é familia e fermento dunha vida nova en Cristo. Convén ter presente, ademais, *«que é na familia onde nacen as vocacións ó sacerdocio e de onde parten aqueles que, no nome de Xesus Cristo, están chamados a servir dende o seu ministerio sacerdotal a toda a comunidade eclesial»*³⁸². Na pastoral vocacional ten unha responsabilidade moi especial a familia cristiá que, en virtude do sacramento do matrimonio, participa na misión educativa da Igrexa³⁸³.

76. Na Igrexa, misterio de comunión, é tamén comunión nas vocacións e servicios diferentes e complementarios. O suxeito da celebración eucarística é a Igrexa. Toda a comunidade reunida é suxeito activo da ofrenda a Deus; os fieis, que acudiron á celebración, únense ó ministro ordenado e concorren con el na oblación da Eucaristía³⁸⁴. O sacerdocio común e o sacerdocio ministerial están reciprocamente referidos por diversos motivos: porque participan do único sacerdocio de Cristo, porque ámbalas dúas modalidades pertencen ó mesmo Pobo sacerdotal e porque están ó servizo da misión que a Igrexa recibiu do seu Señor. As necesarias distincións non deben escurecer a unidade fundamental da Igrexa e de tódolos seus membros. Polo contrario, non se pode obnubila-la específica participación de ministros e comunidade nivelando todo e confundindo todo nunha vaga xeneralización. Esta participación real da comunidade cristiá no santo Sacrificio da Misa ten a súa expresión celebrativa e debe te-la súa repercusión espiritual. En consecuencia, os cristiáns, ministros e comunidade enteira, teñen que te-los mesmos sentimentos de Cristo e reproducir no seu interior as mesmas actitudes que tiña cando ofrecía o sacrificio de si mesmo ó Pai pola salvación de todos. A Eucaristía é vínculo de comunión entre tódalas vocacións da Igrexa.

3) *Eucaristía e movemento ecuménico*

77. Ó se-la Eucaristía signo eficaz da comunión eclesial non se poden pasar por alto as implicacións ecuménicas deste sacramento³⁸⁵. A Eucaristía contén o fundamento mesmo do ser e da unidade da Igrexa: o Corpo de Cristo ofrecido en sacrificio e dado ós fieis como Pan de vida. A verdade do Corpo eucarístico do Señor produce, á vez que significa, a unidade de tódolos comensais do banquete eucarístico. O que une ós fieis na celebración eucarística é a realidade obxectiva do Corpo do Señor. Con outras palabras, a unidade que Cristo quixo para a súa Igrexa só se edifica sobre a base da presenza real substancial do Señor resucitado na Eucaristía. De aí que S. Agostiño ante a grandeza do misterio eucarístico

exclamase: «¡Oh sacramento de piedade, oh vínculo de unidade, oh vínculo de caridade!»³⁸⁶.

O feito da división dentro da familia cristiá non permite a tódolos discípulos de Cristo reunirse en torno á mesa do Señor e participar na única Cea do Señor. Isto supón unha fonda ferida no corpo do Señor. Os bautizados non podemos resignarnos a vivir esta circunstancia como se fora algo normal. Ó contrario, «a aspiración á meta da unidade impúlsanos a dirixi-la ollada á Eucaristía, que é o supremo Sacramento da unidade do Pobo de Deus»³⁸⁷. Ó celebra-lo Sacrificio eucarístico, a Igrexa eleva a súa pregaría ó Pai, impetrando a presenza do Espírito Santo, admirable constructor da unidade eclesial³⁸⁸.

78. No diálogo ecuménico, ó referirnos á íntima relación entre Eucaristía e unidade da Igrexa, hai que distinguir entre as Igrexas orientais, que conservaron a Eucaristía dunha forma completamente válida³⁸⁹ e as Comunidades eclesiais que non conservaron a realidade orixinaria e plena do misterio eucarístico³⁹⁰. A declaración «*Dominus Iesus*» interpreta de forma autorizada a doutrina conciliar con estas palabras: «As Igrexas que non están en perfecta comunión coa Igrexa católica pero mantéñense unidas a ela por medio de vínculos estreitísimos como a sucesión Apostólica e a Eucaristía validamente celebrada son verdadeiras igrexas particulares... Polo contrario, as Comunidades eclesiais que non conservaron o Episcopado válido e a xenuína e íntegra sustancia do misterio eucarístico, non son Igrexa en sentido estricto...»³⁹¹.

Para comprender esta situación moi plural cando se descende ó concreto, son moi orientadores estes principios: «Non é lícito considera-la comunicación nas funcións sagradas como un medio que poida usarse indiscriminadamente para restablece-la unidade dos cristiáns. Esta comunicación depende principalmente de dous principios: da significación obrigatoria da unidade da Igrexa e da participación nos medios da gracia. A significación da unidade prohíbe a maioría das veces esta comunicación. A necesidade de procura-la gracia recoméndaa a veces. A autoridade episcopal local determine prudentemente o modo concreto de actuar, atendendo a tódalas circunstancias de tempo, lugar e persoas, a non ser que a Conferencia episcopal, segundo as normas dos seus propios estatutos, ou a Santa Sé determinen outra cousa»³⁹². O decreto «*Unitatis redintegratio*» declara a posibilidade de que a ‘comunicación na cousas sagradas’, se se usa discriminadamente ou prudentemente, sexa medio que coaduxve a logra-la unidade dos cristiáns. Despois establece os dous principios que deben da-lo criterio dese ‘uso discriminado’. As disposicións concretas para a aplicación destes principios atópanse expostas no Directorio ecuménico³⁹³.

4) Diálogo interrelixioso e misión

79. O diálogo interrelixioso é tamén un elemento esencial da espiritualidade de comunión. Como cristiáns recoñecemos con gozo que un novo milenio e un novo século ábrese á luz de Cristo. Pero non tódolos homes coñecen e son conscientes desta luz. A nós que témo-la inmensa dita de crer en Xesus Cristo, compétenos transmiti-la luz de Cristo a tódalas xentes³⁹⁴. Diálogo interrelixioso e misión son

realidades que gardan entre si unha estreitísima relación. En efecto, o diálogo interrelixioso «*entendido como método e medio para un coñecemento e enriquecemento recíproco, non está en contraposición coa misión 'ad xentes', é máis, ten vínculos especiais con ela e é unha das súas expresións*»³⁹⁵.

Existe unha crecente interdependencia entre os distintos lugares da terra. As migracións están tamén de actualidade. É obvio que a tecnoloxía e a industria modernas fan posibles numerosos intercambios entre países moi variados. Certos hábitos culturais de países afastados e descoñecidos, gracias ós medios de comunicación, fánosen máis familiares e interpretámoslos con máis detalle. Estes factores de interdependencia e comunicación entre diversos pobos e culturas favorecen unha conciencia máis clara e concreta do pluralismo relixioso existente no mundo³⁹⁶.

80. Dentro desta nova configuración da sociedade, o diálogo interrelixioso adquire unha importancia e urxencia especiais. Este contexto está esixindo o establecemento e o desenvolvemento de relacións que permitan unha convivencia máis fluída e fecunda entre as persoas e as distintas tradicións relixiosas. Sobre todo, a partir das afirmacións do Concilio Vaticano II, fóronse perfilando as dimensións do diálogo que debe existir entre a Igrexa católica e as demais relixións non cristiás³⁹⁷. Hai que recoñecer que a práctica do diálogo interrelixioso suscita dificultades na mentalidade de moitas persoas. Convén, polo tanto, coñecer, ante todo, a orientación doutrinal e pastoral que o Maxisterio da Igrexa nos foi ofrecendo.

Unha auténtica actitude dialogal ten que conxuga-lo binomio: fidelidade e apertura. Por unha banda trátase da exposición sincera e clara da propia fe sen medo, eliminando toda ambigüidade; por outra, téntase comprender en profundidade a postura do interlocutor. Cada tradición relixiosa profesa o seu 'credo específico'. Este non é negociable no diálogo interrelixioso. É dicir, o diálogo «*non pode basearse na indiferencia relixiosa, e nós como cristiáns témo-lo deber de desenvolverlo ofrecendo o pleno testemuño da esperanza que está en nós (cfr. IPe.3,15)*»³⁹⁸. A integridade da propia fe prohíbe calquera compromiso de redución. O falso irenismo dana a pureza da fe e escurece o seu xenuíno e definitivo sentido. Non é aceptable tampouco o sincretismo que, na procura dun terreo común, pasa por alto a oposición e as contradicións entre os credos de tradicións relixiosas diferentes, mediante algunha redución do seu contido.

5) *Apostar pola caridade*

81. A contemplación do rostro de Cristo orienta a nosa existencia cara o mandamento novo que El nos deu: «*Que, como eu vos ameí, así amádevos tamén vós os uns ós outros*»³⁹⁹. Ser testemuñas do amor é o gran testemuño que nos está pedindo o mundo ós discípulos de Cristo⁴⁰⁰. O libro da Apocalipse recolle as palabras que o Espírito lles di ás Igrexas. Trátase, ante todo, dun xuízo sobre a vida. Refírese ós feitos, ó comportamento: «*Coñezo a túa conducta: a túa caridade, a túa fe, o teu espírito de servicio, a túa paciencia*»⁴⁰¹. É unha chamada a servir ó evanxeo da esperanza. A Igrexa non só debe anunciar e celebra-la salvación que vén do Señor, senón que debe vivila na existencia concreta das persoas. Á marxe do amor a persoa humana permanece un

enigma para si mesma. O amor é a experiencia orixinaria da que agroma a esperanza⁴⁰². A boa noticia que a Igrexa debe transmitir a tódolos homes consiste en que Deus nos amou primeiro e que Xesús precisa este amor, amándonos ata o extremo, como termina de nos lembra-lo Papa Benedicto XVI na súa primeira Encíclica *«Deus caritas est»*⁴⁰³.

No seo das familias e das comunidades cristiás ten que vivirse con intensidade o Evanxeo da caridade. *«As organizacións caritativas da Igrexa, sen embargo, son un opus proprium seu, un cometido que lle é conxenal, no que ela non coopera colateralmente, senón que actúa como suxeito directamente responsable, facendo algo que corresponde á súa natureza. A Igrexa nunca pode sentirse dispensada do exercicio da caridade como actividade organizada dos crentes e, por outro lado, nunca haberá situacións nas que non faga falta a caridade de cada cristián individualmente, porque o home, máis alá da xustiza, ten e terá sempre necesidade de amor»*⁴⁰⁴.

É dicir, *«as nosas comunidades eclesiais están chamadas a ser verdadeiras escolas prácticas de comunión»*⁴⁰⁵. A opción pola caridade proxéctanos *«cara a práctica dun amor activo e concreto con cada ser humano»*⁴⁰⁶. O cristián que sente dentro de si o amor de Deus, descobre o rostro de Cristo nos demais: *«Tiven fame e déstesme de comer, tiven sede e déstesme de beber; fun forasteiro e hospedástesme; nu e vestístesme, enfermo e visitástesme, preso e viñéstesme ver»*⁴⁰⁷. Esta páxina sobre o xuízo definitivo ilumínanolo misterio de Cristo. Acoller e servir ós pobres significa acoller e servir ó mesmo Cristo.

82. O amor preferencial polos máis pobres ten que se manifestar nunha caridade activa e concreta. *«O meu próximo é calquera que teña necesidade de min e que eu poida axudar. Universalízase o concepto de próximo, pero permanecendo concreto. Aínda que se estenda a tódolos homes, o amor ó próximo non se reduce a unha actitude xenérica e abstracta, pouco esixente en si mesma, senón que require o meu compromiso práctico aquí e agora»*⁴⁰⁸. No ambiente no que nos movemos son múltiples as necesidades que interpelan a sensibilidade cristiá. Xoán Paulo II describe con claridade e valentía o rostro das pobreza de sempre e tamén das novas. Ó falar das novas, di *«que afectan a miúdo a ambientes e grupos non carentes de recursos económicos, pero expostos á desesperación do sinsentido, á insidia da droga, ó abandono na idade avanzada ou na enfermidade, á marxinação ou á discriminación social»*⁴⁰⁹. O momento histórico que estamos vivindo sinálanos con toda urxencia, como nos di o Santo Pai Benedicto XVI que: *«nun mundo no cal a veces se relaciona o nome de Deus coa vinganza ou incluso coa obriga do odio e a violencia, este é unha mensaxe de gran actualidade e cun significado moi concreto. Por iso, na miña primeira Encíclica desexo falar do amor, do cal Deus nos colma, e que nós debemos comunicar ós demais»*⁴¹⁰. Constató con gozo que nos plans diocesáns de pastoral, insístese na urxencia de implantar «Cáritas» onde aínda non exista e de fortalecela nas comunidades parroquiais onde xa estea funcionando. A calidade cristiá dunha comunidade reflíctese na vivencia en tódolos seus aspectos da dimensión caritativa. Para construí-la civilización do amor, é necesario acudir á doutrina social da Igrexa. Así nolo lembra o Santo Pai na súa Encíclica: *«Na difícil situación na que nos atopamos hoxe, a causa tamén da globalización da economía, a doutrina social da Igrexa converteuse nunha indicación fundamental, que propón orientacións válidas moito máis*

alá dos seus confíns: estas orientacións -ante o avance do progreso- teñen que se afrontar en diálogo con tódolos que se preocupan seriamente polo home e o seu mundo»⁴¹¹.

6) Eucaristía e acollida ós máis pobres:

83. Benedicto XVI sinala: «Xesús perpetuou este acto de entrega mediante a institución da Eucaristía durante a Última Cea. Xa naquela hora, El anticipa a súa morte e resurrección, dándose a si mesmo ós seus discípulos no pan e no viño, o seu corpo e o seu sangue como novo maná (cf. Xn 6, 31-33). (...) A Eucaristía introdúcenos no acto oblativo de Xesús»⁴¹². A viva tradición da Igrexa lémbra-nos sempre esta dimensión deste sacramento. Ensínanolo o Catecismo da Igrexa Católica, ó afirmar: «A Eucaristía entraña un compromiso a favor dos pobres: para recibir na verdade o Corpo e a Sangue de Cristo entregados por nós debemos recoñecer a Cristo nos máis pobres, os seus irmáns (cfr. Mt. 25, 40)»⁴¹³.

a) Na fonte da Sagrada Escritura

84. Dende a súa dimensión social e caritativa, na Eucaristía recóllense e actualízanse os xestos básicos do comportamento de Cristo. Hai que recoñecer que o amor foi sempre a alma da súa vida. Non é casual que no Evanxeo segundo San Xoán non se mencione o relato da institución da Eucaristía. En cambio recóllese o xesto do lavatorio dos pés. Convén afondar neste xesto onde «Xesús se fai mestre de comunión e servicio»⁴¹⁴. A Eucaristía ten que ser un banquete de caridade e de amor sen discriminación social ó que todos somos convidados⁴¹⁵. O apóstolo S. Paulo sostén que non é lícita a celebración eucarística na que non estea presente o espírito de comunión e de caridade máis concreta⁴¹⁶; este mesmo testemuño reivindicase para a comunidade de Xerusalén⁴¹⁷. Dende os primeiros momentos da vida da Igrexa, nas reunións da comunidade realízanse colectas para os pobres⁴¹⁸. Non se pode compartilo pan eucarístico sen compartilo pan cotián. Mais aínda, o servico de caridade e comunión que se presta nas colectas é designado polo Apóstolo co nome de liturxia, a cal, á súa vez, move de novo a dar gracias a Deus⁴¹⁹.

b) Testemuño dos Pais da Igrexa

85. Os Pais da Igrexa ofrecen un testemuño constante do aspecto caritativo-social da Eucaristía. S. Xustino, que nos transmitiu a primeira narración da Eucaristía, destaca a dimensión social da mesma con estes termos: «Os que teñen e queren, cada un segundo a súa libre determinación, dá o que ben se lle asemella, e o recollido entrégase ó presidente e el socorre con elo ós orfos e viúvas, ós que por enfermidade ou por outra causa están precisados, ós que están nos cárceres, ós forasteiros de paso, e, nunha palabra, el constitúese en provisor de cantos se atopan en necesidade»⁴²⁰. S. Xoán Crisóstomo relaciona con vigor e elocuencia algunhas afirmacións de Xesús: «¿Desexas honra-lo Corpo de Cristo? Non o despreces, pois, cando o contemples nu nos pobres, nin o honres aquí, no templo, con lenzos de seda, se ó saí-lo abandonas no seu frío e nudez. Porque o mesmo que dixo: ‘Isto é o meu corpo’, e coa súa palabra levou a

realidade o que dicía; afirmou tamén: ‘Tiven fame e non me destes de comer’, e máis adiante: ‘Sempre que deixastes de facelo a un destes pequenechos, a min en persoa deixástesmo de facer’. O templo non precisa vestidos e lenzos, senón pureza de alma; os pobres, en cambio, precisan que con sumo coidado nos preocupemos deles»⁴²¹.

A Eucaristía posúe, pola súa propia natureza, unha dimensión caritativo-social. É o sacramento da caridade dos cristiáns. Con razón a Igrexa uniu a festa do Corpus Christi e Cáritas, urxindo que da mesma celebración eucarística naza a esixencia do amor fraterno. O servizo caritativo-social da Igrexa está radicado na Eucaristía.

c) *As afirmacións da mesma Liturxia:*

86. Os mesmos textos litúrxicos destacan o aspecto caritativo-social da Eucaristía. Desexo fixarme, ante todo, nalgunhas afirmacións das pregarias eucarísticas. Nelas aparece Cristo como o verdadeiro servidor que se entrega do todo pola nosa salvación. Dunha forma especial os precisados, os pobres, enfermos e oprimidos por calquera causa son quen son obxecto do amor do Pai manifestado en Cristo: «Porque El, na súa vida terrea, pasou facendo o ben e curando ós oprimidos polo mal. Tamén hoxe, como bo samaritano, achégase a todo home que sofre e no seu espírito e cura as feridas co aceite do consolo e o viño da esperanza»⁴²². A razón do servizo en Deus non é outra que o amor do todo gratuito. Xesús é o modelo perfecto de caridade: «Dámosche gracias, Pai fiel e cheo de tenrura, porque tanto amaches ó mundo, que lle entregaches ó teu Fillo, para que fora o noso Señor e o noso irmán. El manifesta o seu amor para cos pobres e os enfermos, para cos pequenos e pecadores. El nunca permaneceu indiferente ante o sufrimento humano; a súa vida e a súa palabra son para nós a proba do teu amor; como un pai sente tenrura polos seus fillos, así Ti sentes tenrura polos teus fieis»⁴²³.

Unha das finalidades principais deste servizo é a recuperación da amizade e a comunión con Deus mesmo mediante o sacrificio da nova alianza e tamén a recuperación e o fortalecemento da reconciliación da humanidade, a miúdo ameazada pola división, a inimidade e ata a mesma guerra. Na ‘Pregaria sobre a reconciliación II’ dise ó respecto: «Pois, nunha humanidade dividida polas inimidades e as discordias, ti diríxe-las vontades para que se dispoñan á reconciliación. O teu Espírito move os corazóns para que os inimigos volvan á amizade, os adversarios déanse a man e os pobos busquen a unión. Coa túa acción eficaz consigues que as loitas se acouguen e medre o desexo da paz, que o perdón venza ó odio e a indulxencia á vinganza»⁴²⁴. A Igrexa ten que ser servidora da reconciliación realizada por Deus e actualizada na Eucaristía. Os fieis non só deben compartí-los bens cos máis precisados, senón tamén teñen que promover en todo momento a xustiza, a paz e a reconciliación: «Dános entrañas de misericordia ante toda miseria humana, inspíranolo xesto e a palabra oportuna fronte ó irmán só e desamparado, axúdanos a amosarnos dispoñibles ante quen se sente explotado e oprimido. Que a túa Igrexa sexa un recinto de verdade e de amor, de liberdade, de xustiza e de paz, para que todos atopen nela un motivo para seguir agardando»⁴²⁵.

Esta tarefa caritativo-social, que se expresa e promove pola Eucaristía, incumbe a tódolos fieis cristiáns. Este servizo compromete a toda a comunidade eclesial, represen-

tada pola Asemblea reunida: *«Ti chámalo (ó home, ó cristián) a cooperar co traballo cotián no proxecto da creación, e dálle o teu Espírito para que sexa artífice de xustiza e de paz, en Cristo, o home novo»*⁴²⁶. Todos temos que seguir a Cristo no seu amor ós ‘pobres e enfermos, ós pequenos e pecadores’, sen ‘permanecer indiferentes ante o sufrimento humano’⁴²⁷. Velaquí, en síntese, algúns textos litúrxicos que expresan a dimensión caritativo-social da Eucaristía. O que se expresa na ‘gran oración’ da Igrexa ten un carácter fundamental e central: unidade e caridade, xustiza e paz, salvación e reconciliación, axuda e solicitude polos máis pobres.

87. O horizonte do noso momento histórico atópase escurecido por múltiples e variadas cuestións. Tamén no noso mundo ten que brilla-la esperanza cristiá: *«Por iso o Señor quixo quedarse con nós na Eucaristía, gravando nesta presenza sacrificial e convival a promesa dunha humanidade renovada polo seu amor»*⁴²⁸. En efecto, *«o noso Deus manifestou na Eucaristía a forma suprema do amor, remexendo tódolos criterios de dominio, que rexen con demasiada frecuencia as relacións humanas, e afirmando de modo radical o criterio do servizo: ‘Quen queira se-lo primeiro, que sexa o derradeiro de todos e servidor de todos’ (Mc.9,35)»*⁴²⁹. A Eucaristía é o momento máis intenso da vida da Igrexa. Cada celebración eucarística debe se-lo signo máis claro da reconciliación nun mundo tan dividido e a manifestación concreta do amor de Deus cara os máis precisados.

CONCLUSIÓN

88. A hora de Xesús é a hora en que vence o amor. Tamén ten que se-la nosa hora. Serao de verdade cando a Eucaristía sexa o centro da nosa vida. Dende esta fonda convicción, o Santo Pai, Benedicto XVI, dicíalles con toda claridade ós mozos: *«Non vos deixedes disuadir de participar na Eucaristía dominical e axudade tamén ós demais a descubrila. Certamente, para que dela emane a ledicia que precisamos, debemos aprender a comprendela cada vez máis fondamente, debemos aprender a amala. Comprometámonos a elo, ¡vale a pena!»*⁴³⁰.

A extraordinaria riqueza do misterio eucarístico aléntanos para seguir avanzando pola senda da Nova Evanxelización. Convídvos a contemplar, celebrar e vivi-las dimensións fundamentais do sacramento da Eucaristía. Neste misterio atópase a fonte inesgotable de toda renovación cristiá. Na nosa Diocese, de fonda tradición mariana, é necesario volve-la nosa ollada cara a Virxe María, muller «eucarística» en tódolos aspectos da súa vida. Que o noso padroeiro, San Martiño de Tours, nos axude coa súa protección para vivi-la Eucaristía como manancial perenne de caridade⁴³¹. Na perspectiva do undécimo centenario do nacemento de San Rosendo, celebración para que xa nos estamos a preparar, é oportuno fixa-la nosa ollada no rostro eucarístico de Cristo, e Naquela que cantou coa «Salve», oración que chegou ó corazón e ós beizos de tantos católicos.

Bendivos e reza con vós

Luis Quinteiro Fiuza

Bispo de Ourense.

Ourense, 1 de marzo de 2006

Mércores de Cinsa.

NOTAS

- ¹ Xoan Paulo II, Carta Apostólica, *Novo millennio ineunte*, (NMI), (2001), n.16.
- ² NMI. N.29.
- ³ Xoan Paulo II, Carta Apostólica, *Mane nobiscum Domine*, (MND), (2004), n.5.
- ⁴ Xoan Paulo II, Carta Encíclica, *Ecclesia de Eucaristía*, (EE), (2003), n.1.
- ⁵ Cfr. Concilio Vaticano II, *Constitución, Lumen Gentium*, (LG), n.11.
- ⁶ Concilio Vaticano II, Constitución, *Sacrosanctum Concilium*, (SC), n.47.
- ⁷ Xoan Paulo II, *Catecismo da Igrexa Católica*, (CEC), n.1337.
- ⁸ EE. N.11.
- ⁹ Concilio Vaticano II, Decreto, *Presbiterorum Ordinis*, (PO); n.5.
- ¹⁰ Pablo VI, Carta Encíclica, *Mysterium fidei*, (MF), en *Ecclesia*, 1261 (18-IX-1965) p.11.
- ¹¹ S. Xoan Crisóstomo, *In Math. Homil.* 82,4: (PG. 58,743).
- ¹² S. Cirilo de Xerusalén, *Catequesis mistagógicas*, IV,6: (Sch. 126,138).
- ¹³ Secuencia da solemnidade do Santísimo Corpo e Sangue de Cristo.
- ¹⁴ Xoan Paulo II, Carta Encíclica, *Fides et ratio*, (1998), n.13.
- ¹⁵ EE. N.15.
- ¹⁶ Paulo VI, *O Credo do pobo de Deus*, (Madrid 1968), n.25.
- ¹⁷ Cfr. Lc. 24, 13-35.
- ¹⁸ MND. n.2.
- ¹⁹ Xn. 8,12.
- ²⁰ Xn. 9,5.
- ²¹ Xn. 12,46.
- ²² Cfr. Jn. 1, 4.5.9.
- ²³ Xn. 13,30.
- ²⁴ Lc. 22,53.
- ²⁵ MND. n.12.
- ²⁶ Ibid.
- ²⁷ Lc. 24,29.
- ²⁸ SC. n.7.
- ²⁹ SC. N.56.
- ³⁰ Cfr. Concilio Vaticano II, Constitución, *Gaudium et Spes*, (GS), n.51.
- ³¹ Concilio Vaticano II, Constitución, *Dei Verbum*, (DV), n.21.
- ³² Cfr. SC. n.7.
- ³³ Xoan Paulo II, Carta Apostólica, *Dies Domini*, (DD), (1998), n.40.
- ³⁴ MND, n.13.
- ³⁵ I Pe. 2,9.
- ³⁶ Cfr. Ef. 5,8.
- ³⁷ Cfr. I Xn. 1,5ss.
- ³⁸ Cfr. I Xn. 2,8-11.
- ³⁹ DD. n.41.
- ⁴⁰ MND. n.16.
- ⁴¹ Cfr. Mt. 26,26-29; Mc. 14,22-25; Lc. 22,15-20; I Cor. 11,23-25.
- ⁴² Cfr. Ratzinger, J., *A Eucaristía centro da vida*, (Valencia, 2003), p.84.
- ⁴³ Xn. 6,32.35.
- ⁴⁴ Cfr. Benedicto XVI, Homilía na Misa de Clausura do Congreso Eucarístico Italiano (Bari) AAS, 97 (2005) 785-789; Homilía na Solemnidade do Corpus Chrsiti, Cidade do Vaticano, AAS, 97 (2005) 782-785.
- ⁴⁵ Xn. 6,56-57.
- ⁴⁶ I Cor. 10,17.
- ⁴⁷ S. Ireneo, *Adversus haereses*, IV, 18,4-5: (PG. 7,1027; cfr. tamén: IBid. V, 2,2-3: (PG. 7,1124).
- ⁴⁸ S. Xoan Crisóstomo, *De prodicione Iudae homilia*, 1, 6: (PG. 49,380); Cfr. Solano, J., *Textos eucarísticos primitivos*, Madrid, 1978; Cfr. Sánchez-Caro, J.M., *Eucaristía e Historia de la Salvación*, Madrid, 1983.
- ⁴⁹ Concilio de Trento, *Decreto sobre a Santísima Eucaristía*, canon 1: (DS. 1961).
- ⁵⁰ Ibid. cap. IV: (DS. 1642).
- ⁵¹ SC. n.47; Cfr. tamén: SC. nn. 6,10; LG. n.28; PO. n.13.
- ⁵² Cfr. Sc. n.7.
- ⁵³ MF. Lc. p.16.

- ⁵⁴ Cfr. Ibid. lc. Pp.16-17.
⁵⁵ Ibid. lc. P.18.
⁵⁶ Cfr. Paulo VI, *Credo do Pobo de Deus*, lc. N.24.
⁵⁷ Ibid. n.25.
⁵⁸ Ibid.
⁵⁹ Cfr. CEC. nn.1373-1377; EE. n.15; MND. n.16.
⁶⁰ Benedicto XVI, Mensaxe no *Angelus* (11-9-2005): en 'Ecclesia', 3.282 (5-XI-2005), p.28.
⁶¹ CEC. n.1377.
⁶² Ibid. n.1379.
⁶³ MF. lc. P.19.
⁶⁴ CEC. n.1380.
⁶⁵ Cfr. Fli. 2,5.
⁶⁶ MF. lc. P.19.
⁶⁷ Ibid.
⁶⁸ Ibid.
⁶⁹ Paulo VI, *Credo do Pobo de Deus*, lc. N.26.
⁷⁰ Xoan Paulo II, *Carta ós Bispos sobre o misterio e o culto a Eucaristía*, (1980), n.3.
⁷¹ EE. n.25.
⁷² Ibid.
⁷³ Benedicto XVI, Homilía en Marienfield na Eucaristía de clausura da XX Xornada Mundial da Mocidade (12-VIII-2005): en 'Ecclesia', 3.272-73 (27-VIII- y 3-IX-2005), p.41.
⁷⁴ Proposicións do Sínodo dos Bispos sobre a Eucaristía, n.6: en 'Ecclesia', 3.282 (5-XI-2005), p.33.
⁷⁵ Ibid.
⁷⁶ Cfr. MND. n.18.
⁷⁷ CEC. n.1330.
⁷⁸ CEC. n.1365.
⁷⁹ Cfr. n.1366.
⁸⁰ Concilio de Trento, *Doctrina do Santo Sacrificio da Misa*, c.2: (DS. 1740).
⁸¹ Cfr. EE. n.12.
⁸² Concilio de Trento, *Doctrina do Santo Sacrificio da Misa*, c.2: (DS. 1743).
⁸³ Cfr. LG. n.11; PO. n.5; CEC. n.1368.
⁸⁴ Cfr. Arostegui, M., *Lugar que ocupa la oración en el culto según San Ireneo de Lyon*, en: Teología y Catequesis 95 (2005) 175-197.
⁸⁵ CEC. n.1369.
⁸⁶ Ibid. n.1370.
⁸⁷ Cfr. EE. nn.53-58.
⁸⁸ CEC. n.1371.
⁸⁹ S. Agostiño, Confesións, 9,11,27: (PL. 32,773).
⁹⁰ Lg. n.49.
⁹¹ Pregaria Eucarística (PE) III.
⁹² PE. IV.
⁹³ PE. V/a.
⁹⁴ PE. II.
⁹⁵ PE para a Reconciliación II.
⁹⁶ CEC. n.1382.
⁹⁷ Ibid.
⁹⁸ CEC. n.1340.
⁹⁹ Xn. 6,53.
¹⁰⁰ I Cor. 11,28.
¹⁰¹ S. Xoán Crisóstomo, *In Isaiam*, 6,3: (PG. 54,480).
¹⁰² CEC. n.1385.
¹⁰³ EE. n.36.
¹⁰⁴ EE. n.37.
¹⁰⁵ CIC. c.915.
¹⁰⁶ Xn. 6,56.
¹⁰⁷ Xn. 6,57.
¹⁰⁸ S. Agostiño, *Confesiones*, 7,10,16: (PG. 32,742).
¹⁰⁹ Lc. 24, 28-29.

- ¹¹⁰ Cfr. Xn. 15, 1-17.
¹¹¹ MND. n.19.
¹¹² Cfr. CEC. n.1393.
¹¹³ Concilio de Trento, *Decreto sobre a Eucaristía*, c.2: (DS. 1638).
¹¹⁴ CEC. n.1395.
¹¹⁵ Lc. 24,33.
¹¹⁶ Xn. 15, 12-13.
¹¹⁷ CEC. n.1397.
¹¹⁸ MND. n.28.
¹¹⁹ CEC. n.1402.
¹²⁰ Xn. 6,55.
¹²¹ S. Ignacio de Antioquia, *Ad Eph.*, 20,2: (PG. 5,611); Cfr. Tamén, S. Ireneo, *Ad haer.*, 5,2,2-3: (PG. 7,1124).
¹²² Cfr. EE. n.20; Cfr. Conferencia Episcopal Española, *Unha Igrexa esperanzada: "Mar adentro" (Lc. 5,4)*. (2002)
¹²³ Cfr. Xoán Paulo II, Exhortación apostólica, *Ecclesia in Europa* (EinE) (2003). Neste documento indícase unha e outra vez que a resurrección de Cristo é o único fundamento da esperanza humana.
¹²⁴ Cfr. CEC. n.1405.
¹²⁵ GS. n.38. Cfr. S. Ireneo, *Adv. haer.*, V, 2-3: (PG, 7, 1125-1128).
¹²⁶ Paulo VI, Instrucción, *Eucharisticum mysterium*, (EM) (1967), n.3.
¹²⁷ EE. n.26.
¹²⁸ S. Agostiño, *In Ioan.*, 26,6,13: (PL. 35,1608).
¹²⁹ Cfr. SC. n.47.
¹³⁰ LG. n.9.
¹³¹ Cfr. Ex. 19,24.
¹³² Cfr. Ex. 19,7.
¹³³ Cfr. Ex. 19, 17-18; Dt. 9, 10; Ex. 20 ,1ss.
¹³⁴ Ex. 19, 8; cfr. Dt. 27, 15-26.
¹³⁵ Cfr. Ex. 24,8.
¹³⁶ Cfr. Ex. 13, 14-16.
¹³⁷ LG. n.9.
¹³⁸ Cfr. Xr. 23,3; 29,14.
¹³⁹ Ez. 37,21.23-24.26-27.
¹⁴⁰ LG. n.9.
¹⁴¹ Cfr. I Pe. 1, 9-10.
¹⁴² EE. n.21.
¹⁴³ Cfr. I Cor. 10, 16-17; 11, 23-29.
¹⁴⁴ Cfr. Feit. 2, 16-21; Xn. 14, 17.
¹⁴⁵ Ratzinger, J., Lc. P.128.
¹⁴⁶ EE. n.21.
¹⁴⁷ Cfr. Rom. 6, 3-5; I Cor. 12, 21ss; Gal. 3, 27ss.
¹⁴⁸ Cfr. I Cor. 10, 16ss.
¹⁴⁹ EE. n.22.
¹⁵⁰ de Lubac, H., *Meditación sobre a Igrexa*, (Madrid, 1980) p. 112.
¹⁵¹ *Ibid.* p. 132
¹⁵² Cfr. SC. n.7.
¹⁵³ Ordenación Xeral do Misal Romano (OGMR), cap. I, n.1.
¹⁵⁴ Cfr. LG. nn.10-12.
¹⁵⁵ Cfr. SC. nn.11.14.48.50.
¹⁵⁶ LG. n.11.
¹⁵⁷ Cfr. Xn. 14,6.
¹⁵⁸ Cfr. Heh. 8,10.
¹⁵⁹ Fil. 4, 4-6.
¹⁶⁰ Cfr. SC. n.29.
¹⁶¹ *Ibid.* n.26.
¹⁶² Cfr. *Ibid.* n.28.
¹⁶³ Lc. 22,19; I Cor. 11, 24ss.
¹⁶⁴ Cfr. SC. n.41.29.
¹⁶⁵ Cfr. *Ibid.* n.42.
¹⁶⁶ Cfr. EE. cap. III.

- ¹⁶⁷ EE. n.27.
¹⁶⁸ Ibid. n.27.
¹⁶⁹ Ibid. n. 28
¹⁷⁰ LG. n.10.
¹⁷¹ EE. n.29.
¹⁷² Ibid.
¹⁷³ Cfr. PO. n.18.
¹⁷⁴ Xoán Paulo II, Carta Apostólica, *Dominicae Cenae*, (DC) (1980), n.2.
¹⁷⁵ Cfr. Xoán Paulo II, Exhortación Apostólica, *Pastores Dabo Vobis*, (PDV) (1992), n. 23.
¹⁷⁶ PO. n.14.
¹⁷⁷ PDV. n.23.
¹⁷⁸ EE. n.31.
¹⁷⁹ Benedicto XVI, Mensaxe do *Angelus*, (18-9-2005): en *Ecclesia*, 3.282 (5-IX-2005), p.28.
¹⁸⁰ Ibid.
¹⁸¹ Quinteiro Fiuza, Luís, *Un Seminario para a Nova Evanxelización*, (Ourense, 2003), n.9.
¹⁸² EE. n.31.
¹⁸³ Cfr. Mt. 9,38.
¹⁸⁴ SC. n.2.
¹⁸⁵ EE. n.32.
¹⁸⁶ LG. n.26.
¹⁸⁷ PO. n.6.
¹⁸⁸ Cfr. LG. n.1.
¹⁸⁹ CEC. n.1331.
¹⁹⁰ Cfr. LG. n.3; CEC. nn. 1325-1329.
¹⁹¹ Benedicto XVI, Mensaxe del *Angelus*, (2-10-2005), en 'Ecclesia', 3.282(5-XI-2005), p.30.
¹⁹² PO. n.5; Cfr. Concilio de Trento, *Decreto sobre a Eucaristía*, c.3: (DS. 1639).
¹⁹³ Cfr. Ef. 5, 21-33.
¹⁹⁴ EE. n.38.
¹⁹⁵ LG. n.3.
¹⁹⁶ Lc. 24,33.
¹⁹⁷ Xn. 15, 12-13.
¹⁹⁸ Xn. 6, 51.54.56.
¹⁹⁹ I Cor. 10, 16-17.
²⁰⁰ S. Agostiño, *Sermón*, 272: (PL. 38, 1246).
²⁰¹ LG. n.7.
²⁰² EE. n.40.
²⁰³ Ibid. n.41.
²⁰⁴ Cfr. Feit. 2, 42-47; 4, 32-35.
²⁰⁵ Benedicto XVI, Mensaxe del *Angelus* (25-9-2005), en 'Ecclesia', 3.282 (5-XI-2005), p.29.
²⁰⁶ EE. n.53.
²⁰⁷ Ibid.
²⁰⁸ Cfr. EE. n.54.
²⁰⁹ Paulo VI, Exhortación Apostólica, *Marialis Cultus*, (MC) (1974), n.17.
²¹⁰ Lc. 1,38.
²¹¹ Xn. 2,5.
²¹² EE. n.54.
²¹³ Ibid. n.55.
²¹⁴ Ibid.
²¹⁵ LG. n.56.
²¹⁶ Cfr. EE. n.55.
²¹⁷ Ibid. Ibid.
²¹⁸ Cfr. Lc. 2,22-38.
²¹⁹ Cfr. CEC. n.529.
²²⁰ Lc. 2, 34-35.
²²¹ Xoán Paulo II, Carta Encíclica, *Redemptoris Mater*, (RMa.) (1987), n.16.
²²² EE. n.56.
²²³ Ibid. Ibid.
²²⁴ Ibid. Ibid.

- ²²⁵ CEC. n.1328.
- ²²⁶ EE. n.58.
- ²²⁷ Ibid. n.57.
- ²²⁸ Paulo VI, *Discurso pronunciado na abertura da terceira sessão do Concílio Vaticano II*, (14-IX-1964), n.11.
- ²²⁹ Cfr. LG. nn.2-4.
- ²³⁰ LG. n.4.
- ²³¹ LG. n.2.
- ²³² LG. n.5.
- ²³³ LG. n.3.
- ²³⁴ LG. n.4.
- ²³⁵ Ibid. n.7.
- ²³⁶ Tertuliano, *De bapt.* VI, en (CCL 1,282).
- ²³⁷ de Lubac, H., *Paradossos e misterio della Chiesa*, (Milano, 1979) 25.
- ²³⁸ Relación Final II, c.1.
- ²³⁹ Congregación para a Doctrina da Fe, Carta *Communio notio*, (CN) (1992), n.1.
- ²⁴⁰ Antón Gómez, A., *Primado e colexialidade*, (Madrid 1970) 34.
- ²⁴¹ Kasper, W., *A Igrexa como comunión*, en 'Communio' 1 (1991) 51-52.
- ²⁴² Cfr. LG. nn.2-4; UR. n.2.
- ²⁴³ Cfr. Ef. 1, 3ss; Col. 2, 24ss.
- ²⁴⁴ CN. n.6.
- ²⁴⁵ Cfr. LG. n.11.
- ²⁴⁶ S. León Magno, *Sermo*, 63,7: (PL. 54,357C).
- ²⁴⁷ CN. n.5.
- ²⁴⁸ Cfr. LG. n.23.
- ²⁴⁹ Cfr. CN. nn.7-10.
- ²⁵⁰ Cfr. UR. n.2.
- ²⁵¹ Xoán Paulo II, Exhortación Apostólica, *Christifideles laici*, (ChL) (1988), n.19.
- ²⁵² Cfr. Ibid. n.20.
- ²⁵³ Cfr. AG. n.2.
- ²⁵⁴ Cfr. Xoán Paulo II, Carta Encíclica, *Redemptoris missio*, (RM), (1990), n.5.
- ²⁵⁵ Cfr. LG. n.13; AG. n.5; RM. nn.20.24.
- ²⁵⁶ Cfr. RM. Nn.21.30.
- ²⁵⁷ Paulo VI, Exhortación Apostólica, *Evangelii Nuntiandi*, (EN) (1975), n.14.
- ²⁵⁸ Cfr. I Pe. 2,9.
- ²⁵⁹ I Cor. 9,16; RM. n.1.
- ²⁶⁰ Feit. 2,33.
- ²⁶¹ Mt. 28,19.
- ²⁶² Mt. 28,20.
- ²⁶³ Feit. 1,8.
- ²⁶⁴ Ef. 4,12-13.
- ²⁶⁵ Xn. 17,3.
- ²⁶⁶ EN. n.22.
- ²⁶⁷ Concilio Vaticano II, Decreto *Ad Gentes*, (AG), n.6.
- ²⁶⁸ RM. n.37.
- ²⁶⁹ Cfr. AG. n.23.
- ²⁷⁰ PO. n.2.
- ²⁷¹ ChL. n.3.
- ²⁷² Cfr. AG. n.35; EN. n.60.
- ²⁷³ Cfr. LG. n.23.
- ²⁷⁴ Cfr. LG. n.4; GS. n.22; RM. nn. 28.29.56; cfr. también Xoán Paulo II, Carta Encíclica, *Dominum et vivificantem*, (Det.) (1986) nn. 23-53.
- ²⁷⁵ Cfr. Rom. 5,5; Gál. 4,6; cfr. también, Ladaira, L., *O Deus vivo e verdadeiro*, (Salamanca, 1998) 324ss.
- ²⁷⁶ S. Ireneo, *Adv. Haer.* II, 24,1: (PG. 7,870).
- ²⁷⁷ S. Xoán Crisóstomo, *Hom. Pent.*, I, 4: (PG. 53,97).
- ²⁷⁸ Cfr. LG. n.4.
- ²⁷⁹ Cfr. LG. n.7.
- ²⁸⁰ Cfr. Xn. 14, 16.26; 15,26.
- ²⁸¹ Cfr. Feit. 1,14.

- 282 Cfr. Feit. 2,1-4.
- 283 S. Ireneo, *Adv. Haer.* III, 4,1: (PG. 7,855).
- 284 AG. n.4.
- 285 AG. n.5.
- 286 Cfr. Feit. 16,14; AG. n.13.15.
- 287 EN. n.75.
- 288 Ibid.
- 289 Ibid.
- 290 Ibid.
- 291 Ibid.
- 292 Det. n.42.
- 293 RM. n.21.
- 294 Ibid. n.24.
- 295 Cfr. Feit. 2, 42-47; 4, 32-35.
- 296 RM. n.26.
- 297 RM. n.28; cfr. también: GS. n.10.11.22.26.38.41.92-93; AG. n.3.11.15.
- 298 Xn. 3,8.
- 299 RM. n.30.
- 300 Cfr. CEC. nn.1091-1109.
- 301 Ibid. n.1098.
- 302 CEC. n.1108.
- 303 S. Xoán Crisóstomo, *In Epist. I ad Corint.*, 41,4: (PG: 61,345).
- 304 S. Cirilo de Xerusalem, *Catecheses*, V,7: (PG: 33,516).
- 305 S. Isidoro de Sevilla, *Etimologías*, VI, 19, 40-41.
- 306 PO. n.5.
- 307 EE. n.17.
- 308 PE. III.
- 309 PE. para niños II.
- 310 Cfr. LG. n.11.
- 311 Sínodo dos Bispos sobre a Eucaristía, Proposición, n.42: en 'Ecclesia', 3.284 (19-XI-2005) p.35.
- 312 EE. n.22.
- 313 Benedicto XVI, na súa primeira ménsaxa (20-IV-2005), n.4: no Boletín Oficial do Bispado de Ourense (2005) p.390.
- 314 CEC. n.1332.
- 315 Cfr. Xn. 15,5.
- 316 Lc. 24, 23-25.
- 317 DD. n.45.
- 318 Mt. 28,10.
- 319 Cfr. Rom. 12,1.
- 320 I Cor. 11,26.
- 321 Cfr. Mt. 10,1-25; Lc. 9,1-6; 10,1-24.
- 322 Cfr. Mt. 28,16-20; Mc. 16,14-20.
- 323 Feit. 1,8.
- 324 Xn. 17,21-23.
- 325 I Xn. 4, 8.10.
- 326 Xn. 6,54-58.
- 327 Cfr. Conferencia Episcopal Española, *A Eucaristía alimento do pobo peregrino*, (1999).
- 328 GS. n.38.
- 329 Cfr. AG. n.36.
- 330 LG. n.26.
- 331 Cfr. LG. n.11.
- 332 Ibid.
- 333 Cfr. Ibid.
- 334 Cfr. SC. n.10; AG. n.36; AA. n.3-7; Po. n.5.
- 335 Mc. 16,15-16; Mt. 28,18-19; Xn. 20,22-23; Feit. 1,8.
- 336 Benedicto XVI, Mensaxe do Angelus, (2-10-2005), en 'Ecclesia' 3.282 (5-XI-2005) p.30.
- 337 OGM. n.1.
- 338 Cfr. SC. n.10.
- 339 Precisamente o cap. V dos *Linements* do derradeiro Sínodo dos Bispos sobre a Eucaristía levava por título: *Mistagoxía*

eucarística para a Nova Evanxelización.

- ³⁴⁰ Xoán Paulo II, Exhortación Apostólica, *Pastores Gregis*, (PGr) (2003), n.22.
³⁴¹ Ibid.
³⁴² Xoán Paulo II, *Discurso á Curia romana*, (20-XII-1990), en 'Ecclesia' 2.511 (19-1-1991) 18.
³⁴³ NMI. n.43.
³⁴⁴ LG. n.4.
³⁴⁵ Cfr. LG. nn.2-4.
³⁴⁶ NMI. n.43.
³⁴⁷ Rom. 8,29.
³⁴⁸ Cfr. I Pe. 2,4-8.
³⁴⁹ Cfr. I Cor. 12,12-13.16.
³⁵⁰ Gal. 3,27-28; cfr. Col. 3,11.
³⁵¹ I Pe. 2, 17.
³⁵² NMI. n.43.
³⁵³ Cfr. Ibid. nn.43.45.
³⁵⁴ Ibid. n.43.
³⁵⁵ ChL. n.20.
³⁵⁶ NMI. n.46.
³⁵⁷ EinE. n.33.
³⁵⁸ Ibid. n.39.
³⁵⁹ Cfr. Mt. 9,38.
³⁶⁰ NMI. n.46.
³⁶¹ Quintero Fiuza, Luís; lc. n.3.
³⁶² ChL. n.22.
³⁶³ PDV. n.15.
³⁶⁴ EinE. n.36.
³⁶⁵ Cfr. LG. n.10.
³⁶⁶ Xoán Paulo II, Exhortación Apostólica, *Vita Consecrata*, (VC) (1996) n.1.
³⁶⁷ Cfr. I Cor. 7,34.
³⁶⁸ VC. n.5.
³⁶⁹ Cfr. Ibid. n.31.
³⁷⁰ Cfr. Ibid. nn.84-92.
³⁷¹ PGr. n.50.
³⁷² ChL. n.23.
³⁷³ Cfr. Xn. 17,16.
³⁷⁴ Concilio Vaticano II, Decreto, *Apostolicam Actuositatem*, (AA), n.5.
³⁷⁵ LG. n.31.
³⁷⁶ Cfr. ChL. n.15.
³⁷⁷ Cfr. Ibid. n.29; cfr. también, MNI. n.46.
³⁷⁸ AA. n.18.
³⁷⁹ Cfr. AA. n.19.15; LG. n.37; Código de Dereito Canónico, (CIC), c.215.
³⁸⁰ Cfr. NMI. n.47; Cfr. Benedicto XVI, Carta Ecléctica, *Deus Caritas est*, (DCe) (2006) n.11.
³⁸¹ Ibid.
³⁸² Quintero Fiuza, Luís; lc. n.5.
³⁸³ Cfr. PDV. n.41.
³⁸⁴ Cfr. LG. n.10.
³⁸⁵ Cfr. EE. n.43.
³⁸⁶ S. Agostiño, *In Io. Evang. Tractatus*, 26,13: (PL. 35, 1613); Cfr. SC. n.47.
³⁸⁷ EE. n.43.
³⁸⁸ Cfr- UR. n.2.
³⁸⁹ Cfr. Ibid. n.15.
³⁹⁰ Cfr. Ibid. n.22.
³⁹¹ Sagrada Congregación para a Doutrina da Fe, Declaración, *Dominus Iesus*, (DI) (2000) n.17.
³⁹² UR. n.8.
³⁹³ Cfr. Pontificio Consello para a promoción da Unidade dos Cristiáns, *Directorio para a aplicación dos principios es normas sobre o ecumenismo*, (1993) nn.122-136. Nestes números abórdase o tema da 'comunicatio in sacris', especialmente a Eucaristía. A esta normativa alúdese tamén na Encíclica, EE, nn.44-46.
³⁹⁴ Cfr. Ibid. n.54.

- ³⁹⁵ RM. n.55.
- ³⁹⁶ Cfr. Comisión Teolóxica Internacional, *O Cristianismo e as Relixións*, (1996) (Madrid, 1998) 557-558.
- ³⁹⁷ Cfr. LG. n.16; GS. n.22; Concilio Vaticano II, Declaración *Nostra aetate*, (NA).
- ³⁹⁸ NMI. n.56; cfr. DI; EinE. n.55.
- ³⁹⁹ Xn. 13,34.
- ⁴⁰⁰ Cfr. NMI. n.42.
- ⁴⁰¹ Ap. 2,1-3.
- ⁴⁰² EinE. nn.83.84.
- ⁴⁰³ Cfr. I Xn. 4,10.19; Xn. 13,1; DCe. n.1
- ⁴⁰⁴ Dce. n.29.
- ⁴⁰⁵ EinE. n.85.
- ⁴⁰⁶ NMI. n.49.
- ⁴⁰⁷ Mt. 25,35-36.
- ⁴⁰⁸ DCe. n.15.
- ⁴⁰⁹ Cfr. DCe. n.50; EinE. n.86-89.
- ⁴¹⁰ DCe. n.1.
- ⁴¹¹ DCe. n.27.
- ⁴¹² DCe. n.13.
- ⁴¹³ CEC. n.1397.
- ⁴¹⁴ Cfr. Xn. 13,1-20; EE. n.20.
- ⁴¹⁵ Cfr. Lc. 14, 15ss
- ⁴¹⁶ Cfr. I Cor. 11,17.22.27.34.
- ⁴¹⁷ Cfr. Feit. 2,42ss; St. 2,1ss
- ⁴¹⁸
- ⁴¹⁹ Cfr. Rom. 15,27; II Cor. 9,12ss.
- ⁴²⁰ S. Xustino, *Apoloxía*, I,67: (PG. 6,429). Cfr. DCe. nn.22-23.
- ⁴²¹ S. Xoán Crisóstomo, *In Math. Homil.*, 52,3: (PG. 58,508).
- ⁴²² Prefacio común VIII.
- ⁴²³ Prefacio da PE. V/c.
- ⁴²⁴ Prefacio da PE sobre a reconciliación II.
- ⁴²⁵ PE. V/b; tamén PE sobre a reconciliación II.
- ⁴²⁶ Prefacio III da Coresma.
- ⁴²⁷ PE. V/b.
- ⁴²⁸ EE. n.20.
- ⁴²⁹ MND. n.28.
- ⁴³⁰ Benedicto XVI, Homilía en Marienfield na Eucaristía de clausura da XX Xornada Mundial da Mocidade (21-VIII-2005): en 'Ecclesia', 3.272-73 (27-VIII e 3-IX-2005), p.41.
- ⁴³¹ O Papa cita expresamente ó noso padroiro, San Martiño de Tour, como modelo de caridade, DCe. n.40.

NUESTRA PORTADA:

Capilla de los Nuestra Señora de los Remedios

Fundada como patronato laico por don Francisco Méndez en 1522 en la orilla izquierda del río, servía para proteger a los viajeros de los ladrones que acechaban aquel lugar. También sirvió de cita para saldar cuentas recibiendo el nombre de Campo del Desafío. A lo largo del muro destacan los huecos góticos y en 1584 se le añadiría una portada de medio punto.

Declarada Monumento Nacional en 1961.

Director: MANUEL E. RODRÍGUEZ ÁLVAREZ

Redacción y Administración: OBISPADO DE OURENSE

Teléfono: 988 36 61 41

Fotocomposición e Impresión: GRUPO SANMARTIN, S. L.

Depósito Legal: OR-13/1958